

A close-up photograph of a man's torso and neck. He is wearing a dark-colored button-down shirt with light-colored sleeves. The shirt is open at the collar. The background is dark and out of focus, with some bokeh light effects.

# DIME QUE ME CREEES

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ

# DIME QUE ME CREEES

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ

Primera edición.

Dime que me crees.

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©diciembre, 2024.

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1



—¡¡Mamá!! —exclamé porque los listados acababan de publicarse y las rodillas no me mantenían en pie. La necesitaba a mi lado, estaba atacada de los nervios.

Ella apareció con esa sonrisa tan confiable que siempre me dedicaba en cada uno de los acontecimientos más importantes de mi vida, y apretó mi mano como dándome ánimos, con un gesto sencillo y tierno a la vez que le agradecí.

Aprobar las oposiciones de auxilio judicial representó para mí ver cumplido uno de mis grandes sueños, pero también me supuso dar un gran “salto al vacío”, Dicho así, tal vez suene un poco dramático, aunque tampoco es eso. Me explico...

Soy de un pequeño pueblo de Huelva, de Isla Cristina, concretamente, y hasta que me llegó la hora de comenzar a ejercer mis funciones en los juzgados, lejos de aquella localidad costera, apenas me había movido de allí.

Sí, por supuesto que ya para entonces me había dado mis escapaditas como todo el mundo. Por ejemplo, el viaje de fin de bachillerato junto a mis compañeros de clase. En esa ocasión, estuve algo más de una semana recorriendo los rincones más emblemáticos de Italia.

Más tarde, ya en mi época universitaria, pude conocer también otros destinos espectaculares como París o las islas griegas. Pero, como decía, hasta ahí llegaban mis “aventuras” fuera de mi ciudad natal y sin ningún miembro de la familia “controlando” mis pasos.

Con mi edad, tal vez iba en desventaja en ese aspecto respecto a otra mucha gente, me refiero a lo de los viajes, pero ya se sabe que para viajar hace falta dinero, y yo precisamente no andaba muy boyante de pelas que digamos.

Procedo de una familia normal y corriente en el aspecto económico, quiero decir que no nos faltaba de nada, pero el dinero tampoco sobraba en casa. Así pues, bastante hicieron mis padres con facilitarnos a mí y a mis tres hermanos el poder estudiar una carrera universitaria.

Es obvio que pude haberme buscado un trabajito que compatibilizar con mis estudios, pero la verdad es que preferí concentrar toda mi atención en los libros, aunque eso significara estar más justa y tener que privarme de no pocas cosas. Pensaba que el esfuerzo merecería la pena y el

tiempo acabó dándome la razón.

Aún recuerdo como si fuese ayer ese preciso momento en que al fin aparecieron los listados de los resultados de la oposición, en compañía de mi madre. Con el móvil en la mano, me temblaban hasta las pestañas, buscando mi nombre entre los de todas esas otras personas que se habían examinado para auxiliar judicial en la misma convocatoria.

Y ahí estaba el mío, Ainara Bravo Jiménez, con DNI tal y tal... No figuraba entre los primeros de la lista, pero tampoco en mal lugar, ni mucho menos. De hecho, viendo el puesto en que había quedado, no me quedó ninguna duda de que podría elegir destino; todo un privilegio para alguien como yo, que tenía bastante claro de antemano dónde quería acabar. Madrid era otra de mis grandes metas y estaba a punto de alcanzarla.

La vida me sonreía. ¡Objetivo cumplido! Atrás quedaban más de dieciséis meses de estudio a conciencia. Adiós a tantas y tantas tardes de academia; a los cientos y cientos de horas encerrada en mi habitación, con los cafés y los marcadores esparcidos sobre el escritorio; a esos sábados enteros sin ni siquiera quitarme el pijama, mientras mi gente andaba por ahí divirtiéndose, y es que me tomé bien en serio lo de la oposición porque del resultado dependía mi futuro.

La otra cara de la moneda era que atrás quedarían también otras muchas cosas bonitas y entrañables para mí, como mi calle de toda la vida, esas tiendas, mis amigos, mi hogar, mi familia... En suma, mi zona de confort.

Por delante, todo un universo de posibilidades: una ciudad distinta; amistades nuevas; compañeros de trabajo; mil sitios de ocio por conocer... Y lo principal, claro: un sueldo fijo cada mes. ¡Ya era funcionaria!

El sueldo de un auxiliar de justicia en España no es que sea malote, aunque eso, como todo, depende un poco de las circunstancias de cada uno. En mi caso, me permitiría vivir con todas las necesidades cubiertas pero sin grandes lujos. Al menos de momento.

Me tocaba empezar a volar sola y teniendo que pagar un techo bajo el que vivir. Ahí radicaba mi principal problema. El tema de la vivienda trae de cabeza a la mayoría de la gente, desde hace mucho tiempo. Y a mí, cuando ya tuve claro que me trasladaba a la capital, también me empezó a comer el coco en cuanto me puse a buscar un piso en el que instalarme.

En vista de aquellos precios de locura, comencé a plantearme incluso el vivir en uno de tantos pisos compartidos que se ofertaban por Internet, pero no me decidía por ninguno. Fundamentalmente, porque todos me seguían pareciendo carísimos.

Empezaba a desesperarme, cuando al fin di con algo que, de entrada, me pareció bastante atractivo. Se trataba de un pequeño apartamento de alquiler en un antiguo barrio de Madrid, cercano a la plaza de la Puerta del Sol.

Interior, poco luminoso (según parecía en las fotos) y con un mobiliario más antiguo todavía que el barrio en sí y la propia fachada de la comunidad, podía decirse que no era el piso de mis sueños. Ni el de nadie, imagino, pero al menos tenía muy buen precio, para como estaba el

mercado. De hecho, se encontraba muy por debajo de la media.

Marqué volando el teléfono de aquel anuncio que pertenecía a un particular. Ese era otro punto a favor, me dije, y es que, de aquel modo, aunque tuviese que pagar fianza, me ahorraría la comisión de la inmobiliaria o de cualquier otro intermediario.

Damián, el propietario, se ofreció a enseñármelo sobre la marcha esa misma tarde. Se le veía ansioso por tener ya un inquilino y tuve que explicarle que eso no sería posible. Le conté mi situación y le dije que si me aseguraba que estaba todo bien, me lo quedaba sin más.

Como podréis suponer, el tipo se volcó en darme muchos más detalles a favor de su vivienda. No había más que hablar. Me lo quedaba, y si por cualquier motivo luego no terminaba de encontrarme cómoda allí, tiempo tendría de buscar otra cosa más aparente, estando ya en la capital.

De momento, una cosa solucionada. Eso sí, tuve que hacerle al tal Damián una transferencia de cuatrocientos euros, en concepto de reserva. Entendí también su postura, y es que tan desconocida era yo para él como él para mí.

Sin embargo, mi padre no estuvo tan de acuerdo con que le hubiera anticipado esa cantidad sin ni siquiera haber visto el piso...

— Pero...hija, ¿y si luego no tiene nada que ver con lo que te está diciendo?

—Papá, en las fotos no tiene mala pinta. ¿Qué puede pasar? ¿Que las paredes estén un poco sucias y tenga que darle una mano de pintura? No creo que la cuestión sea tampoco tan problemática.

—Eso... o que los muebles de las fotos no tengan nada que ver con los muebles que tenga ahora y sean más viejos todavía... o que esté lleno de humedades, que también puede suceder. Y del ruido, ya ni hablamos. Al ser un bajo, cualquiera sabe, Ainara.

—Cualquiera sabe, tú lo has dicho, pero ya ves que no tengo más opciones. Los precios de los pisos en Madrid dan miedo.

—Y en todas partes, esto ya se está yendo de las manos.

—Pues por eso, papá, tú mismo lo has dicho, pero prefiero meterme ahí que ir a parar a un piso compartido con a saber quién, aunque sea más luminoso y esté mejor ubicado. Y, encima, cualquier habitación cuesta mucho más que este apartamento, ¿no lo has visto?

—Bueno, bueno, pues nada. Que sea lo que Dios quiera, hija.

Le di un cariñosísimo abrazo. Qué poco tiempo me quedaba ya allí en mi casa...

—No te preocupes, papá, todo va a ir bien. Ya mismo estáis tú y mamá cogiendo el tren para ir a ver a vuestra hija, no sea que os la raptén.

Solía pincharle con esas cosas, pero la verdad es que no lo decía por decir. En casa, siempre fui la niña mimada y súper protegida, y no solo por mis padres. También por mis tres hermanos, todos mayores que yo.

Curiosamente, mi padre siempre quiso tener una niña, pero después de nacer José Manuel, Adrián y Roberto, empezó a perder la esperanza. Mi madre le decía que no estaba dispuesta a seguir con los intentos, que con tres hijos, y según se había puesto la vida, ya estaba bien. Si no había venido la niña, pues a aguantarse.

Pero el asunto es que me “colé”, aunque lo de que vine a este mundo “por accidente” habría que verlo. En cualquier caso, esa es otra historia y no quiero desviarme de la que me traigo ahora entre manos.

Llegó el día de poner rumbo a Madrid. Estábamos a mediados de mayo. Me despedí de los míos y me monté en mi modesto coche, en el cual ya había metido varias cajas y un maletón enorme en el que había guardado a presión todo lo que pude y un poco más. De milagro, pude cerrarle la cremallera, con tanta ropa y zapatos.

Fue una sensación un tanto agridulce, no sé si podéis entenderme. Me dio mucha penilla dejar a mi familia allí, aunque por otra parte, la ilusión me salía hasta por las orejas. No sabía con qué iba a encontrarme exactamente, pero tampoco tenía miedo a nada, pese a ser consciente de que, desde el momento en que enfilara hacia la capital, tendría que apañármelas sola con todo. Confiaba en la suerte. Además, ¿qué podía pasar?

Quizás a muchos os haga gracia todo esto, pero para una “pardilla” de mi calibre, con tan pocas tablas, tan solo eran pensamientos ilusos, y es que, como se suele decir, ¡la primera en la frente!

Para empezar, no fui capaz de aparcar por la zona de ninguna forma, de manera que terminé dejando el coche en un parking público. Después de dar otras tantas vueltas a pie por la calle con mi maletón a cuestas, al fin di con la dirección en cuestión.

Aquel edificio señorial pero de aspecto descuidado en que se ubicaba mi apartamento tenía el portón entreabierto, por lo que ni me molesté en darle al telefonillo.

Avancé por esa entrada oscura y bastante sucia hasta alcanzar la puerta del bajo izquierda y llamé al timbre. Había quedado a esa hora con Damián para el tema del contrato y que me diese a renglón seguido las llaves de la vivienda.

Antes de que nadie me abriera, escuché bastante ruido dentro, como de una lavadora centrifugando. Más que una lavadora, aquel electrodoméstico parecía una nave espacial calentando motores, pues la escandalaria que estaba armando se oía desde la entrada del edificio.

Aparte, la tangana de unos críos pequeños gritándose entre sí y una mujer que les gritaba a ellos más fuerte aún. El olor a repollo cociéndose que salía de allí dentro tiraba para atrás. ¿Qué era todo aquello?

Tuve que llamar varias veces porque nadie me hacía caso. Cuando la puerta finalmente se abrió, me encontré con una mujer de apariencia maleducada, la ropa bastante sucia también y cara de mala leche.

—¿Y tú qué es lo que quieres? —me preguntó con muy malos modales.

—Hola, buenas, soy Ainara, he quedado aquí con Damián —le respondí, un tanto temerosa.

—¿Damián? ¿Quién coño es Damián? ¡Aquí no vive ningún Damián! —me gritó.

Sin más, me cerró en la cara, dando tal portazo que temblaron las paredes. Comencé a asustarme, pero no me quedó otra que volver a llamar al timbre. Los críos seguían gritando a todo pulmón. Aquella histérica me abrió de inmediato.

—¿A ti qué te pasa, tía? ¿Es que estás sorda o qué?

—Discúlpeme —la voz casi no me salía del cuerpo—, pero he quedado aquí con Damián, el propietario de este piso. Soy la nueva inquilina.

Al decirle eso, la mujer se echó a reír con todas sus ganas y a mí se me puso la piel de gallina con sus palabras...

—¿La nueva inquilina? ¡Eso quisieras tú! ¡Enmanuel!, ¡Enmanuel!—gritó la tipa, volviendo la cabeza—. Ven aquí, mira lo que dice esta, que es la nueva inquilina, ¡jajajajaja!

—Buahhh. ¡¡¡Jajajaja!!! Otra que se lo ha tragado—escuché decir a un hombre desde dentro, con voz ronca.

—Mira, niña, ya me estás cabreando tú también, ¿te enteras?—prosiguió ella—. Ni aquí hay ningún Damián, ni tú eres la nueva inquilina, ni nada que se le parezca, así que deja de seguir molestando, si no quieres que llame ahora mismo a la policía.

Segundo portazo en las narices que me llevé. Puestas así las cosas, agarré otra vez la maleta y tiré para la calle, decidida a hablar inmediatamente con el supuesto dueño del piso para pedirle explicaciones. Debía haber un error, aunque no sabía exactamente en qué.

Hacía un día súper soleado y bastante caluroso, pero nada de eso justificaba los sudores que a esas alturas me caían a chorros por todo el cuerpo. Empezaba a estar muy asustada. Ni decir ya, cuando llamé al teléfono de mi casero y me encontré con que aquel número no daba ningún tipo de señal. Ni siquiera el típico mensaje de que estuviera apagado o fuera de cobertura...

Ahí tuve plena consciencia de que había sido víctima de una estafa que no me dolía tanto por el dinero, sino porque me dejaba literalmente en la calle...

## Capítulo 2



Engañada, asustada y sin saber qué hacer. Así me sentía. Tenía una prima en Madrid, unos años mayor que yo, Luz Marina, que precisamente era fiscal, pero no podía recurrir a ella para que me echase un cable. Mejor dicho, no me apetecía, y es que mi relación con Luz Marina era un tanto áspera, a cuenta de un episodio del pasado que tampoco voy a entrar a relatar en este punto. Quizás más adelante.

Tampoco debía llamar a mis padres. Con eso, solo iba a conseguir intranquilizarles a ellos también. Tenía la boca más seca que la suela de un zapato, así que me senté a tomar una Coca Cola en una cafetería, para pensar por dónde tirar.

Volví a meterme en el Google en busca de habitaciones en pisos compartidos, pues se me antojaba como la solución más sencilla a corto plazo, pero para entonces, solo encontré un par de ellos medio en condiciones.

En uno de los anuncios, el teléfono me daba también como apagado, por lo que mandé un wasap, un wasap que no acababa de entrar. En el otro, aparte de que el precio también era bastante elevado, el tipo que me cogió me comentó que allí vivían tres trabajadores de la construcción, de mediana edad, y que esa era la única habitación libre que les quedaba.

Lo descarté de inmediato. A ellos les daba igual que fuese mujer, según me dijo, pero a mí no, claro. ¡Solo me faltaba meterme en un piso con tres desconocidos!

La única vía que me quedaba era buscarme una pensión en la que refugiarme momentáneamente, pues caía la tarde a esas horas y ya me veía durmiendo aquella noche en un banco.

Encontré un hostel relativamente cerca, de manera que dejé el refresco sin terminar y me dirigí rápidamente hacia allá. Me dieron una habitación individual, sencilla pero bastante limpia, por cuarenta y cinco euros, un precio módico para alojarme en ella un par de días, pero no más. Demasiado gasto, solo para dormir.

El asunto de poner la denuncia a Damián en comisaría decidí dejarlo para el día siguiente. Estaba cansada y no tenía ganas ni de mirarme al espejo. Total, de nada me iba a servir tampoco salir pitando para denunciarle, porque sabía de sobra que esas cuestiones van para largo. Mal

había comenzado mi aventura madrileña.

En cuanto a mi gente, tuve que mentirles contándoles que ya me había instalado en el piso de Tirso de Molina y que todo estaba en orden. Ya les diría la verdad más adelante, cuando lograra salir del atolladero en que me encontraba.

Esa noche tuve pesadillas de todos los colores y estilos. Llegué a soñar hasta con la maleducada que por poco me echa a patadas del que se suponía que iba a ser mi apartamentito de alquiler. En mis sueños, nos enzarzábamos en una pelea brutal de la que yo salía muy mal parada.

Y no fue eso lo peor, sino que en la habitación de al lado (esto sí que fue real) debía haber una pareja joven con mucha calentura en sus cuerpos, ya que se tiraron toda la noche dándole al tema de un modo bastante bochornoso, creo que ya se me entiende. La discreción no era lo suyo, desde luego.

Cinco días me vi obligada a permanecer en aquella lúgubre pensión, y si no llega a ser por la ayuda de Ana Belén, una de las compañeras que me tocó en suerte en los juzgados, a saber cuánto tiempo más habría tenido que pasar en esa pensión infernal, aguantando toda clase de contratiempos nocturnos.

Digo esto porque lo de los jadeos y los envites al colchón de los de la habitación de al lado no fue nada en comparación con lo que vino en las noches sucesivas.

En la segunda, tuve que soportar a un hombre de cierta edad que se alojaba en la habitación contigua y que me vio al llegar, llamando a mi puerta a medianoche y diciéndome que por qué no me iba con él a su habitación. Por el tono de su voz, me parecía que estaba bebido. Hasta tres veces vino a aporrear mi puerta. “Anda, mujer, no seas tonta...”, no paraba de repetirme.

Y ya, para rematar el cuadro, la tercera noche, un par de chicos con pinta de poligoneros también se montaron una buena fiesta que no me dejó pegar ojo. Las risotadas, la música, el arrastre de sillas... Llegó un momento en que, harta de que no me dejaran dormir, empecé a dar golpes con el puño en el tabique para que se dieran cuenta de que estaban molestando, aunque lo único que conseguí así fue que me declaran la guerra de porrazos.

Por fortuna, como decía, apareció Ana Belén en mi vida como un ángel caído del cielo. Por cierto, ahora que digo eso de caído, de los ochenta juzgados que hay repartidos a lo largo y ancho de la comunidad de Madrid, yo también fui a caer precisamente en el mismo juzgado en que trabajaba mi prima Luz Marina.

Casualidades del destino, pero no por ello me sentí aliviada, pues ya os anticipé que nuestra relación era de lo más tensa. De hecho, al principio, mi prima se mostró incluso contrariada por esta circunstancia, como si yo fuera a interferir en algo en su vida. Nada más lejos de mis intenciones. Yo, a lo mío... Luz Marina solo era para mí otra compañera de tantas.

Como auxiliar judicial, me encargaba de temas diversos, por ejemplo notificar requerimientos y citaciones a los implicados en los procesos judiciales, desplazándome hasta donde se terciara, o

estar presente en el momento en que se llevaban a cabo procesos como los desahucios.

Dentro del juzgado, una de mis funciones consistía en que las salas de vistas se encontrasen en perfecto estado y se respetaran las normas. Asimismo, era responsable del archivo de autos y expedientes judiciales, los mismos que debía repartir por los despachos a unos y otros para que les dieran salida. Despachar papel, como suelen llamarlo. En esas es que conocí a Ana Belén, una fiscal de unos cuarenta años, rostro sereno y simpatía a raudales.

Enseguida hicimos buenas migas, y es que en cuanto supo que acababa de incorporarme a la plantilla y que venía de fuera, me tendió su amistad. Al saber la situación en que me encontraba, me dijo que posiblemente pudiera ayudarme, puesto que en el mismo edificio en que vivía, cerca del parque de El Retiro, había un piso de estudiantes universitarios.

—¿Pero son chicos, Ana Belén? —fue lo primero que le pregunté.

—No, Ainara. Que yo sepa, ahí solo hay chicas. Creo que son tres. O cuatro, no estoy muy segura.

—Pufff, mucha gente, me parece a mí. No creo que haya sitio ya para más.

—Tú déjame que le pregunte a Sandra, una valenciana con la que me llevo muy bien, porque esta gente siempre está cambiando, quiero decir que unas van y otras vienen. De un curso para otro, siempre veo alguna cara nueva.

—Vale, por probar, no perdemos nada...

—Exacto.

—Por cierto, Ana Belén, ¿sabes que soy prima de Luz Marina?

—¿Luz Marina Galán? —puso cara de asombro.

—La misma. Ella se apellida Galán Jiménez y yo, Bravo Jiménez. Nuestras madres son hermanas.

—Ah, pues no, no lo sabía, y fíjate que ayer estuve con ella en su despacho, pero no me comentó nada de eso.

—Pues ya lo sabes, aunque no me extraña tampoco que se callase la boca.

—¿Pero hay algún problema entre vosotras o qué? Es que se me hace raro eso de que no me dijera nada.

Me quedé en silencio por un momento, pensando la respuesta.

—Tampoco es tan grave. Digamos que ella tiene su vida y yo la mía. Nada más, Ana Belén, pero ya te contaré algún día...

—Tú tranquila, mujer, no soy ninguna cotilla. Ya me irás conociendo. A mí, eso de los corrillos y los chismes de la chupipandi en los desayunos no me va.

Me eché a reír.

—¿La chupi... qué?

—La chupipandi, Ainara.

—Imagino que te refieres a algún grupito de funcionarios de aquí dentro, ¿no?

—Por ahí van los tiros, sí, pero ya lo irá descubriendo tú misma.

—Pues sí que estamos bien...

—Ándate con ojo, Ainara, que aquí hay muy buenas caras, pero pocas de las que te puedas fiar. La gente es muy envidiosa y tiene mucha maldad.

—Chica, me estás poniendo nerviosa.

—Tranquila, que tampoco se trata de eso. Lo único que te digo es que te andes con cuidado en lo referente a las relaciones personales. Mi consejo es que te centres en tu trabajo, que ya te digo yo que lo vas a hacer muyyy bien, y que estés siempre al loro.

—Gracias por la parte que me toca, Ana Belén. Y por lo de estar al loro, quédate tranquila que lo tendré en cuenta.

—Muy bien, pues ahora, a seguir cada uno con lo nuestro.

—Perfecto, Su Señoría—le guiñé un ojo.

—Anda, anda, lo de llamarme Su Señoría déjalo para otros, chica. Para ti, soy simplemente Ana Belén.

—Muy bien, Ana Belén. Quedamos en lo que hablamos, ¿vale? Me dices si te enteras de algo de lo del piso ese.

—No te preocupes, en cuanto llegue a casa, hablo con las chicas y ya te digo lo que sea.

—Muchísimas gracias, de verdad.

—Venga, las gracias... para los curas.

A media tarde recibí su llamada.

—Adivina qué, Ainara.

—Dime, Ana Belén. .

—Me ha dicho Sandra que ahora mismo hay una habitación vacía, la de Alessia, una chica italiana que estaba aquí de Erasmus y que se acaba de marchar a su país.

—¿¿¿En serio???

—En serio. Le he hablado de ti, de tu situación, y me ha dicho que puedes venir a ver la habitación para instalarte con ellas cuando quieras.

—¡Qué suerte, no me lo puedo creer!

—¿Por qué no? Como suelo decir, solo tienes que pedir con fe las cosas al universo. Del resto, se encarga él. Y pensar siempre en positivo, Ainara, no lo olvides nunca.

Así era ella, y así, tal cual lo cuento, me encontré de un momento a otro teniéndola de vecina. Parecía que las cosas empezaban a encauzarse.

Esa misma noche, Ana Belén me invitó a cenar en su casa, un acogedor piso de dos dormitorios en el que no se escuchaba ni un ruido de la calle, puesto que el bloque estaba al fondo de una urbanización cerrada y ajardinada. Desde allí, lo único que escuchabas por la noche cuando te asomabas por la terraza eran los suaves maullidos de una colonia de gatitos buscando comida entre los árboles.

Durante aquella cena, hablamos de muchas cosas, entre otras, del tema de lo de mi estafa, que no os imagináis hasta qué punto me escocía. Cuatrocientos euros míos que se había llevado el tipo de un plumazo.

—¿Qué suele pasar en estos casos, Ana Belén? Quiero decir, si dan con esa gentuza después de las denuncias, aunque ya sé que me toca esperar sentada.

—Tarde o temprano le pillarán, Ainara, y le condenarán a la restitución de las cantidades que se ha llevado al bolsillo por toda la cara, las tuyas y las del resto, que no creas que serás tú la única a la que ha timado y que le ha denunciado. Estos mafiosos se las saben todas. Aparte, le caerá la pena correspondiente por el delito de estafa, que puede ir de uno a cuatro años de prisión.

—Cómo está el patio, de verdad...

—A mí me lo vas a decir...No sabes la de cosas que me toca ver a diario. Bueno, tú misma vas a ir viendo muchas también por tu cuenta.

—Uffff, anteayer, cuando tuve que bajar un momento a los calabozos a llevarle unos papeles al fiscal de guardia, casi me caigo de espaldas. Justo en ese momento, entraba una pareja de la guardia civil con un detenido esposado. El tío llevaba toda la camiseta chorreando de sangre y la frente llena de puntos, como si acabaran de dárselos. Daba miedo verle. Era un yonqui que iba jurando en arameo.

—Claro, seguro que ya le traían del hospital, aunque cosas mucho peores he tenido que presenciar, Ainara. Y las que me quedan, pero dejemos eso ahora y tengamos la noche en paz. Mejor hablamos de cosas más agradables. ¿Te apetece un chupito de Baileys?

—Buahhh, ¿en serio? Me encanta.

—¿Has probado el nuevo, el de fresa?

—¿De fresa? No.

—Pues ya es hora. Te va a encantar.

Ana Belén sacó la botella y un par de vasitos del mueble, y los llenó.

—Por nosotras, Ainara—dijo levantando el suyo.

Alcé el mío.

—Por nosotras, vecina.

Poco más tarde, bajé ya a mi nuevo “hogar”, donde residían aquellas tres universitarias que, a esas horas, andaban ya encerradas en sus respectivas habitaciones.

A propósito de lo de las habitaciones; la mía era bastante espaciosa y confortable. No podía quejarme en ese aspecto. Esa fue la primera noche que pude dormir a pierna suelta en Madrid.

## Capítulo 3



Mis primeras semanas como funcionaria fueron transcurriendo sin ningún problema, me refiero con esto a que me fui adaptando perfectamente al trabajo. Ahora bien, en cuanto al tema personal, poco a poco fui descubriendo quién era cada quién allí dentro.

Como ya me advirtió Ana Belén, empecé a darme cuenta de que no todo el mundo me contemplaba con los mismos ojos. Mientras que la mayoría me daba un trato “normal”, digámoslo así, había dos o tres que me miraban por encima del hombro, e incluso un decano al que parecía costarle la misma vida hasta devolverme el saludo, cada vez que nos cruzábamos por cualquier parte.

No obstante, nada de eso me preocupaba. Entendía que en todos los trabajos debían pasar ese tipo de cosas, o sea, que cuando te relacionas con bastante gente, lo habitual es no caerle igual de bien a todo el mundo y viceversa.

Entre las que se daban esos aires de grandeza conmigo estaban Margarita, María de la O y mi propia prima. La cuestión es que aquellas dos tenían muy buen rollito con Luz Marina y me dolía un tanto pensar que por ahí pudiese venir la cuestión. Una cosa era que mi prima y yo siguiéramos “picadas” por aquella vieja historia y otra bien distinta que le estuviera comiendo el coco a las demás para que me trataran de esa manera.

Ojo, no pretendo dar a entender que me hablasen de malos modos ni mucho menos, pero sí que les notaba las ganas de dejarme claro que su posición estaba por encima de la mía. Una pena que haya gente así, la verdad.

—Bah, ni caso—me solía responder Ana Belén cuando le hacía algún comentario respecto a esos temas.

—¿Tú sabes lo que me ha dicho Margarita cuando me iba de su despacho?

—A saber...

—Que le cerrase bien la puerta, que siempre tenía que acabar levantándose ella para cerrarla del todo y que eso le hacía perder el hilo de lo que estuviera haciendo.

—Jajajaja. Me parto. Esta mujer está siempre igual, y la gracia es que trabaja menos que... en fin.

—Pero no lo entiendo, Ana Belén. Te juro que suelo estar pendiente de esos detalles siempre.

—No hace falta que me lo jures. La conozco ya bien, Ainara. Son casi diez años cerca de ella. Y ya te digo yo que currar, lo que se dice currar, más bien poquito. Lo justo e imprescindible. Eso sí, es la tía más petarda y quisquillosa que conozco.

—¿Qué edad tendrá esa mujer? Porque una niña no es, precisamente.

—Creo que acaba de cumplir cincuenta y ocho. A esa, lo que le hace falta es un ligue que la distraiga. Es una amargada de aquí te espero, aunque luego los domingos no se pierde una misa.

—Ahhh, claro, a darse golpecitos de pecho delante de todos los santos, ¿no?

—Tú lo has dicho. Pero no te hagas mala sangre. Si vuelves a tener algún problema con ella, me lo dices, que la pongo firme rapidito.

—Quita, quita, tampoco quiero jaleos. No es para tanto la cosa, era solo un comentario.

—Ya, pero yo sé lo que me digo. Como vea desde el principio que te achantas ante sus pamplinas, peor lo va a hacer. Te digo que la conozco bien...

—Vale, Ana Belén, espero que todo quede en eso y no le vaya a dar por mí...

—Por cierto, Ainara, ¿qué tal va lo de la búsqueda de piso?

—De momento, no he visto nada que me interese, aunque no es que me lo esté currando mucho. Sin pausa pero sin prisa. Total, ahora tampoco estoy tan mal con las chicas...Son encantadoras.

—Y mejor que vas a estar dentro de nada, porque tanto Sandra como la pelirroja se irán ahora en verano a sus respectivas casas.

—Lo sé. Ya me contó Sandra que, aunque siguen pagando las habitaciones en verano para no perder el derecho del alquiler, se marchan con sus familias hasta finales de septiembre o así.

—Bueno, pues yo te he preguntado que qué tal iba la búsqueda porque sé de algo que quizás te pueda interesar, aunque todavía no te puedo decir mucho.

—¿Un piso?

—Es algo pequeñito pero muy mono, así tipo loft. De todas formas, aún no tengo claro para cuándo estará disponible exactamente, pero debe estar al caer.

—Me estás intrigando, chica. ¿De qué se trata?

—Verás, el loft en cuestión es de un primo de mi madre. El problema es que se le metió una ocupa hace más de un año y ahí sigue.

—Tiene narices la cosa.

—Que se lo digan a él, Ainara, me refiero a Nicolás, el primo de mi madre. De todos modos, esas cosas también tienen los días contados.

—Ya... lo más gordo es cuando se meten con menores.

—Ahí te voy, eso complica más el echarlos, pero por lo que tengo entendido, a la ocupa ya se le ha notificado que tiene hasta final de mes para largarse por su propio pie o... ya sabes.

—Lo sé. O se va voluntariamente o habrá que ir a sacarla por la fuerza.

—Efectivamente, y si te digo la verdad, no sé qué va a pasar en este caso. No obstante, puedo hablar con Nicolás por ti, si te interesa. Eso sí, tampoco sé en qué estado le va a dejar la otra el piso. Lo mismo hay que entrar con una excavadora para ponerlo al día. Ya sabes de qué va eso también.

—¿Y dónde queda el piso, Ana Belén?

—En Begoña.

—Begoña... me suena, pero no lo ubico.

—Por detrás del hospital La Paz. No es un barrio muy lujoso, Ainara, pero es un barrio tranquilo, de gente obrera, con todos los servicios y muy bien comunicado con el metro, autobuses y demás.

—Qué bueno—reí.

—Sí, ya te digo que no está mal.

—No digo que no, pero no me río por eso.

—¿Y entonces?

—Nada, que me ha hecho gracia porque pareces una comercial de inmobiliaria. Además, me has recordado al capullo aquel de Damián, cuando empezó a contarme todas las maravillas de su apartamento y de la zona. Lástima que no me dijera que el apartamento tenía un “bicho” dentro. ¡La madre que lo trajo!

—Ahhh, vale, vale, pero no creas que te estoy tratando de vender la moto. De hecho, el loft en sí ni lo he visto, pero si prefieres seguir buscando por tu cuenta, adelante.

—¡No, mujer! Claro que me interesa, aunque también dependerá de lo que pida de alquiler ese

hombre.

—Hablaré con él, porque de lo que sí que estoy segura es de que quiere un inquilino rápido, en cuanto la ocupa salga de una vez. Ya le ha cogido miedo a eso de que se le quede vacío.

—Normal, hay que ponerse en su pellejo. Solo le faltaba echar a esa tipa y que se le meta otra gentuza por las puertas.

Trece días después de esa conversación, la ocupa se marchó de allí por su propio pie, cuando apenas le quedaban veinticuatro horas del plazo límite para hacerlo.

Y, afortunadamente para el dueño, tampoco es que le dejara el loft destrozado, cosa bastante habitual en estos casos. Eso sí, sucio estaba un rato largo, pero Nicolás se encargó de ponerlo al día en seguida, dejándolo en manos de una empresa de limpieza y de una cuadrilla de pintores.

Así pues, seis o siete días más tarde firmamos el contrato y pude instalarme en él, puesto que el precio era asequible y el barrio como tal tampoco me desagradó. De hecho, era muy del estilo al barrio en que me había criado.

Para entonces, nos encontrábamos ya en pleno verano y el calor en Madrid era asfixiante. Una buena parte del personal de mi juzgado se había ido de vacaciones y se notaba bastante el vacío en aquel edificio enorme.

Por su parte, Ana Belén también cogió una quincena de vacaciones y se marchó al norte con un par de buenas amigas, como solía hacer casi todos los años. Ahora bien, antes de marcharse, dejamos planificado un viaje corto juntas, para el puente del quince de agosto. Tiraríamos para la zona del levante, a relajarnos un poco bajo el sol.

A lo largo de aquel viaje, nuestra relación se fue afianzando aún más. Ana Belén y yo estuvimos un par de días en Gandía y otros dos en Peñíscola, disfrutando de sus playas a orillas del Mediterráneo.

En esta última localidad, nos lo pasamos de lujo tapeando por sus preciosas calles empedradas y visitando sus rincones más encantadores, como el mirador junto al faro o el Castillo del Papa Luna, por cuyos muros y callejuelas se han dejado ver multitud de actores para rodar pelis y series tan famosas como “Juego de Tronos”.

Fueron unos días inolvidables, desconectando del trabajo y del ritmo acelerado en la capital de España, unos días que se me pasaron en un suspiro (como todos los mejores momentos de esta vida), pero que también nos dieron mucho de sí en todos los sentidos. Lo que pudimos charlar, para nosotras se quedó.

Ana Belén era una mujer bastante discreta en lo tocante a hacer preguntas. Sin embargo, se le veía que seguía intrigada con el tema de la tirantez de la relación entre mi prima Luz Marina y yo, aunque nunca me preguntaba directamente el porqué de esa tensión entre nosotras.

Una noche, hablando de nuestras respectivas familias mientras cenábamos, me lo volvió a

dejar caer con disimulo y decidí contarle de una vez lo ocurrido...

—La pena es que, para una prima que tienes en Madrid, os llevéis así como os lleváis, pero bueno...—así me sacó el tema.

Lo soltó como el que no quiere la cosa, en tanto le metía el cuchillo al filete.

—Ya, pero no puedo hacer nada, Ana Belén. Tú sabes cómo es. Desde que me echó la cruz, no ha querido ningún acercamiento, y créeme que alguna vez lo intenté.

—Hija mía, pues gordo debió ser el motivo para que a estas alturas sigáis tan mosqueadas la una con la otra.

—Si te digo la verdad, yo ya no estoy mosqueada. Las cosas pasan porque tienen que pasar, y lo que pasó estaba escrito en el destino también. Mira, te lo voy a contar, a fin de cuentas, no es ningún secreto de Estado, es solo que no me gusta remover el tema.

—Tampoco tienes que hacerlo si no te apetece hablar de ello, Ainara.

—Da igual, no te preocupes. Además, te tengo por una buena amiga. No es algo que me guste contar a cualquiera, pero tú no eres cualquiera...

—Gracias.

—Para los curas, Ana Belén, como sueles decirme tú. Verás, comenzando a estudiar la carrera, conocí a Arturo, un chico que trabajaba en un banco cercano a la facultad, y empezamos a salir.

—Ay, ay, ay, no sé por qué me dio siempre la espina de que por ahí iba la cosa, asuntos del cuore—intervino Ana Belén.

—Espera, espera, que ya verás. Meses después, Arturo conoció también a Luz Marina en una fiesta que organicé por mi cumpleaños. Desde el primer momento, ya me di cuenta de la atracción entre ellos. Esas cosas se notan a leguas, chica.

—Y que lo digas.

—Pues nada, el tiempo siguió pasando y coincidimos varias veces más porque en ocasiones hacíamos también planes así en grupo y tal. Yo no era tonta y me percataba de las miraditas entre ellos, el modo en que se hablaban y todo eso, pero hasta ahí. Nunca pensé que la cosa pudiera ir a más.

—Ya...

—Lo malo fue cuando alguien de mi círculo me vino con la historia de que les había visto juntos una de esas noches en que yo andaba de exámenes y me había quedado en casa.

—Vaya, vaya...aunque tampoco me extraña tanto...

—Calla, calla, deja que te cuente lo que pasó luego. Al primero que agarré para pedirle explicaciones fue a Arturo, pero claro, me lo negó tajantemente. Que si la gente tenía mucha maldad, que si le habrían confundido con otro, que si no sé qué y no sé cuánto...

—Lo típico...

—Total, que me fui a buscar a la otra, aunque tampoco es que yo fuese imbécil y pensara que me lo iba a reconocer tan fácilmente. En cambio, mi divina prima, cuando la pillé por banda, no dudó en reconocermme que sí, y no solo eso, sino que se habían visto ya varias veces y que me fuera olvidando de él, fueron sus palabras.

—¿Así te lo dijo, Ainara? —Ana Belén alzó las cejas.

—Como lo oyes. Flipante, ¿verdad? Pues nada, no contenta todavía, me dijo también que Arturo estaba loquito por ella y que si seguía aún conmigo, era porque no sabía bien cómo me iba a explicar que me dejaba porque estaba colado por mi propia prima. Por eso y porque le daba pena de mí, porque decía que yo era muy buena gente y me iba a quedar hecha polvo.

—Ohhh, qué considerado el chico—mi amiga lo soltó con tono sarcástico, claro.

—No me lo pensé ni mucho ni poco, Ana Belén. Tal cual terminó de hablar, le solté un cachetazo que dio inicio a una buena bronca entre las dos. Vamos, que me enganchó por los pelos y nos metimos las dos...

Ana Belén se echó a reír.

—Habría que veros...

—Sí, sí, tú riéte, pero lo que pasó más adelante no tuvo ya ninguna pero que ninguna gracia. Volví a buscar a Arturo, y cuando supo que Luz Marina me lo había reconocido todo, encima se puso negro y también tuvimos una discusión de dos pares. Poco más o menos, me llegó a decir que mi prima se tenía que haber callado la boca hasta que él hubiera estado más seguro de todo. ¿Qué te parece?

—Qué jeta, ¿no?

—¡Ya me contarás! Te sigo... Arturo agarró el casco de la moto, se montó con un cabreo monumental y salió zumbando a buscar a Luz Marina para recriminarle que se hubiera ido de la lengua. Lo malo es que nunca llegó a su casa porque se dio tal piñazo con la moto que acabó en el hospital muy malherido.

—¡No fastidies!

—Sí, hija, sí. Durante mucho tiempo, pensé que el hecho de ir tan nervioso debió influir en aquel desgraciado accidente que casi le cuesta la vida, y es que eso es lo que me gritó mi prima

en toda mi cara, Ana Belén. ¡Me culpaba a mí de lo sucedido!

—¿Pero tan grave fue el golpe?

—Arturo quedó tetraplético. Tú me dirás si fue grave...

—Madreeee...—se llevó la mano a la boca.

—Te sigo contando. A mi primita se le pasó la calentura rápidamente en cuanto vio qué clase de futuro le esperaba a él, en silla de ruedas. Yo también estaba muy dolida con todo, Ana Belén, y me costó lo mío quitarme ese complejo de culpabilidad, pero no quise continuar tampoco con Arturo. Una relación recién empezada... y ya con cuernos. No, hija, noooooo.

—Lo que no entiendo es que Luz Marina sea encima la ofendida de esta historia.

—Para que veas. Y eso que te la he resumido porque el recuerdo me afecta y no quiero ahondar mucho en los detalles, pero...

## Capítulo 4



A mediados de otoño, ya tenía bastante calado a todo el mundo en el trabajo, y la verdad es que me sentía bastante estresada, a cuenta de más de uno. Con los que tuve buen rollo desde el principio, cada vez mejor. Sin embargo, las “diferencias” con los que se mostraron más tontitos desde el minuto uno, pues también iban aumentando con el tiempo. En cambio, no era ese el único motivo de mi agotamiento físico y mental, y es que quería abarcar más de lo que podía.

Me había apuntado al gym, a clases de pintura, de alemán (un idioma que siempre tuve interés en aprender) y de guitarra, otra asignatura pendiente. Estaba ocupadísima y me tiraba los días dando carreras de un sitio a otro. Para colmo, dormía fatal y, por si fuera poco, volvió a bajarme la regla, quince días después de la anterior.

Me había pasado diez días sangrando muchísimo, cosa rara en mí, que siempre estoy solo dos o tres días y con muy poca cantidad. De ahí que me extrañase, aunque tampoco quise darle mucha importancia, por aquello de que había sido un episodio aislado. No obstante, al ver que empezaba de nuevo con las mismas al cabo de dos semanas, empecé a plantearme ir a algún ginecólogo. ¿A cuál? Ni idea, aunque prefería ir a alguno recomendado.

Una mañana, le dije a Ana Belén que me gustaría almorzar con ella para charlar un poco.

—Sin problema, Ainara, aunque te advierto que hoy tengo guardia de detenidos hasta las tres. Si no te importa comer un poco más tarde...

—Vale, vale, tranquila. Hoy me salto el gym. Te paso a buscar por tu despacho a esa hora, ¿ok?

—Como quieras. No sé si estaré allí o abajo, pero... bueno, sí porque, de todas formas, tendré que pasar a recoger el bolso.

—Allí nos vemos entonces.

—¿Estás bien, Ainara? Te noto como un poco acelerada.

—Más o menos, pero ya te cuento luego, tranquila.

—Vale. Lo dicho.

A las tres menos cinco, ya estaba delante de su puerta. Ana Belén no estaba dentro. Tampoco María del Mar, su compañera de despacho, por lo que preferí esperarla fuera, en el pasillo. Mi amiga tardó como veinte minutos en aparecer.

—Lo siento, chica—se disculpó—. Toda la guardia tan tranquila y, justo a última hora, aparecen dos detenidos casi a la par. Tiene narices el asunto.

—Nada, relájate que ya has terminado la faena por hoy.

—Cojo el bolso y el abrigo y nos vamos volando.

Diciéndome esto, salía María de la O del despacho contiguo, lista ya también para coger la calle. Para no variar, me saludó con su sequedad de siempre. Mejor dicho, nos saludó, porque Ana Belén también venía en el lote.

—Se acabó por hoy, ¿no? —le preguntó a mi amiga.

—Sí, ya era hora—le contestó Ana Belén con pocas ganas.

Cogimos pasillo adelante las tres. Esperando el ascensor, Ana Belén volvió a preguntarme si estaba bien.

—Sí, sí, no te preocupes.

—Pues no tienes muy buena cara, estás un poco pálida, Ainara—me espetó María de la O.

No sé a cuento de qué vino aquello. Ni que yo le importara a ella lo más mínimo, pensé. Aun así, no quise ser descortés con esa mujer que se creía superior y que tan bien se llevaba con mi prima Luz Marina.

—Bueno, ando un poco fastidiada con la regla, pero nada más —le contesté en un tono neutral.

—Uffff, yo también tengo unas reglas dolorosísimas. Las mujeres tenemos una buena cruz con eso.

Tampoco sé cómo me quedaron ganas de seguirle el hilo. Supongo que, en mi agobio, buscaba algún consuelo, algún consejo, no sé, pero lo cierto es que le dije además que llevaba muchos días sangrando bastante y que andaba buscando ginecólogo.

—Claro, claro, yo también soy de las que, a la más mínima, ya estoy yendo al médico.

Ana Belén permanecía callada. En ese momento, llegó el ascensor y nos metimos las tres. Pulsé el botón del garaje.

—Yo no, no me gustan nada los médicos y prefiero evitarlos—continué—, pero ya es la segunda vez que me pasa en muy poco tiempo y...

—Pues sí, no lo dejes. ¿Ya te han dado cita? —quiso saber María de la O.

—No, todavía no sé a dónde voy a ir.

—Te puedo pasar el teléfono de uno de confianza. No es porque lo diga yo, es que todo el mundo habla maravillas de él...

¿Me lo pareció a mí o lo dijo con una expresión extraña, como de burla?

—El mío es que se jubiló la Navidad pasada—Ana Belén entró en la conversación.

—Espera, que te lo doy—María de la O lo dijo echando mano al bolso para sacar el móvil—. Uy, qué raro, no llevo el iPhone. He debido dejármelo en el despacho. Si me esperáis un momento a que suba, bajo enseguida.

No nos quedó más remedio. Ana Belén y yo la esperamos ya en el garaje.

—Qué amable está esta hoy la estirada, ¿no? —le dije.

—Ya ves, chica, le ha dado el punto por ahí. Estará contenta, yo que sé...

María de la O bajó enseguida, me dio el teléfono de aquel ginecólogo y me insistió en que contactase con él. Nos despedimos de ella y nosotras salimos de allí en mi coche.

Fuimos a comer a un asador cercano a su casa, donde había reservado mesa. Ana Belén y yo nos pasamos cerca de dos horas charlando tranquilamente. Daba gusto hablar con aquella mujer, con su carácter tan tranquilo. Contarle cualquier problema era quedarse nueva, y es que siempre le quitaba importancia a todo. En aquello, no iba a ser menos...

—Ya verás que lo tuyo no es nada grave, Ainara. Las mujeres solemos tener muchas cosillas de este tipo, pero con ir pronto al médico, solucionado.

—No soy yo muy dada a ir a los médicos tan fácilmente, como le dije a María de la O, pero me temo que, si sigo así, voy a coger una anemia de caballo.

—Por eso. Llama cuanto antes a ese hombre y que te dé cita. Y relájate un poco, chica, que no paras con tantas actividades.

—Sí, en cuanto llegue a casa le llamo, descuida.

Miré la hora. Ya no llegaba tampoco a la academia de alemán, pero no me importó. Estaba bastante cansada y decidí que lo mejor sería tomarme el resto de la tarde en plan relax total. Llevé a mi amiga de nuevo al garaje del juzgado para que recogiese su coche y me despedí de ella.

Nada más aparecer por casa, marqué aquel número y la chica que me atendió me dio cita para dos días después, a las cuatro de la tarde del viernes. Ana Belén se ofreció a acompañarme si no quería ir sola, y aunque le agradecí el gesto, le dije que no hacía falta.

El ginecólogo en cuestión pasaba consulta en uno de los dos áticos de un lujoso edificio de la Castellana, de esos con un vallado alrededor y que están tan vigilados que tienes casi que dar hasta el “santo y seña” para poder acceder a él.

Se trataba de una clínica de lujo también, como cabía esperar, con un gran recibidor y las paredes pintadas de un blanco inmaculado. La recepcionista, muy exuberante ella, me pasó a una salita de espera, aunque allí, en realidad, la única que tendría que esperar en todo caso sería yo, puesto que no había nadie más para entrar.

—Quédese aquí un momento, que enseguida le atenderá el doctor—me pidió.

—Muy bien, gracias.

Aproveché la espera para responder algunos wasaps pendientes, entre ellos, uno de mi madre. Al cabo de unos minutos, la mujer volvió a aparecer.

—Ya puede pasar, Ainara, acompáñeme por aquí.

La seguí por el pasillo. Aquella mujer se paró ante una puerta que estaba entornada y la abrió lentamente.

—Adelante—me indicó—. Puede dejar el bolso y el abrigo ahí—la recepcionista me señaló el perchero de pared que había tras la puerta.

El doctor estaba de espaldas, mirando por la ventana. Al escucharnos, se giró.

—Ella es Ainara, doctor—le dijo.

—Buenas tardes. Ainara.

Me quedé muda. ¿¿¿Era aquel el médico al que yo le iba a contar mis problemas de ahí abajo??? Tenía delante al hombre más atractivo que había visto en mi vida, pero con diferencia.

Debí parecer imbécil, y es que tardé lo mío en poder corresponderle a su saludo. ¡*Mamma mía!* Thiago, que así se llamaba, era de complexión atlética y debía medir un metro ochenta aproximadamente. Tenía una piel súper bronceada que contrastaba con su uniforme clínico tan blanco como las paredes, los ojos azules y risueños, y el pelo negro, no demasiado corto. Calculé que tendría unos treinta y cinco años, quizás alguno más.

—Siéntese, por favor—me pidió.

Él también se sentó en su sillón y comenzó a teclear en el ordenador, a la par que me iba haciendo ciertas preguntas, como la edad, si tenía hijos, enfermedades reconocidas, etc. Lo

típico, vaya.

Supongo que debió notar mi nerviosismo al hablar, pues enseguida me dijo que me tranquilizase. Lo que no creo que supusiera es que él era responsable de parte de mi nerviosismo. O sí, porque debía estar acostumbrado a lidiar con mujeres de todas las edades y estilos. Debía ser consciente de que, con semejante fachada, a más de una le temblaría hasta el alma entre aquellas paredes.

Thiago me hizo una ecografía y, en principio, no le dio mucha importancia a lo mío, máxime cuando le expliqué que llevaba una temporada descansando poco y mal, y estresadísima. Pese a todo, me mandó a hacer un análisis de sangre y volver a pedir cita con él para quince días más tarde.

Al volver a casa, le envié un wasap a Ana Belén.

—Yo: Niña, ¿andas liada?

—Ella: Holaaaa. No, ¿por?

—Yo: ¿Te puedo llamar un momento?

—Ella: Claro, pero dame tan solo un minutín, que estoy terminando una cosa.

—Yo: Tranquila, no hay ninguna prisa.

—Ella: Vale, te doy yo el toque ahora mismo.

—Yo: Ok.

Ana Belén tardó casi un cuarto de hora en llamarme.

—Hija, perdona, que según te iba a llamar, me entró una llamada de Sebastián, y ya sabes cómo se enreda este hombre también.

—Sí, algo me suena—reí.

Sebastián era otro fiscal del mismo juzgado; un hombre algo mayor que Ana Belén, de unos cincuenta años, buena presencia y carácter bastante agradable. No es que estuviesen liados (como chismorreaban en la chupipandi), pero lo cierto es que, visto desde fuera, lo parecía porque andaban casi siempre juntos, y no solo en el trabajo.

Tan pronto quedaban para ir un sábado al cine o al teatro, como para cenar por ahí cualquier noche entre semana, o simplemente ir de compras a algún centro comercial. Una amistad sana, como se suele decir, aunque a muchos les cueste creer todavía que eso puede darse entre un hombre y una mujer... ¡el caso es darle a la lengua!

—¿Ya has vuelto del ginecólogo? —fue lo primero que me preguntó mi amiga.

—Sí, volví hace un rato.

—¿Cómo te ha ido?

—De película, Ana Belén, no veas.

—Uy, muy contenta te veo hoy, eso es buena señal.

—No me ha ido mal, efectivamente, pero no es eso solo.

—¿Qué pasa, Ainara?

—Tenías que haberle visto, Ana Belén. ¡Qué tío más bueno, por favorrrrr!

Mi amiga se echó a reír.

—Si llegas a verle—continué—, flipas. Y además, simpático y... no sé cómo explicarte, de esos médicos que te dan mucha confianza, que sirven para calmar a la gente, ya me entiendes.

—Te entiendo. Así deberían ser todos, que hay cada uno suelto que...

—Te lo juro, Ana Belén. No he visto una cosa igual en mi vida, qué monumento de tío. Por poco no me da un pasmo cuando se giró y le vi. Vamos, que si llega a ser un dentista en vez de un ginecólogo, me planto allí cada dos por tres para que me haga de todo en la boca. ¡Hasta las carillas!

—Jajajaja. Qué exagerada eres. Carillas... Estás loca. A ti sí que te iba a salir carilla la broma  
—Ana Belén echó mano a ese juego de palabras.

—Tengo que volver dentro de un par de semanas, con el resultado de la analítica que me ha mandado. Ese día, si puedes, me acompañas y lo ves con tus propios ojos. Ya me dirás si exagero o no...

## Capítulo 5



Lo que ocurrió apenas una semana después, sí que fue algo totalmente inesperado para mí. Iba por la calle con mi porta folios bajo el brazo para entregar algunas notificaciones, cuando me pareció escuchar el móvil. No me dio tiempo a cogerlo, pero al ver la llamada perdida, casi se me sale el corazón por la boca. Era de la clínica de mi ginecólogo.

Os podéis imaginar el susto que me llevé, y es que aquello no me pareció normal para nada. De repente, se me encendió la bombilla y me dije que tampoco era motivo para ponerse así, que tal vez necesitaran cambiarme la cita, así que traté de serenarme un poco y devolví la llamada. Reconocí enseguida la voz de la mujer de recepción.

—Clínica del doc...

No le di tiempo a terminar de hablar.

—Buenos días. Tengo una llamada perdida de hace un momento.

—Ah, Ainara Bravo, ¿verdad?

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?

—El doctor quiere hablar con usted—me contestó.

Volví a ponerme de los nervios con su respuesta, pues aquello ya no iba de un simple cambio en la agenda.

—Le paso con él—me dijo a continuación.

—Gracias.

Tras unos segundos que me parecieron eternos oyendo una musiquita de fondo, de esas que te ponen mientras te dejan en espera, Thiago me habló.

—¿Ainara?

—Dígame. ¿Hay algún problema?

—No, tranquila, era solo para preguntarte cómo seguías. Te vi bastante alterada cuando viniste a la consulta.

¿Era posible aquello? ¡Mi ginecólogo me llamaba tan solo para interesarse por mi estado!

—Bueno, pues la verdad es que me encuentro bastante mejor. De hecho, hace ya dos días que se me ha cortado la regla.

—Lo imaginaba. Y me alegro.

—¿Hay algo más que pretenda decirme?

Seguía sin poder creerme que tan solo me hubiera llamado por esa cuestión.

—Nada más. Bueno, sí...que no tienes por qué hablarme de usted. A fin de cuentas, tenemos edades parecidas.

Me quedé pasmada. Traté de imaginarme su cara en esos momentos. De haberle tenido en frente, seguro, le habría visto algún gesto de complicidad. ¿Qué estaba pasando?

—Y otra cosa—añadió—, te recuerdo que el próximo viernes tienes una nueva cita para ver qué tal los resultados de esos análisis.

—Me los hice ayer precisamente.

—Estupendo. Pues aquí te espero la semana que viene.

—Allí estaré...Thiago.

—Thiago...—repitió—. Eso está mucho mejor. Lo dicho...

—Pues hasta la semana que viene.

—Hasta entonces, Ainara.

Me quedé de piedra con aquella llamada y yo también pensé en llamar de inmediato a Ana Belén para contárselo, pero recordé que mi amiga tenía toda la mañana de juicios, por lo que, en lugar de hacerlo, le envié un wasap pidiéndole que contactara conmigo cuando estuviese libre.

La escena parecía sacada de un guion de película. Traté de acordarme de los detalles de aquella primera consulta, uno a uno y minuto a minuto, pero no encontré nada “anormal”, salvo que no solo había dado con un hombre guapísimo, sino súper amable y de gran calidad humana.

A Ana Belén también le pareció un poco “sospechosa” su actitud para conmigo, pero ella, con su particular visión de la vida, solía ir más allá de las cosas...

—Uy, uy, uy, Ainara. O mucho me equivoco, o este se ha fijado en ti—fue su conclusión, cuando se lo conté mientras tomábamos un café.

—No puede ser, niña. Tenías que haberme visto el día que fui a la consulta, con unos vaqueros, un jersey corriente y una coleta...

—¿Pero qué tiene eso que ver, chica? A ti no te hace falta mucho arreglo para llamar la atención, y es que la que vale, vale...

—Jajajaja. Cualquiera que te oiga, Ana Belén, diría que me estás tentando.

—Sabes que no, que no es porque yo te lo diga, ese ginecólogo estará todo lo bien que tú quieras, pero tú también vales lo tuyo.

—Sí, claro, soy una perita en dulce para cualquier hombre, ¿no?

Estallamos las dos en risas, y es que lo de la “perita en dulce” no era una ocurrencia mía. Se lo escuchamos decir una vez a Margarita... ¡pero sobre su propia persona!

Así se autodefinía aquella amargada, más fea que una babucha vieja. Tiene guasa que ese tipo de personas no es que no tengan complejos de ninguna clase, sino que encima se consideren una bicoca para cualquiera que se les acerque.

En fin, que de todo había entre aquella cuadrilla de fiscales, jueces, magistrados y demás. Mucha gente, diréis, pero es que en aquel edificio se agrupaban varios juzgados de instrucción de Madrid.

Retomando el hilo. Ya os podréis hacer una idea de con qué ganas esperaba que llegase mi siguiente cita en la consulta de Thiago. Creo que en la vida he tenido tanto interés por acudir a ningún médico. Me decía a mí misma que lo mío podría haber sido algo así como entrar en un bingo por primera vez y cantar línea del tirón.

Para esa segunda ocasión, procuré esmerarme un poco para tener mejor apariencia, aunque tampoco era plan de arreglarse como la que va a un gran evento. Hacía un día que de frío que pelaba y el cielo amenazaba con tormenta.

Me peiné bien mi melena rubia, me planté otros vaqueros negros, un jersey beige de chenilla de cuello vuelto, unas botas marrones de piel y tacón fino, y cogí un bonito abrigo de plumas que tenía por estrenar en el armario.

Agarré el paraguas y tiré para el coche. Por aquella zona no había manera alguna de aparcar, así que tuve que volver a meter el coche en el mismo parking de una bocacalle cercana.

Justamente al salir de él, se oyeron unos truenos horribles a lo lejos y pronto comenzó a caer una lluvia de aquí te espero. Abrí el paraguas, apresuré mis pasos todo lo que pude y, cuando estaba ya a pocos metros del edificio, pegué tal resbalón con las botas que por poco no me caigo de culo. No sé cómo logré aguantar el equilibrio. Hubiera estado bonito aparecer chorreando por

la consulta...

El contraste con la temperatura en el interior de la clínica, que tenía la calefacción a tope, fue brutal. A diferencia de la vez anterior, me tocó esperar cerca de media hora antes de poder pasar. Tenía aún dos personas delante cuando llegué, y es que Thiago iba con retraso esa tarde.

Aún me parece estar viendo aquella sonrisa suya cuando al fin entré. Un gusto que a una la recibiesen así, y más, si se trataba de un hombre tan increíble como él.

—Siéntate, por favor—me pidió con voz aterciopelada.

Se puso unas gafas y comenzó a darle al teclado de su ordenador. Yo saqué del bolso los resultados de mi analítica y los dejé sobre la mesa. Thiago agarró los papeles, se puso a leerlos y siguió anotando.

—¿Cómo te encuentras, Ainara? —me preguntó al fin, con una sonrisa preciosa.

—Bien...bueno, más o menos. Como ya te comenté por teléfono, de lo del sangrado estoy perfecta, aunque sigo notándome un poco cansada.

—Es normal—me respondió.

—¿Es normal que me encuentre cansada? —le pregunté yo a él.

Thiago volvió a sonreírme, mostrándome aquella perfecta dentadura suya.

—No, mujer. Es normal que lo del sangrado ya haya pasado. Las reglas largas y abundantes, muy seguidas en el tiempo, pueden venir por diversas causas, como por ejemplo las dietas desequilibradas o los cambios bruscos de peso.

—Pero ese no es mi caso. Yo como bien y...

—Lo sé, ya me lo dijiste cuando te estuve preguntando el primer día, pero hay más causas, como la premenopausia, cosa bastante improbable a tu edad, el estrés crónico, que también puede derivar en un desequilibrio hormonal...

—Tampoco es eso...—le interrumpí, y es que tenía tal estado de ansiedad que no podía ni quedarme callada.

—Ya, ya, pero las alteraciones de la función tiroidea también están en la lista. De hecho, suele ser una de las causas más comunes.

—Ahhhh—creo que debí poner cara de idiota.

Mi ginecólogo sonrió una vez más y siguió explicándome...

—Ahí iba yo, es decir, que eso precisamente era lo que quería comprobar mediante el análisis

de sangre. Pero por lo que estoy viendo, descartado también.

—¿Y entonces?

—Entonces, podemos decir que no tenemos que dar mucha importancia a lo que te ha pasado últimamente. Como ya te he explicado, el factor psicológico juega un papel fundamental en estos temas. Dicho de otro modo, necesitas relajarte un poco. Ahora bien, veo que los niveles de hierro sí que los tienes un poco bajos, lo cual justifica en parte ese cansancio tuyo de un tiempo a esta parte.

—¿Eso quiere decir que tengo anemia?

—Un poco, pero no te agobies mucho por eso, porque no es nada que no pueda arreglarse tomando hierro en pastillas durante una temporadita e incluyendo en la dieta más alimentos ricos en este mineral.

—Sí, vamos, que me hinche de lentejas, ¿no? —en ese punto, yo también le sonreí.

—Bueno, las lentejas tienen fama en ese sentido, pero hay otras muchas más cosas básicas de gran aporte en hierro, como la carne roja, la carne de aves, los huevos y todas las legumbres secas, por citarte algunos ejemplos. Ah, y las ostras.

Thiago me miró con un brillo especial en los ojos.

—Por cierto... ¿Te gustan las ostras, Ainara? —me preguntó del tirón.

Os juro que me la vi venir, de manera que le contesté de inmediato que sí, que me encantaban (la verdad).

—Pues me voy a arriesgar—me soltó a continuación—. Te invito mañana sábado por la noche a cenar, siempre y cuando no tengas ningún compromiso, claro. Conozco una marisquería buenísima.

Ahí paró y se me quedó mirando fijamente, a la espera de mi reacción. Yo no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Estaba como petrificada en aquel sillón de piel marrón.

En cambio, no tuve mucho que escarbar en mi mente antes de responderle, y es que no tenía ningún plan en absoluto para ese fin de semana. Eso sí, noté cómo se me subió el calor de repente a la cara. Debía estar más roja que qué. Pufff, menudo cortazo.

—¿Mañana por la noche? —le pregunté, como si no hubiese escuchado bien.

—Oye—Thiago estiró el brazo por encima de la mesa y rozó una de mis manos con la yema de sus dedos—, discúlpame si he sido muy atrevido. No pretendía ponerte en ningún compromiso, ¿vale?

—No te preocupes, no lo has hecho. Si te digo la verdad, no tengo planes de nada, así que...

¡te acepto esas ostras!

Se lo dije tan contenta, un poco más tranquila ya, aunque os suene raro. De repente, mis nervios se habían esfumado, al igual que la tormenta.

Poco después, camino del parking, iba como una cría dando saltitos por las calles, sorteando los charcos. Ya no tendría que volver por aquella consulta, pero tenía una cita para cenar al día siguiente con mi ginecólogo. ¡¡¡Qué fuerte!!!

Ana Belén alucinaba cuando se lo conté.

—Qué valor el de ese chico, ¿no?

—¿Tú crees?

—¡Hombre! Tú dime a mí, atreverse a plantearte algo semejante, sin saber nada de tu vida, ni si tienes pareja ni...

—En realidad, Ana Belén, lo de que no tengo pareja sí lo sabía.

—¿Cómo? ¿¿Se lo habías dicho tú??

—Más o menos, pero relájate, déjame que te explique.

—Que me relaje yo... jajaja, eso sí que tiene gracia, Ainara. Eres tú la que estás que se sube por las paredes de la emoción.

—Nooo, a ver, te cuento. Cuando estuve allí el primer día, Thiago me abrió la ficha y me estuvo haciendo muchas preguntas, como por ejemplo si había sufrido algún aborto o si tenía hijos...

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Cómo está hoy Su Señoría con el interrogatorio, por favor... ¿me quieres dejar acabar?

—Vale, sigue.

—Otra de las preguntas de rigor fue si había notado dolor en los últimos tiempos, durante y después de las relaciones sexuales.

—Ah, ya, ya...

—Y claro, le tuve que decir que hacía por lo menos un año y medio que no tenía relaciones porque no andaba con nadie. Que sí, que dicho así, tampoco me justificaba, pues una noche suelta por aquí y por allá cualquiera la puede tener, pese a no estar en pareja, pero yo se lo dejé bien claro. No tenía sexo desde hace año y medio. O más, porque la verdad es que ya he perdido la cuenta...

## Capítulo 6



Flipaba en colores. El día amaneció bastante gris también y habían dado lluvia nuevamente, sobre todo, a partir de media tarde. Habíamos quedado a las nueve de la noche en una marisquería por la zona de Moncloa que, por supuesto, yo no conocía.

Le di mil vueltas al tema de la ropa. Esa noche sí que quería estar radiante, aunque lo de la lluvia me limitaba un poco, más que nada en lo referente al calzado. Siempre he odiado mojarme los pies.

Tan atontada estaba con mi cita, que ni caí en la cuenta de que también existe una buena opción para estos casos. Lo llaman taxis, pero como digo, andaba como tonta perdida y tardé en reparar en ello. Sí, sería lo mejor, y así me evitaría problemas con lo del aparcamiento. Un taxi de puerta a puerta, y asunto arreglado. O un Uber.

Después del desayuno, me probé la mitad de la ropa del armario, pero no me decidí por nada, y es que nada me parecía realmente apropiado para la ocasión. A todo le ponía alguna falta, de manera que terminé empleando el resto de la mañana en recorrer las tiendas de un conocido centro comercial madrileño, relativamente cercano a mi casa.

Aunque me gasté un dinerillo aquel día, la inversión mereció la pena, y por la noche salí tan chula yo, estrenando todas mis compras: un monísimo conjunto de jersey con cuello en V y falda de lápiz, de lana gris pero no muy gruesa, y un pañuelo estampado que le conjuntaba muy bien. Para los pies, unos botines negros de tacón bastante alto.

Hasta el maquillaje lo había estudiado a conciencia. En cuanto al pelo, la melena suelta, eso sí, me la alisé bien con las planchas para variar un poco (estaba ya muy vista con mis rizos naturales).

A pesar de haber llamado con suficiente antelación al taxi, llegué a la marisquería como diez minutos después de las nueve, debido al caos del tráfico de la capital. Si de por sí en el día a día ya era una odisea atravesarla en coche, imaginad lo que puede llegar a ser un sábado a esas horas y con lluvia.

No me gusta que me tengan que esperar, pero tampoco se me dio esa circunstancia aquella noche, puesto que Thiago apareció exactamente a la par que yo, debido a lo mismo. La única

diferencia es que él fue hasta allí en su propio coche.

—Ainara...

—Thiago...—le contesté, poniéndome a la altura de su particular saludo.

—Pasa, pasa—me pidió, sujetando la puerta para que yo entrase primero.

Tras la puerta de caoba de la lujosa marisquería, un metre enchaquetado hasta las orejas nos preguntó si teníamos reserva.

—Sí, tengo reserva para las nueve, a nombre de Thiago Ferrer—le respondió mi acompañante.

El hombre echó una rápida ojeada al libro de reservas.

—Bien, vengan conmigo por aquí, por favor.

Nos sentó en una mesa junto a un amplio ventanal, medio velado por unos visillos blancos. En el centro, un cirio encendido, sobre una curiosa palmatoria con forma de concha de vieira.

—¿Les apetece ir tomando algo mientras deciden qué van a tomar?

—¿Te gusta el vino blanco? —me preguntó Thiago.

Dudé por un momento qué responderle. En realidad, no me hacía demasiada gracia, pero en vista de la pregunta, se deducía que eso era justo lo que le apetecía a él.

—Sí—le contesté finalmente.

—Pues un par de copas de Barbadillo blanco, por favor—le respondió Thiago.

En cuanto el hombre se dio la vuelta, el silencio me cayó por encima como una pesada baldosa. No sabía qué decirle, acababa de quedarme como bloqueada y a él debió pasarle lo mismo. Nos mirábamos a los ojos sin saber por dónde tirar, y al final tuve que ser yo la que rompiera el incómodo silencio...

—Increíble, ¿no?

—¿Por qué? —Thiago se encogió de hombros.

—Porque imagino que no debe ser lo más normal, digo yo.

—¿A qué te refieres exactamente, Ainara?

—Pues a esto—volví las palmas de las manos hacia arriba y giré la cabeza despacio en ambos sentidos—, a estar aquí contigo cenando.

—Cenando... todavía no hemos empezado. A tiempo estás de arrepentirte y dejarme plantado —sonrió pícaramente, más que con la boca, con los ojos.

—Yo no he dicho que esté arrepentida, solo que la situación se me hace un poco rara.

—¿Rara por qué?

—Venga, va. El ginecólogo, con una paciente a la que no conoce de nada apenas. ¿Es lo más normal?

—Quizás no, pero tampoco tiene nada de malo. Ahora dime tú una cosa. Si en lugar de en la consulta hubiéramos coincidido un par de veces en cualquier discoteca por ahí y te hubiese invitado a salir... ¿lo hubieses visto mejor?

Ahí sí que me dejó sin respuesta.

—Está bien, olvídalo

Eso fue lo único que le dije, pretendiendo cambiar de tercio. Pero la situación me seguía resultando un tanto tensa, y es que aquel súper bombón volvió a quedarse callado.

Thiago agarró la carta y la examinó de arriba a abajo lentamente. Con mis manos entrelazadas por debajo del mantel, le observaba sin saber por dónde salir de nuevo, para deshacer el hielo un poco. Su segunda pregunta, sirvió al menos para arrancar.

—¿Te gustan también las cigalas?

—Me encantan.

—¿Te parece si pedimos una mariscada completa para dos?

—Me encantan—repetí como una idiota.

Thiago volvió a sonreír, aunque más que una risa, aquello fue una especie de mueca pícara total.

—Te encanta todo, ¿no?

—Todo.

—Me alegro.

Ahí no pudo contener más la risa y enseguida me percaté de por dónde iba el tiro.

—A ver, todo...quiero decir que me gustan los mariscos en general.

—Vale, vale, y yo solo te digo que me alegro.

Volvió a echarse a reír y yo acabé igual que él. Por fin se iba deshaciendo esa tensión inicial.

La mariscada fue una pasada. Tanto él como yo nos pusimos ciegos de nécoras, ostras, cigalas, percebes, almejas y no sé cuántas cosas más.

Mientras dábamos cuenta de todo ello, conversamos sobre varios temas, aunque el principal fue el de nuestros respectivos trabajos. Thiago me habló de los motivos que le habían llevado a querer especializarse en ginecología (un asunto muy curioso, vaya) y cómo había conseguido abrirse aquella lujosa clínica tan pronto (menuda suerte la suya).

Luego, cuando me tocó el turno de hablarle sobre mí, me llamó un poco la atención su reacción al decirle que era auxiliar de justicia. ¿Asombro por su parte? Quizás no sea esa la palabra, pero lo cierto es que mostró un especial interés por saber cuáles eran exactamente mis funciones dentro del juzgado.

Entre unas cosas y otras, después de aquellas dos copas de entrada, cayó una botella entera de Barbadillo. Y ya, para rematar el asunto, nos tomamos un copazo de licor de melocotón tras el postre (una cuña de tarta de Santiago a medias).

¿Que si me puse piripi? NO, pero tengo que admitir que andaba un poco achispada. Con esto, no quiero decir mareada, sino contentilla, de esas veces que te da por hablar y hablar hasta la saciedad y por reírte de cualquier estupidez, como por el susto tan tonto que me llevé a la salida, con una langosta metálica de adorno, que había colgada en la pared.

Primero me llevé la impresión, al creer de repente que aquel bicharraco era de verdad y andaba trepando por el tabique. A continuación, la risa floja, y no solo la mía, pues a él también le entró la misma tontuna. Un par de veces le dio por imitar a la langosta, arqueando los brazos como si fuesen sus pinzas y “amenazando” con engancharme. Haciendo el ganso, vamos, y yo le seguía la corriente y más se reía todavía.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—¿Qué de qué?

Otra vez a reírnos como dos tontos.

—Que qué hacemos, doctor.

—Sacar el diente —arqueó un lado del labio superior, mostrándome el colmillo.

—¿Perdona?

Thiago no paraba de reír.

—Nada, Ainara, olvídalo, es un chiste malo.

—Jooo, no importa, cuéntamelo, anda —le pedí.

—Venga, voy. Dice... doctor, doctor, vengo a sacarme un diente que me duele muchísimo... Pero...Pepita, yo no soy dentista, soy ginecólogo... Ya, hombre, pero espere que le muestre dónde lo tengo clavado...

El chiste, efectivamente, no era muy bueno que digamos, pero casi me tiro al suelo a patalear de la risa. Las lágrimas se me saltaban, os lo juro. Es lo que os decía antes sobre el puntillo ese del alcohol.

—Ahora ya en serio, Thiago. Son las once y cuarto nada más. Podemos seguir de farra por ahí, ¿no?

Ya me iba soltando bastante la melena, como veréis.

—¿En el dentista?

—Donde te apetezca—le respondí, dejando aparte ya el cachondeo.

—¿Alguna sugerencia?

—No tengo ningún antojo en especial. Me da lo mismo tomar una copa en un pub que ir a bailar un rato a cualquier sitio.

—Aclárate, guapa—me guiñó un ojo.

—Es que tampoco creas que conozco muchos sitios todavía. No salgo mucho, así que...tú decides.

—Hacemos una cosa, lo echamos a suertes, ¿te parece?

—¿Echar a suertes qué, Thiago?

—El plan. ¿Tienes alguna moneda?

—Pues no sé, porque como siempre suelo pagar con tarjeta...

—A mí me pasa igual, que no llevo ni un céntimo en efectivo.

—Espera.

Saqué la cartera y vi que llevaba un par de monedas de dos euros. Le puse una de ellas en la mano.

—Toma. Si sale cara, yo digo qué hacemos. Si sale cruz, tú eliges, doctor Ferrer—me encogí de hombros.

—Venga, va. Una, dos y... tres.

Thiago lanzó la moneda al aire, lo malo es que se le “escapó” y cayó rodando de canto hasta perderse por debajo de uno de los coches que había aparcados en la acera.

Ahí sí que casi me da el telele ya de la risa. Él también se tronchaba.

—No esperarás que me tire debajo del coche a ver cómo ha quedado, ¿no?

—No, hombre, no. Toma la otra, pero píllala esta vez, ¿eh?, a ver si al final me va a costar más la broma que la entrada para un concierto de Rihanna.

Como os decía, nos reíamos de cualquier chorrada. Y después, con la segunda moneda, salió la cruz, de manera que le tocó elegir qué hacer a partir de ese momento.

—¡Nos vamos a mi casa!

Me pilló un poco de sorpresa, y no porque no esperase que me lo propusiera, que según pintaba el tema... ¡pero no creí que fuese a pedírmelo tan pronto!

—¿Estás loco, chaval?

—¿Ya estamos otra vez? Según entramos, que sí qué raro todo esto, el ginecólogo con una paciente y tal y tal. Y ahora resulta que es que el ginecólogo está loco.

Otra vez a reírnos con todas nuestras ganas.

—Tienes todita la razón, doctor. Vámonos ya de aquí, pero nada de coche, ¿eh?

—Ni se me ocurre.

Se bajó de la acera y miró a lo lejos.

—Mira, por allí viene un taxi, estamos de suerte.

Thiago alzó la mano para que el taxista nos viera. Cuando entramos en el vehículo, le pidió al hombre que nos llevase a un punto concreto del Paseo de la Habana...

## Capítulo 7



Ya durante el trayecto, comenzó a ponerse “tierno” conmigo. Apartó un mechón de mi cara y me acarició la mejilla, en tanto su otra mano se movía a capricho para arriba y para abajo sobre mi muslo.

En un momento dado, me cogió por la barbilla para que girase un poco la cabeza. Nuestras miradas se cruzaron. Ambos teníamos las mismas ganas, por lo que nos acercamos lentamente el uno al otro sin dejar de mirarnos, hasta que los labios se unieron y se fundieron los alientos.

Su lengua y la mía se entrelazaron, como interpretando una danza avivada por el deseo contenido hasta entonces, y es que la tensión sexual entre él y yo venía ya desde los postres en la marisquería. Ahí fue cuando verdaderamente comenzaron a saltar las chispas, o al menos esa fue mi percepción.

Cuando quise darme cuenta, ya estábamos frente a su casa. Insistí en pagarle la carrera al taxista, pero mi ginecólogo no me lo permitió de ningún modo.

Thiago vivía en un complejo residencial de alucine. Decía yo que el edificio donde tenía la consulta era de película, pero aquello no se quedaba atrás, pues era algo así como un oasis urbano escondido en una de las mejores zonas de Madrid, con todos los ingredientes para relajarse.

Aquel paradisíaco refugio de viviendas en el barrio de Chamartín contaba con un enorme jardín de árboles centenarios de diversas clases, así como con una gran piscina en el centro. Poco o nada se notaba allí dentro el continuo ajeteo de la gran ciudad. Paz absoluta...

En el ascensor, se reinició el calentamiento de motores. Thiago hundió sus dedos en mi nuca y volvió a besarme, aunque lo hizo ya sin ningún reparo, casi mordisqueándome.

Y si digo que ya sin ningún reparo es porque en el taxi tuvimos que cortarnos un poco, puesto que aquel hombre no dejaba de mirarnos por el espejo retrovisor y, aunque no abrió la boca en ningún momento, interpretamos esas miradas como una invitación a mantener las formas, ya me entendéis.

Pues bien, una vez en su casa, ya no hubo quien nos detuviera. Ni siquiera se tomó un par de

minutos para enseñármela. Tampoco es que me importase. En ningún momento le pedí que se calmara, que no corriera tanto, sino todo lo contrario, pues yo misma atizaba aquel fuego que se inició en el recibidor del piso.

Recuerdo que, al igual que en el ascensor, mi ginecólogo me acorraló contra la pared, presionando mi cuerpo con el suyo. Sin dejar de besarme, acariciaba con una mano mis nalgas, por encima de la fina lana de la falda.

—Eres perfecta, eres perfecta, Ainara—me susurró al oído, acariciándome sin parar el trasero.

—Mmmm, tú también. Te deseo, Thiago, te tengo muchas ganas.

Mis palabras terminaron de encenderle por completo, pues me agarró de la mano y me condujo a toda pastilla hasta su dormitorio, que más que un dormitorio, parecía la suite de un hotel de cinco estrellas.

La cama debía ser por lo menos de un metro ochenta de ancho y estaba cubierta por un edredón negro, sobre el que destacaban unos mullidos cojines de rayas de cebra, ribeteados en tejido plateado. Los cogió de un puñado y los lanzó al butacón que había junto al ventanal e hizo lo mismo con el edredón, que terminó resbalando y cayendo al suelo.

Thiago me sujetó por los hombros y me echó hacia atrás, obligándome a sentarme en el borde, a los pies del colchón. A continuación, se desabrochó la camisa.

—Tumbate, preciosa, que voy a concederte todos tus deseos...

Me dejé caer despacio. Mi chico me subió la falda hasta la altura de los muslos, me quitó los botines y se arrodilló ante mí. Comenzó a besuquearme las piernas sin ni siquiera quitarme las medias, ascendiendo hasta el tesoro oculto entre ellas, allí en la parte más alta. Yo misma terminé quitándome el jersey y el sujetador.

Estaba de lo más excitada y notaba que la humedad que partía de mi interior comenzaba a traspasar la telilla del minúsculo tanga. Thiago se desabrochó la hebilla de su cinturón, para aliviar esa “presión” que iba aumentando bajo sus pantalones vaqueros.

Observé aquel bulto suyo que parecía a punto de estallarle la tela del calzoncillo e hice ademán de incorporarme, queriendo palparlo con mis manos, pero él me lo impidió, empujándome suavemente para que siguiera tumbada.

—Shhh, quieta ahí. Es mi turno...

El bombón que tenía delante terminó de desvestirse por completo y se arrodilló a mis pies. Me bajó las medias despacio y comenzó de nuevo a recorrer mis piernas de abajo a arriba, alternando los besuques con lametones. Comencé a gemir. Le deseaba con todas mis ganas. No recordaba haberme sentido nunca tan encendida con unos preliminares.

Al llegar a la cumbre, Thiago presionó mi vulva con su cabeza, estiró los brazos y comenzó a

“masajearme” el vientre de un modo muy curioso y placentero hasta límites insospechados.

Cerré los ojos y tuve que morderme los labios, sintiendo la maniobra de esos dedos que, cual valientes soldados, se habían propuesto conquistar a toda costa el valle situado entre mi ombligo y mis partes más íntimas. Se notaba su destreza como amante.

Envuelta en el gozo, mi mente comenzó a fantasear de un modo un tanto “perverso”, pues me metí en un papel ligeramente distinto: yo era una simple paciente que había acudido a la consulta ginecológica para una revisión y me encontraba de repente con una actitud inesperada de mi doctor... ¡Ni en las pelis porno, vamos!

Cuanto más pensaba en ello con los ojos cerrados, más y más gozaba de la presión de la yema de sus dedos sobre mi piel. Y para qué decir, cuando fueron descendiendo por mi pubis y se centraron en separarme los labios inferiores...

Thiago, teniéndome abierta ya de par en par, chupeteó con ganas mi clítoris y luego se afanó en lamer con las mismas ansias todos los recovecos de alrededor, incluidas mis ingles.

Tuve que apretar con fuerza los puños y hasta los dientes para no estallar de placer. Ya no era simplemente humedad lo que tenía por ahí abajo, sino chorros resbalando hacia las sábanas y un fuego interior que me abrasaba.

Me incorporé ligeramente y le tendí mis brazos, tratando de que se levantase.

—Ven, por favor, ven—lo mío era una súplica.

—¿Ya no puedes más, preciosa? ¿Quieres que tu doctor te cabalgue como un jinete?

Mi doctor... Sus palabras me impactaron un tanto, y es que todavía no había logrado salir del todo de aquel papel en que me había metido yo sola, sin proponérmelo siquiera. Parecía como si me hubiese estado leyendo la mente todo el tiempo.

—Ven, ven—repetí con un tono ardiente.

—Mmmm, parece que mi gatita tiene ganas de verdad...

Thiago se levantó, se pasó el dorso de la mano por la boca y se apartó el pelo de la cara. Era la viva imagen de un dios, contemplando con ojos de lujuria mi cuerpo al desnudo.

—Ven aquí, anda...—me lo dijo, agarrándose firmemente por las nalgas para que me echase un poco más para abajo, queriendo acomodarme para lo que vendría a continuación.

Separé bien las piernas y él flexionó las suyas hasta quedar a mi altura. Thiago apoyó las palmas de las manos en mis pechos y no necesitó ayudarse de ellas para guiar aquel miembro hasta la entrada de mi vagina.

Tan rígido lo tenía que entró del tirón hasta lo más profundo de mi ser. Y ahí se quedó parado

durante unos segundos. Tuve que morderme el antebrazo para ahogar el alarido, sintiendo la presión de tan grande aparato en mis entrañas, un alarido que no hubiera sido de dolor precisamente, sino de verdaderas ansias de que se moviera al libre albedrío por mi interior.

Se retiró despacio y repitió la operación. Parecía disfrutar de lo lindo de aquel juego que a mí me tenía ya cardíaca perdida.

—No pares, por favor...

—¿Quieres caña, nena?

—Quiero que me poseas como si fuera tu última oportunidad en esta vida.

Eso sí que fue el colmo para sus oídos, puesto que me dio tal embestida a renglón seguido que mi cuerpo se desplazó bruscamente hacia atrás. Y a partir de ahí ya no hubo quien le parase con esas embestidas bestiales, primero en pie y luego recostado sobre mí, unas embestidas que parecía que no iban a terminar nunca.

Llegó un momento en que temí asfixiarme, con su musculoso cuerpo moviéndose encima del mío, de aquel modo tan enérgico. Hasta los jadeos se me entrecortaban.

—Espera, porfa...déjame darme la vuelta.

Tuve que hacerlo, y es que sentía que aquel león iba a acabar conmigo, os lo juro. Antes de cambiar de postura, intenté agarrar ese miembro enfebrecido para darle yo también unos lametones, pero Thiago volvió a impedírmelo.

—Ni se te ocurra—me advirtió.

—¿Y eso? —le pregunté extrañada.

—Te garantizo que este—miró hacia abajo—, no va poder soportar ahora mismo esos chapuzones en la piscina.

Me hizo gracia la forma de referirse a ello, pero me callé la boca y me coloqué a cuatro patas sobre el colchón.

—Ohhh, diossss, qué culo tan bonito tienes, Ainara—me soltó, al tener mi trasero ahí bien a la vista.

Sin más, volvió a penetrarme despacio, agarrándome de la cintura. Thiago continuó con la misma maratón de embestidas, hasta que mi cuerpo no pudo soportarlo más y empecé a chillar como si estuviera poseída, sintiendo las contracciones del orgasmo, esas sacudidas internas tan placenteras que te abren de golpe las puertas del cielo.

A él le costó un buen rato más alcanzar ese punto de placer infinito, pero cuando lo hizo, sus aullidos me demostraron que los míos, en comparación, habían sido simples murmullos.

Nos quedamos inmóviles sobre el colchón durante unos minutos, callados los dos y con la mirada fija en el techo. Por mi parte, pensando en que lo sucedido esa noche no era lo habitual en mí, y es que nunca me había metido con un hombre en la cama a la primera de cambio. Él... pues no sé. Cualquiera sabía qué estaba pasando por su cabeza en esos momentos.

—Necesito beber agua.

Más que por la propia necesidad, que era cierta, se lo dije por romper ese tedioso silencio que me recordó al de los primeros momentos en la marisquería.

—¡Claro! —Se levantó de un salto—. ¿No te apetece tomar otra cosa? ¿Una copa? ¿Un refresco?

Me senté en el borde de la cama y me retiré el pelo sudoroso de la cara.

—¿Qué tienes por ahí?

—Casi de todo—Thiago me guiñó el ojo.

—Ya...

—Vente conmigo para la cocina, a ver qué te apetece.

Me puse por encima el jersey y le seguí descalza por aquel pisazo que, prácticamente, aún no había tenido ocasión de ver. La cocina, al igual que el dormitorio y el salón, era enorme y estaba decorada con muy buen gusto, con una isleta central.

Mi guapísimo doctor se sirvió un gin-tonic cortito. Yo preferí solo la tónica. No me apetecía más alcohol. Pensé que nos iríamos con los vasos para el sofá, pero me equivoqué...

—Esto nos lo tomamos mejor en la cama. Allí vamos a estar más cómodos—me dijo.

Pese a chocarme un poco su propuesta, me callé y volví con él al dormitorio. No habíamos tomado ni la mitad cuando Thiago volvió a la carga conmigo, metiéndome mano por aquí y por allá.

Acabamos haciéndolo de nuevo, aunque esa segunda vez fue algo más “tranquila” y con los papeles invertidos. Quiero decir que fui yo la que llevó las riendas casi todo el tiempo. Y, por supuesto, ese miembro suyo de tan hermosas proporciones terminó dándose ya los “chapuzones en la piscina”, antes de volver a entrar de lleno en acción...

## Capítulo 8



Cuando quisimos despertarnos, eran cerca de las doce del mediodía. Thiago me dio los buenos días y un ligero beso en la mejilla. Se levantó y subió la persiana, dando paso a un sol cegador a través del cristal de la ventana.

—¡Ostras! —exclamó—. Me estoy acordando de que dejé ayer el coche detrás de la marisquería.

—Pues nada, otro taxi hasta allí y ya está. ¿Vas a salir ahora o qué?

—He quedado a las dos con un colega para almorzar. ¿Qué piensas hacer tú?

—De momento, levantarme también y vestirme—le respondí sonriendo.

—Ya imagino, quería decir que qué planes tienes para hoy.

—Ninguno.

—Suen a entretenido...

Me devolvió la sonrisa, pero la suya me pareció como que llevaba un matiz irónico.

—Sí, ya ves tú que entretenimiento. Pues no sé, creo que voy a aprovechar el día para poner algo de orden en casa, que lo tengo todo un poco dejado.

No le mentía. Aunque esta que está aquí vivía en un pisito diminuto, tenía algunas tareas pendientes en él; cosillas de poca envergadura pero que no paraban de acumulárseme, y es que entre semana no me quedaban ganas ni de levantar un papel que se cayera al suelo. Bastantes vueltas daba ya entre el trabajo y el resto de actividades por las tardes.

Empezaba a plantearme dejar las clases de guitarra, y no solo por estar algo más desahogada de tiempo, sino que no se me estaban dando bien, a pesar de gustarme y poner todo mi empeño en las cuerdas.

Me acordé de Ana Belén, de camino a mi casa. Andaría a esas horas (y nunca mejor dicho) la

mar de entretenida por el Pardo, pues había quedado con Sebastián y otros amigos del grupo de él, para hacer un sendero por la zona y luego comer también por allí en el pueblo.

Habían tenido suerte con el día, aunque supuse que debían llevar todos ellos las botas llenas de barro, con la lluvia que había caído últimamente.

Pese a encontrarse por ahí a su rollo, justo antes de comer, mi amiga me envió un wasap.

—Ella: ¿Todo bien anoche, chica?

—Yo: Bueno... todo bien.

—Ella: Uy, uy, uy, esa respuesta no me ha convencido mucho. ¿Decepcionada o qué?

—Yo: Nooo, tranquila, Ana Belén. Todo genial, tú disfruta ahora del domingo.

—Ella: Vamos a sentarnos a comer. Luego tomaremos un café en otro sitio, y poco más. Cuando llegue a casa, te llamo si quieres y ya me cuentas.

—Yo: Vale.

—Ella: Venga, un besote.

—Yo: Otro para ti.

Esa mujer siempre estaba pendiente de mí. Cada día me sentía más orgullosa de mi amistad con “Su Señoría”, como había terminado llamándola ya por costumbre.

A sus cuarenta y dos años, seguía soltera y sin compromiso, cosa que al principio, cuando nos conocíamos, me costaba entender, y es que Ana Belén, aparte de guapa, era tan cariñosa, tan agradable, tan atenta, tan correcta siempre...en fin, que ella sí que era “una perita en dulce” para cualquiera, y no la tontaja de Margarita.

Sin embargo, no había sido afortunada en los asuntos del corazón. Ana Belén había tenido dos relaciones formales hasta entonces. La primera, bastante larga, con un chico que terminó trasladándose a vivir a Estados Unidos, decidido a ser piloto. Y aunque le juró y rejuró que volvería cuando se formase, allí se quedó para siempre. Germán fue el clásico amor de juventud que te deja un poco tocada.

Tiempo después, conoció a Pablo y volvió a ilusionarse. Con Pablo, empezó a experimentar un amor más maduro, más sosegado, y él, al cabo de tres o cuatro años, empezó a decirle que ya era hora de irse planteando el vivir juntos.

Ahí empezaron los problemas entre ellos, y es que Ana Belén, al parecer, no se encontraba todavía preparada para convivir con nadie, según me explicó. Bueno, lo del “todavía” habría que omitirlo, puesto que Ana Belén me confesó que ella no había nacido para eso, que el estado ideal es cada uno en su casa, “aunque mucha gente no me entienda”.

Yo tampoco comparto ese pensamiento suyo, pero lo respeto, lógicamente. Siempre he pensado que cuando estás a gusto con una persona, lo que quieres es compartir el mayor tiempo posible con ella, y eso precisamente es lo que se consigue con la convivencia.

La cuestión es que, a raíz de eso, Pablo pareció resignarse, pero la relación entró en barrena. Seguían saliendo juntos, sí, pero él, por lo visto, comenzó a mostrarse más frío, al punto de que en los últimos tiempos le decía que la veía más como una buena amiga que otra cosa. Cada vez tenía menos ilusión en esa historia. En cuanto a ella, simplemente se había acomodado en ese plano, pero tampoco había ya mucho más por su parte.

Lo peor vino después, cuando Pablo empezó con los achaques físicos y no físicos. El chico comenzó a padecer de insomnio y unos problemas digestivos que le estaban volviendo loco, dado que los médicos no daban con el origen ni con el tratamiento definitivo. En esas, comenzó a caer en depresión.

Para entonces, ya llevaban ocho años juntos. Ana Belén le quería mucho y, pese a todo, no le soltaba de la mano. Al revés, cuanto peor le veía, más se volcaba en ayudarle, pero tan mal se encontraba Pablo de la depresión que ya el asunto comenzó a ponerse bastante serio.

Cuando a una persona le da por decir que no tiene interés por nada más que morirse, mal vamos, y ese fue su caso. Pablo vivía con una hermana, la misma que cierta mañana, al ver que no se había levantado para ir a trabajar, entró en la habitación y se lo encontró con esa espumilla tan alarmante cayéndole por la comisura de la boca y varias cajas de pastillas vacías sobre la mesilla.

Tres días estuvo en la UCI sin conocimiento, hasta que el médico de turno habló con la familia para comunicarle que el estado de su cerebro era irreversible. Vamos, que no se podía hacer nada por él. Ya solo cabía desconectar todos los cables y dejarle ir tranquilo, y que pudiera cumplirse así su voluntad.

Ana Belén se quedó hecha polvo y dijo que ahí se plantaba, que no quería más historias sentimentales, que estaba “gafada” y que ya había tenido suficiente con los dos.

Todo esto que os estoy relatando me lo contó ella a mí en aquel fin de semana que estuvimos por las playas de Levante, que fue cuando verdaderamente comenzamos a abrirnos la una a la otra con las confidencias.

Volviendo a lo mío. No paraba de pensar en Thiago, en lo que había sido la noche junto a él. Me acordaba de los primeros minutos sobre el mantel de la cena y de ese otro silencio al terminar de hacerlo la primera vez.

Habían sido momentos tensos. Fríos, podrían denominarse también, aunque si lo analizábamos, el episodio había sido un poco frío en conjunto. No sé, eso de ni siquiera tomar la copa tranquilamente en el salón entre sesión y sesión... O el hecho de saltar de la cama tan alegremente y decirme del tirón que tenía planes, posiblemente para que no me hiciera ilusiones de remolonear mucho por allí...

Andaba bajilla de moral, lo reconozco, pero tenía que tomármelo como que había sido un simple rollo de una noche loca, y punto. Aun así, me costaba asimilarlo porque Thiago me gustaba. Y mucho.

Hice varias llamadas a media tarde. Estuve hablando con mis padres y con mi hermano José Manuel (el mayor), para ver qué tal iban los preparativos de su boda con Lucía.

Llamé también a Aroa, una compañera de clases de pintura con la que había hecho una buena amistad, y le propuse salir a merendar, pero Aroa andaba con un resfriado de los gordos y me dijo que prefería no coger frío por ahí, porque al día siguiente tenía un examen importante y no quería empeorarse. Aquella mujer también tenía su mérito. Casada, con dos críos muy pequeños y terminando la carrera de Ingeniería Industrial. ¡Dos ovarios ahí, sí señor!

Necesitaba despejarme, salir a tomar el aire aunque fuese sola, por lo que me di una ducha, me arreglé un poco y cogí la calle sin rumbo. No había vuelto a tener noticias de Ana Belén, así que supuse que todavía estaría por ahí con Sebastián y compañía.

A decir verdad, el barrio en que yo vivía tenía bastante vida en el día a día, pero los domingos por la tarde estaba tan muerto como casi todos. Por un momento, estuve tentada de meterme en la boca del metro y tirar para el centro, hacia la Plaza Mayor y los alrededores, que a esas alturas debía estar precioso con la decoración navideña. La Navidad, esas fechas que siempre me han gustado tanto...

No me dio tiempo a aclararme, y es que mi incondicional amiga me llamó enseguida para preguntarme que dónde andaba...

—Heyyy, ¿qué tal, guapa? —le pregunté yo a ella, con un buen subidón de repente.

—Pues aquí, en casita ya, como las niñas buenas.

—Yo ando un poco aburrida, Ana Belén.

—¿Y eso? Pensé que lo mismo seguías con tu Thiago.

—Mi Thiago...—repetí yo, con menos euforia ya.

—No te veo muy contenta, Ainara. ¿Qué ha pasado?

—Oye, Ana Belén, ¿te parece si me voy a tu casa y me invitas a un café?

—Pero te refieres a tomarlo aquí, ¿no?

—Claro, te estoy diciendo de ir a tu casa.

—No, a ver... que tú sabes que a mí me da igual, Ainara, lo que pasa es que acabo de llegar y sigo con el chándal. Todavía ni me he duchado.

—Tranquila, ni ganas que tendrás de coger la calle, que ya bastante has tenido por hoy. ¿Sabes? Estoy pensando que no me interesa mover el coche de su sitio, que para aparcar por tu zona me las voy a ver y a desear, y a la vuelta, ni te cuento. Mejor me voy en el metro.

—Muy bien que haces, pues aquí te espero.

—El tiempo de llegar, Ana Belén.

—No te preocupes, que de aquí no me pienso mover, así que...

—Venga, tiro para allá.

Le di un fuerte abrazo al llegar. Estaba ya en pijama, zapatillas y con la bata puesta.

—Ainsss, esta chica...—dejó caer, en medio del abrazo—. Intrigadísima me tienes.

Me separé de ella.

—Venga, siéntate y ahora me cuentas, Ainara. ¿Café o prefieres otra cosa?

—¿Tienes Cola Cao?

—Nesquik, que para el caso es lo mismo, ¿te vale?

—Me vale, pero ponme la leche bien caliente, guapa, que vengo helada.

—Venga, siéntate que enseguida lo traigo.

Me quité el abrigo y me acurruqué entre los cojines del sofá, esperando a que volviera. Qué mono y qué acogedor tenía el piso la *joía*.

Ana Belén no tardó en aparecer con la bandeja.

—Aquí tiene usted, señorita, Nesquik con la leche bien caliente.

Se sentó a mi lado, cogió su taza de café y me pidió que le contase cómo me había ido en mi cita. Estaba de lo más intrigada.

Como es lógico, omití los detalles más íntimos de cama, pero insistí en esas otras cosillas que me llevaban a pensar que no volvería a verle el pelo a mi ginecólogo.

—Chica de poca fe—terminó diciéndome—, ya verás que antes de que te acuestes, vuelves a saber de él.

—¿Tú crees? Yo no lo veo tan claro...

—Ya te digo yo que sí.

Me aferré a esas palabras, y es que mi amiga tenía una intuición flipante. Pocas veces se equivocaba cuando a ella le daba la espina de algo, y yo deseaba que en esta ocasión fuera igual.

—Me encanta, me encanta ese hombre, Ana Belén.

—Piensa que todo va a ir bien, no adelantes acontecimientos. Como siempre te digo, pídeselo al universo. Y si no te lo concede, piensa también que por algo será.

—Te haré caso.

Solté una risilla.

—Uy, ¿se puede saber qué está pasando ahora por esa cabecilla tuya que no para un momento? —me preguntó.

—Nada, una chorrada. Estaba imaginándome qué cara se le pondría a María de la O si llega a enterarse de todo esto mío con Thiago.

—Con lo pelusona que es, a saber.

—Le iba a faltar el tiempo para irle con el cuento a mi prima Luz Marina.

—Otra que tal baila, pero esa no es quién para opinar nada aquí. Al revés, tiene mucho que callar.

La miré un tanto sorprendida.

—¿Me estoy perdiendo algo, Ana Belén?

—Bah, olvídale. No he dicho nada.

—No, no, ahora no me dejes así. Tú sabes mucho más de lo que hablas.

—Ya sabes cuál es mi lema.

—Sí. Ver, oír y callar, pero ya que has empezado, lo tuyo es que sigas. Anda, por favor...

Ana Belén terminó contándome algo que me dejó boquiabierta. Mi “querida” prima estaba liada con su decano, Juan Carlos, aquel otro tipo que pasaba olímpicamente de mí, como si yo no existiera.

A la vista estaba que a Luz Marina le iba eso de meterse en las relaciones de los demás, puesto que el “simpático” decano era un hombre casado.

—Y lo lleva claro como esté pensando que algún día va a dejar a la mujer por ella—añadió Ana Belén al final.

—Le conoces bien, por lo que veo.

—Bastante, y te digo desde ya que ese no suelta a la mujer ni muerto, pero no porque esté loquito con ella, sino que no lo hay más materialista en la faz de la Tierra y ahí hay mucho dinero en juego. Sara, la mujer, es registradora de la propiedad, así que imagínate el nivel de vida que llevan.

—Ya te digo. Qué alegría...

—Aparte, que tu prima no es la primera ni la última con la que se enrolla. Este es un picaflor de mucho cuidado, que se cansa rápido también de los rollitos, por eso te digo que...

Madre mía, la de historias que se cocían por aquellos juzgados... Y las que todavía no habrían llegado a mis oídos, pensé.

En cualquier caso, a mí, la única que me interesaba era la mía, esa que no sabía aún por dónde iba a salir, pero al final, Ana Belén acertó nuevamente con sus predicciones.

Thiago volvió a escribirme por wasap, al poco de aparecer yo de vuelta por mi casa. Me preguntaba si estaba libre para comer con él al día siguiente. ¡¡¡Biennnnn!!!

## Capítulo 9



—¡Ten cuidado por donde vas, mujer, que casi me pasas con el carro por encima de los pies! ¿Estás ciega o qué? Por Dios bendito...

La miró como si la criatura fuese un mojón. Era Margarita, echándole la bronca a una chica de la limpieza, que empujaba aquel armatoste por los pasillos. “Doña perfecta”, siempre tan amable con todo el mundo. Empezábamos bien el lunes...

Bueno, para mí, sí, desde luego. El entusiasmo se me notaba a kilómetros. Iba cargada con un buen cerro de carpetillas, haciendo el reparto por los despachos. Al llegar al de Ana Belén, vi que la puerta estaba entreabierta y la mesa de María del Mar, su compañera, vacía. No se escuchaba nada dentro y llamé suavemente con los nudillos.

—Adelante—le escuché.

Ana Belén andaba liada ya con trabajo.

—Bueeenos díassss, Su Señoría...

—¡Hombre! ¡Qué contenta viene hoy la niña de los papeles!

—¿A que sí?

—No hace falta que lo jures, Ainara. ¿Tenemos novedades, verdad?

Me sonrió e hizo una mueca como diciendo: he acertado.

—¡Correcto!

—Ay, ay, ay... ¿lo ves?

—¡He quedado con él para almorzar! —le solté del tirón, mientras le entregaba algunas de aquellas carpetas.

—Ya te dije que ese daba señales de vida.

—Pues no estaba yo tan segura, la verdad.

—Pero no se lo habrás propuesto tú, ¿no?

—No, mujer, ni de coña. Me escribió anoche, nada más llegar yo a casa.

—Con razón te has puesto tú tan guapa hoy.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Estás muy bien. Además, se te ve muy buena cara, se nota que has dormido bien. Estás con el guapo subido.

—¡Gracias, Su Señoría!

—De nada.

—Bueno, chica, no te entretengo más, que yo también tengo que seguir por aquí y más tarde me toca hacer algunas gestiones por la calle.

—¿Y se puede saber a dónde vais a ir a comer?

—A un restaurante italiano.

Le di algunas referencias y Ana Belén me dijo que lo conocía, que era un sitio no muy lujoso pero que la comida, chapó. Es más, incluso me recomendó un plato determinado de pasta con el que me iba a chupar los dedos, según ella.

—Por cierto, que no veas cómo ha llegado hoy Margarita, guapa—le solté.

—¿Y eso?

—Por poco se enzarza con la chavalita esa nueva de la limpieza. Tenías que haberla visto, te lo juro, se ha puesto a gritarle ahí en medio, diciéndole que casi la pilla con el carro.

—Sí, ya, como si el carro no se viera venir, pero claro, es que debe costar mucho trabajo echarse a un lado. Menuda paponía está hecha.

—Ya ves, Ana Belén. Hasta le ha dicho que si estaba ciega o qué.

—Qué maja. Ella sí... ella sí que ve muy bien—dejó caer con ironía—. Como que ve hasta lo que no hay...

—¿A qué te refieres?

—Es igual, ahora no es el momento de hablar.

—Te la perdono porque me tengo que ir, que si no, no me movía de aquí hasta que me lo contaras. ¡Ya me dejas intrigada otra vez!

—Anda, tira millas—volvió a sonreírme—. Y pásatelo muyyy bien con tu doctor.

—¡Muuuchas gracias!

Le guiñé un ojo.

—Por cierto, Ana Belén, ¿no ha venido María del Mar? —le pregunté antes de marcharme del despacho.

—No, parece ser que está con bronquitis. La ha visto el médico forense y la ha mandado de vuelta a casa con unos aerosoles y no sé qué más.

—Vaya. Bueno, ahora sí que me voy. Chaito.

Salí de allí tan contenta. Contra todo pronóstico, la mañana se me pasó en un suspiro, entre las llamadas de teléfono y las vueltas de un lado a otro.

A las dos y media en punto, aparecí por el restaurante en que Thiago me había citado. Él ya andaba por allí fuera, a unos metros, hablando con alguien por teléfono. Le noté un tanto acalorado.

Me hizo una señal como de disculpa con la mano y yo le hice otra como de “no te preocupes, relax”.

Se giró y se alejó un poco más, dándome la espalda, para seguir hablando (o discutiendo) con quien quisiera que fuese. Además, tardó bastante en despedirse de aquella persona.

Cuando terminó, Thiago se guardó el móvil en el bolsillo y vino rápidamente hacia mí. Me dio un abrazo y pellizquito en la barbilla.

—Qué guapa. Oye, perdóname—se disculpó enseguida.

—No te preocupes.

—Un problemilla familiar...

—Vaya. Lo siento.

—Tranquila, tampoco es nada grave, pero mi madre se sofoca enseguida con todo y... en fin. Vamos para dentro...

Tal y como me dijo Ana Belén, aquel restaurante italiano no era nada del otro mundo en lo tocante a decoración, pero en lo referente a la limpieza, todo se veía impecable, y la carta daba gusto.

Thiago y yo pedimos como entrante un queso Provolone a la plancha, luego, un plato de tortellinis con boloñesa y nata y, para rematar, una pizza marinera, crujiente y exquisita.

Era la segunda vez que compartíamos mantel y os aseguro que fue muy diferente a la primera. Ya no hubo silencios incómodos entre nosotros en ningún momento, ni nada por el estilo.

De hecho, no paramos de charlar animadamente ni un minuto. Tampoco teníamos mucho tiempo por delante, sobre todo él, que comenzaba a pasar consulta a las cuatro y media de la tarde. A esas horas, yo solía meterme en el gym, pero lo mío no era obligatorio. Lo suyo, sí.

Por supuesto, hablamos también de nosotros. Thiago me dijo que se encontraba a gusto conmigo, que aunque apenas me conocía, le daba la impresión de ser una mujer bastante sencilla, cosa que a él le atraía bastante.

Le dije que él me parecía más o menos lo mismo, y era cierto. A pesar de su físico tan vistoso y su posición tan privilegiada, mi ginecólogo no era el típico hombre engreído que presumía de esto, lo otro y lo de más allá, cosa que yo, igualmente, valoro en las personas.

Después del fabuloso almuerzo, nos despedimos en la puerta, habiendo dejado claro ya que seguiríamos en contacto, puesto que a los dos nos apetecía seguir conociéndonos.

Esa tarde estuve menos tiempo en el gym que de costumbre y desde allí fui a pedir cita en la peluquería, que estaba bastante cerca, pensando que me la darían para días más tarde. Sin embargo, me atendieron sobre la marcha porque a última hora les habían anulado un par de citas y las chavalas andaban bastante tranquilas.

Me corté un buen trozo de la melena, puesto que la tenía ya demasiado larga, y pedí que me la capearan, para cambiar un poco de imagen. De ese modo, se me veía con más volumen. Me gustó el cambio. Y el cambio de rumbo que estaba tomando mi vida... ¡más aún!

Por la noche, le di un toque a Ana Belén por wasap, a sabiendas de que no tardaría en dármelo ella, para preguntarme por el almuerzo.

—Yo: Su Señoría, ¿está usted ocupada?

Tardó como unos veinte minutos en contestarme.

—Ella: Perdona, hija, que me estaba lavando el pelo.

—Yo: Ahhhh, tranquila, sécatelo y ya luego hablamos si te apetece.

—Ella: Ya he terminado. Espera, te llamo...

Cogí una cerveza del frigo y me senté en la butaquita de al lado del sofá, pues sabía que tenía para rato con ella. Nuestras conversaciones solían ser bastantes largas.

Ana Belén me llamó de inmediato.

—Su Señoría al habla.

Mi buena amiga soltó una risilla.

—Aquí vengo a contárselo todo con pelos y señales para que vaya redactando el informe— bromeé.

—Ay, ay, ay—esa era una de sus muletillas, como ya estáis viendo—, tira, que voy tomando nota y ya informo al final.

No es que me enredara mucho, porque tampoco es que hubiera mucho que contar, pero le hablé básicamente de ese cambio con respecto a la primera vez, es decir, que la conversación entre nosotros había sido bastante más fluida y que mi ginecólogo, en general, se había mostrado más cariñoso en todo momento. En resumidas cuentas, que le sentía más cercano y que estaba como loca por volverle a ver.

—Estupendo. Pasito a pasito, Ainara, que lo que tenga que ser, será. Y como digo siempre, y si las cosas no salen como esperamos, es porque están sucediendo de la forma más conveniente para nosotros.

—Oye, y hablando de otra cosa, ¿me vas a contar lo de Margarita?

—¿El qué?

—Tú sabrás, me refiero a lo que me dijiste esta mañana de que esa ve más de la cuenta.

—Ah, vale, es que de repente me he quedado como en blanco.

Os lo resumo. Berta era una magistrada que se había jubilado el año anterior. Ana Belén y ella se llevaban bastante bien, aunque tampoco es que fueran amigas íntimas. Sin embargo, eran ya muchos años juntas trabajando y ya se sabe aquello de que el roce hace el cariño.

Pues bien, el marido de Berta cayó enfermo de cáncer de estómago, una enfermedad seria pero que podía tener cura, de no ser porque en su caso no se había detectado pronto.

Aquel matrimonio no tenía hijos y la noticia... ya os podéis imaginar cómo le sentó tanto al uno como a la otra. El hombre estaba casi sentenciado y la mujer, desolada. No obstante, ambos mantenían la esperanza de un buen desenlace.

Vivían en un fabuloso chalet a las afueras de Madrid. Antonio, que así se llamaba él, tenía que ser ingresado frecuentemente y Berta andaba de los nervios.

Ana Belén, siempre tan empática, se volcó en la causa, llevándola casi a diario en su propio coche a visitarle, pero las estancias hospitalarias cada vez eran más largas y Berta iba cayendo en picado a la par, llegando a tal punto que tuvo que darse de baja porque no daba pie con bola.

Viéndola así, mi amiga fue más allá aún, puesto que incluso se quedaba a dormir la mayoría

de las noches en el chalet de Berta para darle consuelo y hacerle compañía. Además, le hacía a veces la compra, la cena... En fin, que con ese corazón tan grande suyo, le daba mimitos para intentar hacerle más llevadera la pena a la magistrada. Y ahí empezaron los problemas...

En cuanto algunas de la chupipandi, es decir, Margarita, María de la O y Alejandra (otra que también tenía lo suyo) se enteraron de que Ana Belén estaba casi alojada con Berta en el chalet, ya empezaron a calumniarla de todas las formas habidas y por haber, diciendo que si esa lo que andaba buscando era empadronarse allí, que si era una interesada... y otras tantas barbaridades por el estilo. ¡Como si Ana Belén necesitara nada de nadie, vamos!

Y eso sí, aquellas tres, que también tenían una buena relación con Berta, apoyarla lo que se dice apoyarla la apoyaron bien poco, pasando tiempo con ella, fuera del trabajo. Los hospitales, para las demás. Ahora bien, para comerle el coco, estaban a todas horas en primera fila.

El resultado es que se lo supieron montar muy bien para “envenenar” a Berta irremediamente. Antonio falleció al cabo de varios meses de ser diagnosticado de cáncer, después de pasar por el calvario de tres operaciones. Lamentablemente, la última se complicó más de lo normal y derivó en un fallo multiorgánico que le envió de cabeza a la UCI, de donde ya no salió con vida.

A Berta no le quedó más remedio que reincorporarse al trabajo poco después de su fallecimiento, pero Ana Belén me contó que la relación entre ellas nunca volvió a ser la misma. Berta la trataba con cortesía, sí, pero con distancia, mientras que con las otras mantuvo el mismo buen rollo de siempre. ¡Desagradecida que es la gente!

Principalmente, fueron Margarita y María de la O las dos arpías que estuvieron pinchándola contra Ana Belén (ellas sabrían sus motivos). Al final, la viuda pidió la jubilación anticipada y mi amiga no había vuelto a saber de ella. Muy triste todo. Esta historia aún le dolía siempre que la recordaba, de ahí que no me la hubiera contado hasta entonces.

Y ahora me toca seguir con la mía, que me he vuelto a desviar bastante...

El fin de semana, Thiago estaría fuera, dado que tenía planeado asistir a un congreso de Ginecología en París. París...ese fue otro de nuestros temas de conversación durante el almuerzo, contando una con la ventaja de que lo conocía, gracias al viaje de fin de carrera.

Mi bombón había estado varias veces ya en la espectacular capital francesa. Y en Praga...y en Budapest...y en Santo Domingo...y en Buenos Aires...y yo no sé en cuántos sitios más, pero os garantizo que no me lo contó por alardear. Simplemente, salió la conversación de un modo de lo más natural, hablando de las maravillas que hay por ahí.

Volvimos a vernos de nuevo el miércoles por la noche, la víspera de su viaje a París. En esa ocasión, quedamos para tomar un vino y una ligera cena en su casa, aunque justo es añadir que no la preparó él. Thiago podría tener otras cualidades, pero la cocina no le iba lo más mínimo, según me contó...

## Capítulo 10



Fue una noche increíble, de principio a fin; nuestra segunda noche, una más de tantas y tantas que le precedieron, y es que Thiago y yo comenzamos a vernos casi que a diario. Y el día que no podíamos hacerlo por el motivo que fuera, estábamos en contacto permanente por wasap.

Poco antes de Nochebuena, me vino con una propuesta que me encantó. ¿Y si nos hacíamos una escapadita juntos a principios de año?

—¿A dónde? —le pregunté intrigada.

—Eso aún no le he decidido—me respondió.

—¿Pero tienes algo en mente o...?

Mi chico no me dejó terminar.

—Tampoco tenemos que irnos a la otra punta del planeta. Eso lo dejamos para cuando tengamos más días libres.

—Hombre, ya...

—Estaba pensando en algo no muy lejos pero llamativo, que tenga mucho encanto...—me explicó.

—¿Por ejemplo?

—No sé, Ainara. Por ejemplo, Córdoba o Granada. ¿Cómo lo ves? Aunque si a ti se te ocurre algo mejor...

—Granada—dije sin pensármelo dos veces.

—¿Te apetece que vayamos allí?

—Sí, claro, me encantaría—le contesté sin ningún titubeo—. ¿Puede haber algo más romántico?

Le guiñé un ojo. Le hablaba como la que conocía bien aquel rincón del sur, cuna de la Alhambra, aunque nada más lejos de la realidad, puesto que Granada era precisamente la única provincia de Andalucía en la que nunca había estado. Y ganas... pues tenía muchas, pero hasta entonces no se me había terciado la oportunidad, de ahí que me hubiese mostrado tan segura con mi respuesta.

En cuanto lo dejamos claro, se encargó de reservar ya la habitación en uno de los mejores hoteles de la ciudad nazarí, para tres noches a contar desde el día de año nuevo.

Estaba muy emocionada ante la perspectiva de aquel primer viaje nuestro. Desde que, varios siglos atrás, Carlos V e Isabel de Portugal sintiesen en la misma tierra las flechas de Cupido en sus carnes, Granada ha sido testigo de innumerables historias de amor.

No en vano, está considerado por muchos rankings y blogs de viajeros como uno de los rincones más románticos del planeta, por lo que se encuentra entre los destinos favoritos de muchas parejas, para celebrar aniversarios o sencillamente disfrutar de una escapada sin fecha señalada en el calendario. Ese era nuestro caso.

Thiago y yo caímos por aquella tierra al anochecer, lo cual no quiere decir que nos estuviéramos arrimando a la hora de la cena cuando alcanzamos el hotel en que teníamos hecha la reserva. Aún no habían dado las siete de la tarde, pero estábamos en pleno invierno, de manera que el sol hacía bastante rato que se había ocultado. Hacía un frío descomunal.

Después de registrarnos y subir un momento a la habitación para dejar el equipaje, salimos a dar una vuelta por el centro, abrigados hasta las orejas con bufandas y guantes. Fuimos casi todo el tiempo cogidos de la mano, caminando por la plaza Bib-Rambla, tan bulliciosa y colorida con sus puestos de flores, y la Alcaicería (antiguo mercado de seda, de estilo árabe).

Justamente en la calle Zacatín, una zona igualmente muy antigua pero repleta de fantásticas tiendas, me compré un par de botas guapísimas, de ante marrón, con tacón de aguja y puntera dorada.

A Thiago también le habían encantado, al verlas en el escaparate de la zapatería.

—¿Te digo una cosa?

—A ver, dispara—le pedí.

—Esas quiero vértelas puestas esta noche, pero sin nada de ropa—me dijo en cuanto salimos del comercio.

—Uhhhh, qué frío voy a pasar, ¿no? —le solté, siguiéndole el rollo.

—Sí, sí, frío... tú tranquila, que ya me encargo yo de darte todo el calor que te haga falta.

—Calla, que solo de pensarlo ya me estás poniendo.

—Ah, ¿sí?

—¿Tú qué crees?

—Que no diré ni una palabra más si no está presente mi abogado.

—Abogado... ni lo menciones, que bastantes abogados tengo que ver en el día a día. Y no solo abogados, también policías, guardiaciviles... ya sabes...

—Ya, ya, muchos hombres alrededor. Lo que me extraña es que no te hayas fijado en ninguno. ¿Sabes qué dice mi hermana?

—Si no me lo cuentas...—me encogí de hombros.

—Que parece que los policías de ahora pasan por un casting, todos tan jóvenes y tan macizorros.

—Bueno, hay de todo, aunque es verdad que la mayoría son chavales bastante jovencitos y muy monos.

—Por eso te decía.

—¿Decirme qué? ¿Que te resulta raro que no me haya fijado en ninguno? —Me puse ya un poco seria—. Eso es una estupidez, Thiago. Por esa regla de tres, como todos tus pacientes son mujeres, yo también puedo pensar que alguna de ellas te pueda hacer tilín, ¿no?

Al decirle eso último, se paró en seco y me miró a los ojos.

—Pues no, pero dejemos ya el tema. Tienes razón, Ainara, lo que he dicho ha sido una chorrada. Olvídalo, ¿vale?

—Olvidado. Por cierto, Thiago, ¿no tienes hambre?

—Un poco, sí. ¿Y tú?

—También. Venga, vamos a buscar un sitio donde tomarnos unas tapas.

Tras echar un vistazo por aquí y por allá, terminamos entrando en un bar con muy buena pinta y con el repertorio de raciones a la vista, escritas con tiza en una pizarra que había sobre la acera, pegada a la entrada.

Thiago y yo nos metimos entre pecho y espalda cuatro o cinco tapas, casi todas de pescado frito. Una vez saciado el hambre, no tardamos mucho en salir de allí, para regresar al hotel, y es que las temperaturas eran cada vez más bajas. Además, ambos estábamos deseando pillarnos en la intimidad, para saciar ese otro tipo de hambre, ya sabéis a qué me refiero.

Según entramos en aquel acogedor dormitorio con elegantes balcones de forja, nos quitamos

los abrigos y comenzamos a besarnos apasionadamente. Al contraste con el exterior, hacía un calor agobiante allí dentro.

—Para, para...

—Ummm, ¿por qué? —preguntó con tonillo como de protesta.

—Deberíamos darnos una ducha—le contesté—. Además, ¿tú no decías que querías verme puestas las botas nuevas?

Thiago se apartó de mí.

—Exacto. Ya estás tardando...

—Eso, ahora con prisas—le sonreí—. Aunque estoy pensando que... dúchate primero tú, que yo tengo que buscar una cosa en la maleta mientras.

—Vale.

Minutos después de salir él del baño, entré yo con la bolsa en que iban la caja de las botas y un picantísimo conjunto de sujetador y tanga que había escondido en ella mientras se duchaba. Lo de verme solo con las botas puestas, tendría que esperar un poco más.

Me di una ducha rápida, me retoqué el maquillaje de los ojos, me pinté los labios de un rojo chillón y me puse todo aquello. Por último, me humedecí un poco los rizos para que me quedaran más marcados y salí por la puerta del baño en plan diva, caminando lentamente hacia él, hundiéndome los dedos por los cabellos de las sienes y poniéndole morritos, en plan provocador total.

Mi chico, que estaba completamente desnudo, dejado caer en la cama, se mordisqueó el labio inferior al verme avanzar hacia él de semejantes formas. Qué sexy le veían también mis ojos, con ese cuerpazo y ese pelo negro revuelto...

—Wow, Ainara, estás para comerte enterita...—se incorporó e intentó ponerse en pie, pero le frené bruscamente.

—Cheeee. Quieto ahí, que todavía no vas a comer nada.

Me miraba expectante, con ese brillo lujurioso en las pupilas que le afloraba cada vez que nos metíamos en “faena”...

Me coloqué de rodillas entre sus piernas, incliné el tronco y agaché la cabeza, apuntando con mi lengua ese miembro con el que me hacía disfrutar tanto. Lo agarré y le di unas suaves lamidas en la punta, despacio, notando cómo iba creciendo poco a poco, bajo la presión de mi mano.

Continué lamiéndolo y Thiago empezó a gemir.

—Ainara, Ainara... qué gustazo, por favor...

Seguí con la misma maniobra hasta que me pareció el momento de avanzar un paso más, hundiéndolo completamente en mi boca. Llegado ese punto, Thiago levantó la espalda del colchón un momento y me desabrochó rápidamente el sujetador.

Continué con lo mío y él con sus gemidos, que iban en aumento e intercalándose con frasecillas sueltas hacia mi persona, frases que prefiero reservarme porque me parecen ya demasiado fuertes e íntimas.

Cuando aquel miembro alcanzó su máximo esplendor, a base de “zambullidas” en mi boca, lo solté un momento para erguirme. Me quité el tanga y me coloqué a su altura. Luego me puse entre sus piernas con las mías bien abiertas, bajé despacio y volví a agarrarlo, para hundirlo yo misma en aquella cueva que rezumaba ya humedad en grandes dosis.

Thiago soltó un grito de placer al sentir la penetración. Dejé caer lentamente todo el peso de mi cuerpo sobre aquel rígido pene suyo y me mantuve inmóvil por unos segundos, mirándole fijamente a la cara, con los hombros echados hacia atrás.

Él me miraba igualmente, con las ansias asomadas en sus ojos.

—Ainara, Ainara—murmuró—, que hasta el nombre lo tienes bonito...

No sé si alguna de las que me estáis leyendo habréis experimentado alguna vez esa sensación. Que te digan esas palabras o algo por el estilo en un momento así es lo más excitante que puede haber en este mundo. Al menos para mí, que según lo escuché, me derretí ya del todo y comencé a cabalgar sobre sus caderas como una loca.

Creo que ese día batí récord de tiempo en alcanzar el orgasmo, sin necesitar mucho más. Quiero decir que ni llegamos a cambiar de postura. En cambio, Thiago, prefirió ponerme luego de rodillas en el borde del colchón para continuar.

Aquel hombre tenía muchísimo aguante en la cama. De pie, y penetrándome a lo bestia en la posición del perrito, me dio lugar a llegar de nuevo al éxtasis, antes de poder hacerlo él.

Tuve que morder el almohadón que tenía colocado sobre mi pecho, en mi afán de amortiguar un poco el volumen de esos gritos que me nacían de lo más profundo de las entrañas.

Sin embargo, cuando le llegó su turno, mi chico no pudo ser tan discreto como yo. No pudo o no quiso, y es que Thiago decía que el sexo no se disfrutaba igual si en la culminación había que cortarse de aquella forma. Vamos, que lo de reprimir los aullidos no le iba ni mijita...

Esa noche dormimos plácidamente, con los cuerpos bien pegados bajo el edredón. Y si de por sí Granada es una ciudad perfecta para disfrutar en pareja, debo decir que esa perfección se da ya allí desde el preciso instante en que arranca el día junto a quien amas.

Sé que no hace falta decirlo, que el simple hecho de amanecer al lado de la persona que

quieres ya es motivo suficiente para sonreír, dando gracias a la vida para tus adentros, independientemente del lugar en que estés.

Pero si subes las persianas y los rayos solares bañan una habitación como aquella, con vistas a la Alhambra, la cosa ya empieza a multiplicarse. Y si a eso le añades un desayuno de reyes, en un patio solariego donde se funden el aroma nazarí con el de café acabado de hacer, ruegas también para tus adentros que el cuento no acabe nunca. Que si es un sueño, que no te despierten.

Pues así vivimos cada momento de nuestra experiencia en la hechicera provincia andaluza, cuyos escenarios principales recorrimos uno por uno, aireando nuestro amor recién estrenado. No podía sentirme más dichosa ya a esas alturas de la película...

## Capítulo 11



Llevaba algo más de ocho meses en Madrid y ya estaba bastante habituada al ritmo de la gran ciudad. No había vuelto por Isla Cristina desde aquella mañana de primavera en que me monté en mi coche y cogí la carretera, con mi maletón lleno de ropa y el alma llena de ilusiones.

Cualquier fin de semana de estos me bajo y le doy la sorpresa a los míos, me decía siempre para mis adentros, pero no veía el momento de hacerlo. Si no era por una cosa, era por otra. Y con Thiago ya en mi vida, más complicado todavía, pero aún no entraba en mis pensamientos presentárselo a los míos, por extraño que os suene.

—¿Y tus padres no se plantean darse una vuelta por aquí? —me preguntó Ana Belén cierta mañana en que hablábamos en su despacho de ese tema precisamente.

—Lo tienen muy complicado. Más que nada por el tema del trabajo.

—Bueno, pues ya llegará el día, mujer.

—La hostelería es lo que tiene, que los horarios son criminales. Y peor si el negocio es tuyo, como en el caso de ellos.

—¿Es un bar, no? Creo que eso me dijiste.

—Sí. Mis padres dan menús diarios y solamente cierran el domingo. Están allí esclavos todo el día, casi desde que amanece.

—Ya...

—Ahora que dices lo de los menús. Han abierto un sitio cerca de mi casa que está muy bien, justo a la espalda de donde vivo.

—¿Así en plan de comidas también?

—Sí, ya he ido unas cuantas veces por allí. Ya sabes tú que yo con las sartenes, las cacerolas y esas cosas... como que no me llevo muy bien, Ainara. Lo de cocinar... lo dejo para quien le guste.

—Lo sé, lo sé. Otra como Thiago, que el techo de la cocina no se le cae encima...Pero como yo digo, mientras uno se pueda permitir comer fuera de casa día sí y día también, pues eso. ¡Así tampoco cocino yo, no te fastidia!

—Por cierto, hablando de Thiago. ¿Qué tal sigue la cosa? ¿Todo bien?

—Genial, la verdad. Es el hombre perfecto, te lo juro.

Ana Belén me miró por encima de las gafas...

—Bueno, yo siempre he dicho que la perfección no existe, pero no me hagas mucho caso, que no pretendo quitarte la ilusión, chica.

—Va. Lo entiendo, pero te aseguro que, en conjunto, es un hombre ideal.

—Me alegro mucho. Y volviendo ahora a tus padres, ¿lo saben ya?

—Todavía no les he dicho nada. Prefiero dejar pasar más tiempo, por si acaso. Desde que pasó todo lo del jaleo aquel con Luz Marina, me volví más cauta.

—¿Y eso qué tiene que ver con la familia?

—Si tiene que ver, Ana Belén. ¿O te piensas que la cosa quedó ahí solo, entre ella y yo?

—Jopé, yo qué sé, Ainara.

—Pues ya te lo digo yo. Aparte de que la relación mía con Luz Marina se cortó para siempre, mi madre y mi tía Carmela también tuvieron sus palabras, no creas.

—Vaya...no tenía ni idea.

—Y también estuvieron un tiempo sin hablarse.

—Pero se solucionó al final, ¿no?

—Bueno, tú sabes... Con el tiempo, se van suavizando las cosas, pero tampoco son uña y carne. En realidad, nunca lo fueron, más que nada porque se llevan mucha diferencia de edad.

—Eso no tiene que ver. Vamos, ¡digo yo!

—Depende. Mi tía Carmela es la mayor de cinco hermanos y mi hermana es la más pequeña de ellos. Son dieciséis años entre la una y la otra, así que imagínate. Cuando la una todavía iba en pañales, la otra iba cogida de la mano por la calle con el novio.

—¿Pero qué fue lo que realmente pasó entre ellas?

—¿Pues qué iba a pasar? Que mi tía se puso de parte de su niña, o sea, que lo que había hecho

estaba muy bien, ¿sabes? Me llegó a decir que las cosas del amor son así, que si él la había elegido a ella, tampoco estaba cometiendo ningún delito el chaval. ¿Qué te parece?

—¿Qué me va a parecer? Que me gustaría saber qué opinaría si supiera el lío que se trae con un hombre casado.

—Eso. Reincidente, la muy asquerosa. La historia se repite.

—Sí, pero ya te dije yo que con este, más le vale no hacerse ilusiones. Juan Carlos tiene las ideas muy pero que muy claras, te lo garantizo. Y si no, tiempo al tiempo...

—La verdad es que no entiendo nada. Además de ser un tío soso como él solo, se le ve también bastante mayor que ella, porque... ¿qué edad tendrá ese hombre, Ana Belén?

—Cuarenta y siete. Los cumplió en abril. Lo sé porque nos invitó a una comida. Bueno, la verdad es que yo no fui. Ya sabes tú que yo, con cierta gente de aquí... lejos, lejos.

—¿Y fue la mujer también a la comida?

—No, a este tipo de eventos, vamos a llamarlo así, no suelen ir las parejas.

—Ahhhh.

—¿Te imaginas que se hubieran visto las dos las caras, Ainara?

Me lo dijo frunciendo los labios y entornando los ojos, como con un poco de malicia, aunque en el fondo, mi amiga no tenía ninguna maldad. Ana Belén era un cachito de pan.

—Sí, qué bueno, la una frente a la otra en la mesa —le respondí.

—A Luz Marina no le hubiera quedado otra que disimular, aunque hay cosas que no son tan fácil de ocultarlas.

—Bueno, eso también depende de quien lo mire. Y sobre todo del contexto, claro está. Fíjate tú que... yo, el primer día que fui a la consulta de Thiago, sospeché que pudiera tener algo con su secretaria.

—¿Y eso por qué?

—Porque cuando entramos a consulta y él se giró, la mujer me presentó y él le dijo algo así como “gracias” y luego le guiñó un ojo. Por otra parte, esa forma tan provocativa de vestir... No sé yo qué decirte. Dos veces la he visto y dos veces llevaba un escotazo que no veas. No me parece que sea la forma más adecuada de vestir para un trabajo como el suyo.

—Tampoco es para tanto, Ainara. Si a la mujer le gusta lucir el pecho...

—Ya, pero no sé. Dejando a un lado lo de la ropa, me dio así como que se tenían mucha

confianza, mucha complicidad entre ellos, no sé si me entiendes.

—Y puede ser, Ainara, pero te vuelvo a decir lo mismo, que eso no quiere decir nada. Más allá del trabajo, pueden ser buenos amigos.

—¿Lo ves? Me acabas de dar la razón, todo depende de quien lo mire, o sea, de lo inocente o de lo mal pensado que puedas ser.

—Ahora que dices eso, me estoy acordando de un juicio que tengo la semana que viene, con jurado popular. Tú hazte idea de lo que pueden llegar a ser nueve adultos, cada uno de su padre y de su madre, analizando los pormenores de un crimen.

—Ya ves. Además, lo largos que suelen ser esos juicios.

—Horrible. Me agotan mentalmente, te lo juro. Aparte, este es un tema muy feo, un asesinato muy escabroso.

—Uffff. Muchas veces intento meterme también en el papel de los jueces, Ana Belén. Digamos que ellos son los que tienen la última palabra. Es una responsabilidad enorme la que tienen en sus manos.

—No lo sabes tú bien, guapa.

—¿Sabes una cosa, Ana Belén? Hubo un tiempo en que yo también me lo planteé, quiero decir lo de ser juez.

—¿Tú?

—Yo, sí. ¿Te extraña o qué?

—No, en absoluto, es solo que nunca me lo habías comentado.

—Ya, pero es así. Te juro que le di bastantes vueltas al asunto, y si no me metí de cabeza, fue por pereza. Después de tantos exámenes y exámenes hasta acabar la carrera, empezar con unas oposiciones de tanta envergadura...

—Dímelo a mí, que ya he pasado por todo eso.

—Pensé que se me iba a hacer muy cuesta arriba, aunque quién sabe si algún día...

—Y se hace bastante cuesta arriba, la verdad, pero al final te das cuenta de que merece la pena, ya puestos. Cientos y cientos de temas tenía yo, Ainara, que se dice pronto.

—¡Ostras! —exclamé.

—Como te lo digo. Y con un promedio de treinta folios cada uno, así que tú calcula...

—Pero tú lo tuviste más claro que yo desde el primer momento, Ana Belén.

—Lo que no sabes es que si terminé siendo fiscal, fue un poco de rebote.

—¿Cómo que de rebote?

—Ay, hija mía, es que yo iba para médico, ¿qué te parece?, ¿eh?

—¿Qué me estás contando, Ana Belén? Flipa contigo.

—Lo que oyes. Esas eran mis aspiraciones de jovencita. Lo que pasa es que no me dio entonces la nota en la selectividad, que así se llamaba en mis tiempos lo que ahora es la PAU.

—La leche...qué curioso.

—Ya ves, chica. Y puestas así las cosas, en lugar de esperar a volverme a examinar en el siguiente turno para subir nota, me matriculé en Derecho.

—Pues Medicina también tiene lo suyo, perdona que te diga. Quiero decir que, aparte de ser una carrera larga y complicada, luego tienes que hacer lo del MIR, que eso también es una oposición bien gorda.

—Que se lo digan a mi hermano. Pobre mío.

—Bueno, que tienes que hacer lo del MIR... salvo que puedas librarte, por un golpe de suerte como el que tuvo Thiago.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que le tocó un dineral en unas quinielas que jugaba a pachas todas las semanas con varios compañeros de la universidad, cuando estaba ya a punto de terminar la carrera. ¡No me digas que no tuvo potra!

Ana Belén puso los ojos como platos.

—Con razón decía yo que tan joven y con su propia clínica en la mismísima Castellana no me cuadraba. Para eso, hay que tener mucho dinero, chica.

—Lo sé, pero tampoco te pienses que aquel ático es suyo. Es de alquiler, mujer.

—Ahhhh. Aun así, Ainara. No quiero ni pensar lo que pagará al mes.

—Bueno, niña, me voy pitando que hemos quedado dentro de un rato.

—Sí, yo también voy a seguir despachando todos estos asuntos.

Al salir de allí, me crucé con María de la O, esa otra mujer que no terminaba de gustarme un

pelo, y menos todavía desde que me enteré de lo que le hizo a mi amiga en relación a lo de Berta. Ella y Margarita, y Margarita y ella fueron las que pusieron en circulación aquellos asquerosos rumores que ya sabéis. Hasta de lesbiana la habían llegado a poner en la fiscalía. ¡Qué absurdo!

En cambio, por otro de esos golpes “graciosos” del destino, María de la O me había puesto en bandeja a Thiago, como aquel que dice. Estoy segura de que, de haber sabido el resultado de antemano, se habría plantado una grapa en la boca, antes de hablarme de él aquel día en el ascensor.

No me fiaba ni lo más mínimo de ella...

## Capítulo 12



Llegó la hora de la boda de mi hermano José Manuel con Lucía. Para entonces, yo llevaba unos cinco meses saliendo con Thiago y la mía todavía no estaba aún ni en mis mejores sueños, como os podréis imaginar.

En alguna ocasión habíamos hablado del tema. Mi chico me contó que había tenido varias relaciones con mujeres, pero que nunca había llegado a cuajar con ninguna.

¿Casarse? No es que tuviera ningún inconveniente en hacerlo, pero tampoco estaba entre sus prioridades. Decía que eso era un mero trámite de cara a la sociedad, que el amor había que vivirlo libremente, sin necesidad de firma alguna, y tal y cual...

Por mi parte, le expliqué que lo veía más o menos como él, pero que a mí sí que me hacía mucha ilusión vestirme de novia. Ya me imaginaba la cara de mi hermano con su chica al día siguiente ante el altar y me ponía en el pellejo de mi cuñada. ¡Qué emocionante, por favor!

José Manuel y ella habían decidido darse el “sí quiero”, coincidiendo con el día de San José, que ese año caía justamente en sábado. José se llamaba precisamente el padre de la novia, que ejercería de padrino, como no podía ser de otra forma, y la hija pretendía que aquel 19 de marzo supusiera una doble celebración para él.

Aparte, tanto ella como mi hermano creyeron que sería una buena fecha para la mayoría de los invitados. Al caer en sábado, el día festivo se trasladaba, con lo que muchos de ellos se cogerían un puentecito. Bien pensado, me dije, y es que había que tener en cuenta que más de uno vendría desde fuera para el evento. Mi hermano tenía muy buenas amistades por todas partes de España.

Como decía, yo también estaba súper entusiasmada con la boda de ellos, y no solo por el acontecimiento en sí, sino que ese enlace representaba también para mí la oportunidad de volver a ver a mi familia reunida al completo en una misma sesión.

Mis padres, mis hermanos, mis abuelos, mis tíos, mis primos, amigos en común con mi hermano José Manuel... Allí no iba a faltar ni un alma. Ni siquiera yo, la gran ausente en los últimos tiempos por Isla Cristina.

Sé que muchos de los que me estáis leyendo pensaréis que vaya tela, que tantos meses sin

bajar a ver a los míos era una pasada, que Huelva no estaba en la otra punta del planeta, pero así se habían terciado las cosas. No obstante, me mantenía en contacto continuo con ellos, sobre todo con mis padres, y no pasaba ni un solo día sin que hablásemos aunque fuera unos minutos. Muchas de las veces, por videollamada, viéndonos las caras los unos a los otros.

—¿A qué hora tienes pensado salir de Madrid, hija?—me había preguntado mi madre, un par de días antes de la boda.

—A media mañana, creo—le contesté—. Espero poder largarme un poco antes que de costumbre.

—Bueno, cariño, tú tranquila. Y ya sabes, nada de correr con el coche, ¿eh?

Mi madre, al igual que todas las madres, ya empezaba con los típicos consejos.

—Que noooo, mamá—le respondí.

—Ya sabes que la boda no es hasta las seis de la tarde del sábado, así que...

—Que lo sé, mamá. Quédate tranquila, por favor.

—Bueno, hija, sabes de sobra también que me da mucho miedo la carretera.

—¿¡Te quieres calmar, por favor!? Te prometo que no pienso correr.

Por algún extraño motivo que no lograba entender, era yo la que andaba un tanto inquieta. No tenía ningún motivo aparente para encontrarme así, pero no sé... era como si presagiara que algo malo estuviera a punto de sucederme. De esas veces que ni tú misma entiendes qué te está pasando.

—Vale, Ainara. Que ya no es porque te pase cualquier cosa, sino por las multas.

—Uy, por favor, no me vayas a salir otra vez con eso—le pedí, un poco irritada.

Sabía a qué se refería. Mi madre me estaba recordando un par de sanciones de tráfico que me habían colocado años atrás, por ir a más velocidad de lo permitido.

—Venga, ya está, Ainara.

—Mañana nos vemos por fin. ¡Qué ilu! —le contesté, tratando de suavizar el tono.

—Y que lo digas, hija. Tú hermano está también que no veas. No he visto en mi vida un novio tan feliz como mi hijo José Manuel.

Ese era el ambiente que se respiraba en mi familia por aquellos días.

Para la ocasión, me había comprado un espectacular vestido largo de gasa roja, como con una

especie de volantes superpuestos desde la cintura y terminados en pico. Mi vestido llevaba también un cinturón de la misma tela, con un broche de pedrería que le daba un toque chic.

Me había comprado también unos preciosos zapatos plateados, altísimos, y un bolsito de fiesta a juego. Para rematar el conjunto, un vistoso chal de pelito blanco, abrochado por delante, por si hacía fresquete por la noche, puesto que el convite sería al aire libre en una finca.

El clima del sur no tiene nada que ver con el de Madrid, sobre todo en las provincias costeras, como es mi Huelva natal. Por allí abajo, las temperaturas son siempre bastante más cálidas, pero también hay mucha más humedad.

Ese fue otro de los grandes cambios que noté al trasladarme a la capital. El golpe de calor seco según bajé del coche ya el primer día... Y en invierno, otro tanto de lo mismo. Las temperaturas en Madrid son mucho más bajas, de acuerdo, pero para mí, son también más llevaderas. Ese frío seco te pone la cara más estirada que la piel de un tambor en cuanto sales a la calle, pero con un buen abrigo, una bufanda y unos guantes, asunto arreglado. Allí no hay humedad que valga, de esa que te cala la ropa.

Perdonad que me haya vuelto a desviar de mi relato de este modo tan tonto. Todo ha venido a cuenta de lo de mi chal para abrigarme un poco por si las moscas...

¡A lo que íbamos! Ese viernes me fui al trabajo con mi equipaje metido ya en el maletero, pues en cuanto acabara con la faena me pondría en ruta.

Mi súper vestido, para que no se me arrugara, iba en una percha que colgué del agarradero trasero del coche, detrás de mi asiento. Le había puesto, además, una bolsa de esas de tintorería, para que no se ensuciara ni le cayera siquiera una mota de polvo. Así de meticulosa soy yo con estas cosas.

Para no variar, Ana Belén había sido la primera en marcharse ya de puente. Se había ido la tarde anterior a Varsovia, otro de los lugares que visitaba al menos un par de veces al año, pues tenía en la capital polaca una íntima amiga a la que adoraba. Era algo recíproco, dado que la polaca también la quería mucho y venía de tanto en tanto a Madrid a visitarla.

Ana Belén se había cogido un día de asuntos propio e hizo además algún cambio de guardia que tenía por ahí en medio, para poder prolongar su estancia en Varsovia. No volvería hasta el miércoles o el jueves (no me había quedado muy claro).

Y si os estoy contando ahora también todo esto de su viaje, no es porque sí. Lo único que pretendo es que entendáis cómo se rodearon las cosas, la falta que me hubiese hecho tenerla cerca esos días, empezando por aquella mañana de viernes. Os cuento a continuación el porqué...

Una de mis funciones básicas dentro de las instalaciones del juzgado, a la hora de celebrarse los juicios, era ir dando paso a la sala de vistas, a todas las partes implicadas. Esto es: el denunciante, el denunciado (o acusado), los abogados, los testigos (en caso de que los hubiere) ... En ocasiones, incluso intérpretes.

Generalmente, las listas con los nombres de unos y otros a los que debía ir llamando por orden iban a parar a mis manos un par de días antes o tres. Pero a veces, no me las entregaban hasta la mismísima víspera de la celebración del juicio.

Bueno, pues ese viernes me dieron el listado de los tres juicios que tendrían lugar el martes siguiente. Le eché un vistazo por encima y tuve que fijarme bien para comprobar que era correcto lo que mis ojos estaban viendo. Y sí, claro que lo era. En el primero de los juicios, aparecía el nombre de mi chico como la parte acusada. En cuanto a la parte denunciante, se trataba de una mujer extranjera.

¡Tal y como os lo cuento! Thiago estaba denunciado por “violencia ginecológica”. Eso era lo único que sabía por el momento, pero suficiente para ponerme histérica del tirón.

¿Violencia ginecológica? ¿Una mujer extranjera? Y lo principal: ¿cómo es que no me había dicho nada? De sobra estaba Thiago al corriente de todo aquello que, para mí, era todavía un auténtico enigma.

Pero un enigma que hizo mucha pupa, como es lógico, más que nada por lo que acabo de decir: que se lo tenía bien calladito, lo cual me dio que pensar que por algo sería, ¿no? ¿Qué temía? ¿Qué estaba pasando? De entrada, la denuncia de aquella mujer había sido admitida a trámite, es decir, debía tener una buena base.

No sabía por dónde tirar. Lo único claro es que toda mi ilusión por la boda de mi hermano se vino a abajo de repente. En serio, tenía una rabia horrorosa en el cuerpo.

Pensé en llamarle inmediatamente para pedirle explicaciones, a ver por dónde me salía, pero no me atreví. Estaba muy alterada y me conozco. Cuando me encuentro en un estado de nervios así, no doy pie con bola y a veces digo cosas de las que luego me arrepiento. Me pierden las formas, vaya.

Ahora entenderéis mejor lo que os decía de Ana Belén. Hubiera dado cualquier cosas por tenerla por allí como siempre y poder contárselo... que me diera su opinión sobre el asunto... que me aconsejara qué hacer... Pero mi amiga estaba a tres mil kilómetros de distancia. ¡Mierda!

Tampoco era cuestión de andar molestándola. A pesar de nuestra gran amistad, no quería abusar de ella. Ana Belén estaría tan tranquila a esas horas, paseando por ahí con la polaca. Se lo merecía, y es que también había estado bastante agobiada en los últimos tiempos, a cuenta de unos repentinos problemas de salud de su madre.

Dicen que hasta en las mejores familias hay problemas, y qué cierto es. Mi amiga solo tenía aquel hermano médico, Gonzalo, con el cual se llevaba de maravilla. Sin embargo, Gonzalo era la típica persona que cuando hay que arrimar el hombro en ese tipo de cuestiones, siempre tiene una buena excusa para escurrir el bulto.

Y con lo de los recientes males de la madre, cuando no le tocaba una guardia, le tocaba a su mujer (que también era médico) y debía hacerse cargo del niño. El caso es que todo el fregado de los hospitales y tal se lo había comido Ana Belén prácticamente sola.

Por fortuna, atrás iba quedando la mala racha. La madre estaba más o menos recuperada y Ana Belén decidió darse aquella vuelta por Varsovia para airearse un poco.

Traté de imaginar qué me diría, en caso de tenerla delante. Conociéndola como la conocía, pensé que seguramente trataría de calmarme con aquello de la presunción de inocencia. En otras palabras: que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, como también solía recordarme a menudo, a pesar de todo.

Pudiera ser, me dije, pero eso todavía estaba por ver y a mí me asaltaban todos los fantasmas del mundo y muchos más.

Violencia ginecológica... una mujer extranjera... Escarbando en la memoria, me acordé de aquel supuesto congreso de Thiago a París. Y digo ahora “supuesto” porque ya dudaba hasta de que dicho congreso hubiese existido, y es que no había sido el único al que había asistido en esos meses desde que le conocí.

¿Podía ser que tuviera una amante fuera de España? ¿Sería esa mujer alguna tipa despechada que pretendía buscarle las cosquillas? Mi cabeza era un hervidero. Mezclé también ahí a Aurora, su secretaria, aquella llamativa mujer de la que me hablaba con frecuencia, poniéndola en los altares.

Precisamente, ella era la única persona que acudiría en calidad de testigo al juicio, por la parte de Thiago. En cuanto a la denunciante, llevaría a la que supuse debía ser alguna hermana suya, pues tenía los mismos apellidos.

No habría nada en claro hasta días más tarde (siempre y cuando se dictase sentencia a renglón seguido de la celebración del juicio), pero os juro que de aquella hecha empecé a verle con otros ojos, aunque pueda pareceros injusto. ¡La madre que lo trajo! ¿¡¡¡Con quién demonios estaba yo!!!?

De todas formas, decidí guardar silencio y disimular mi cabreo descomunal...

## Capítulo 13



Aunque la distancia entre Madrid e Isla Cristina es de cerca de setecientos kilómetros, el trayecto se me pasó volando. Primero, porque tan solo paré cinco minutos a mitad de camino para echar gasolina. Mal hecho por mi parte, lo reconozco. Ni siquiera comí nada en aquellas seis horas y pico. Segundo, porque iba ensimismada en mis pensamientos...

En mi mente, no paraba de hablar con mi buena amiga y, cómo no, con Thiago. El susodicho trataba de defenderse a capa y espada de lo que, para mí, no tenía ninguna justificación. Seguía sin entender ese mutismo suyo respecto a la denuncia, lo cual, en mi opinión, solo podía obedecer a que estaría muerto de miedo. ¡Por algo sería!, no paraba de repetirme yo solita.

Incluso había visualizado ya el juicio en mi cabeza, con el testimonio imaginario de unos y otros. Me estaba volviendo loca y todavía no sé cómo no me maté ese día con el coche.

No exagero. Tan atontada iba dándole al tarro, que ni siquiera me di cuenta del frenazo que pegó un camión que iba delante de mí, al aproximarse a una curva, cerca ya de Badajoz. A mí, la maniobra del camionero me pilló pidiéndole a Thiago y a su abogado que entrasen en la sala... Haceos una idea de cómo iba al volante. Tuve que dar un frenazo tremendo para no empotrarme contra el camión.

Ahí entendí que debía centrarme en la carretera, que, pasara lo que pasara, nada era tan importante como mi vida y la estaba poniendo en riesgo. Así pues, procuré apartar el tema de mi pensamiento, pese a lo cual, de vez en cuando volvía a las andadas.

Antes de salir del juzgado, Thiago me había enviado un wasap.

—Él: Buen viaje. Pásatelo muy bien mañana en la boda, cariño.

—Yo: Gracias. Y tú...

Así de escueta fui. Lo que él no podía sospechar ni por asomo era la connotación sarcástica escondida tras ese “y tú”, y es que, en mi caos mental, me dio por pensar también que Thiago no estaría dispuesto a perder el tiempo en mi ausencia. Podría decirse que yo ya le había hecho un juicio paralelo del que salía condenado en todo y por todo.

Caí por casa de mis padres sobre las ocho de la tarde, cansada y de un humor de perros. Mi padre no estaba, todavía le quedaba un buen rato para cerrar al bar, pero mi madre se había marchado un rato antes, con la intención de recibirme en casa.

—¡Mi Ainara! ¡Por fin! —fueron sus primeras palabras, al abrirme la puerta.

Nos abrazamos con fuerza y tuve que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas porque estaba totalmente abatida.

—Ayyy, mi chica...qué ganitas de verte tenía ya—me decía, sin dejar de abrazarme.

—Y yo, y yo...

—Deja que te vea—me cogió de la mano y me miró de arriba a abajo—. Qué guapísima estás, hija mía. Qué bien te están sentando los aires madrileños.

—¿Tú crees? —le sonreí.

—No lo creo, es que es verdad, aunque te veo un poco más delgada.

—¿En serio? —Me giré para verme en el espejo de la entrada—. No...estoy igual. Es por la ropa. El negro siempre adelgaza.

—¿Pero no habrás ido así a trabajar hoy, no?

—¡Por dios, mamá! ¿Cómo voy a ir al juzgado con leggins y camiseta?

Ya estaba hablándole otra vez con mal tono, como si la pobre mía tuviera la culpa de mi malestar.

—Yo qué sé, chica. Como me habías dicho que te vendrías del tirón...

—Claro, porque no pensaba pasar ya por casa, pero me llevé esta ropa para cambiarme antes de salir del curro y poder conducir más cómoda. Solo me faltaba tener que venir desde Madrid pisando los pedales con los tacones...

—Ya...Oye, deja tus cosas en la habitación y vente para la cocina, que tengo unos botellines fresquitos en el frigo, de esos que te gustan tanto.

—Ummm, ¿De Woll Damn? No sabes la sed que traigo. Ve abriéndome uno, que ahora mismo voy.

Sentadas ya en la mesa, mi madre me asaltó con una pregunta que no me esperaba.

—Y bueno, ¿no tienes nada que contarme?

—¿Contarte de qué, mamá?

—No sé, tú sabrás. Algún hombre a la vista, por ejemplo...

—¿Por qué me preguntas eso?

Le estaba contestando con otra pregunta.

—A ver si te piensas que las madres somos tontas. Recuerda que yo he sido la que te ha parido, Ainara, y últimamente...

—¿Qué? —la interrumpí.

Me costaba lo mío rebajar el tono.

—Que algo te traes entre manos, lo sé. A mí no me la das. Esas prisas por colgar algunas veces... los horarios de las llamadas otras veces, el tono de tu voz de un tiempo para acá... Y ahora dime que no, que son tonterías mías.

—La virgen, tú también valdrías para fiscal.

—¿A que sí? —me sonrió pícaramente.

—No lo dudes, chica. Te agarras a un pelo, vamos...

—Lo que no entiendo es a santo de qué tanto misterio, hija. Sería lo más normal a tu edad.

Buena gana de seguirlo ocultando, pensé.

—Tienes razón, algo hay por ahí—le confesé.

—¿Ves? Eso ya lo daba yo por hecho.

—Pero no te mosquees, mamá. No te había dicho nada todavía porque llevamos poco tiempo saliendo y... tú sabes, quería estar más segura, antes de contártelo.

Si tú supieras la verdad, me dije...

—¿Y quién es? ¿Algún compañero de trabajo? —mi madre tenía ganas de conocer todos los detalles de mi relación.

—¿Sabes? No me apetece mucho hablar de eso ahora, prefiero hablar de otras cosas, que este finde el protagonista es tu hijo José Manuel. Anda, venga, enseñame tu vestido de madrina, que solo lo he visto en fotos.

Le salí por ahí porque no tenía ganas de contarle nada referente a lo mío con él, y es que, tal era mi ofuscación, que sentía que lo de seguir juntos estaba un poco en el aire. La incertidumbre me estaba matando.

—Ven para acá, que lo tengo en el cuartito de la plancha —me pidió tan contenta.

La seguí por el pasillo, hasta ese pequeño dormitorio del fondo.

—Guauuuu. Me encanta, mamá.

—¿Verdad que es una joya?

—Totalmente. Si en lugar de ser azul hubiese sido blanco o color marfil, ibas a eclipsar hasta a la mismísima Lucía.

—Qué exagerada eres, hija. Ante una novia, no hay competencia que valga.

—No, ahora en serio, es una pasada, mamá.

—Me alegro de que te guste. Tú también vas a estar preciosa con ese vestido rojo que llevas ahí en la bolsa y con el tipazo que me gastas ahora.

—Espera, que te lo enseñe mejor.

Lo saqué del plástico; simples escenas cotidianas que me fueron alejando un poco esas nubes negras que tenía en mi cabeza.

La boda de mi hermano y Lucía fue muy bonita y emotiva. Y sobre todo, original. ¿Cuántos novios habéis visto llegar en barco casi hasta las puertas de la iglesia?

Pues ese fue el caso de ellos, que se casaron en una parroquia a poca distancia del mar. Desde las respectivas casas (en la otra punta del pueblo), fueron en taxis hasta embarcar en las dos barquitas, el uno con su madrina y la otra con su padrino.

Y allí, a pie de agua prácticamente, estábamos todos esperándoles para acompañarles en plan comitiva hasta la iglesia, donde el cura esperaba igualmente ya a los novios.

Os cuento ahora otro detalle curioso del momento en que ambos bajaron de sus respectivas barquillas. Casualmente, pasaba por allí dando un paseo por la arena Manuel Carrasco, quien, atraído por lo que estaba ocurriendo, se paró a observar el panorama.

Quise aprovechar la ocasión para pedirle a mi paisano que se hiciera una foto conmigo, a lo cual accedió gustoso. Me encanta ese hombre, tanto como persona como artista. Es un encanto. Y no fui yo la única que se lo pidió.

Mi cuñada estaba radiante con su fantástico vestido ajustado hasta las rodillas, de cola corta. Lucía tenía un cuerpazo, nada de tonterías, y lo lucía (valga la redundancia) que daba gusto verla, exhibiendo de aquel modo sus suaves curvas. Llevaba el pelo suelto y una sencilla diadema de flores en tonos azules, caída en la frente.

En cuanto a mi hermano, decir que tampoco se quedaba atrás, con su ultra moderno traje de

chaqueta azul eléctrico, chaleco cruzado en gris perla sobre la camisa blanca, y una corbata a rayas en diagonal, azules y grises. En la solapa, una flor azul claro, perteneciente al ramo de la novia. Más conjuntados no podían ir los dos.

Tras la ceremonia, se marcharon juntos a hacerse el repertorio de fotos pertinente, precisamente allí en la playa, y más tarde dio comienzo el banquete nupcial en aquella finca que ya mencioné de pasada en el capítulo anterior.

La felicidad flotaba en el ambiente. Mi madre, con todo su golpe de mantilla de encaje, fue de las primeras en ponerse a bailar en cuanto escuchó el comienzo de uno de los clásicos de David Bisbal, a cargo del grupo de música en directo que amenizaría la fiesta tras la cena.

Yo también me eché mis bailecillos, por supuesto, a pesar de que los taconazos que llevaba me estaban haciendo polvo los talones. Incluso me marqué unas sevillanas con un primo mío, muy flamenco él, pero las ampollas de los pies me duraron cerca de una semana. Qué bruta...

Fue una boda inolvidable para todos. Hasta la temperatura nos acompañó ese día, puesto que no hizo ningún frío y el sol estuvo brillando hasta que se fue ocultando lentamente bajo la línea del horizonte. Para entonces, José Manuel y Lucía ya se habían convertido en marido y mujer.

Mentiría si dijera que no me lo pasé bien con mi gente en aquel enlace. En el enlace y el resto del tiempo, claro. Hasta el lunes no me pondría de nuevo en carretera, con el chándal y las zapatillas de deporte, rumbo a Madrid para volver con mis obligaciones.

Con mis obligaciones y con mis nervios, esos mismos que había procurado dejar a un lado durante mi estancia en mi tierra para no amargarme ya más de lo que estaba.

Aproveché también para ver a mis mejores amigas el domingo. A esas sí que terminé contándoles mi historia con Thiago, de principio a fin. Es decir, no les omití el punto en que me encontraba en esos momentos.

Aunque las tres se quedaron flipando, Noe, una de ellas, alucinaba en colores. Fue la que más se impresionó con lo que acababan de escuchar...

—Te garantizo que, soy yo, y Thiago no me ve más el pelo, Ainara.

—Tampoco se puede ser tan dura, Noe —le “recriminó” Patricia—, date cuenta de que también se ponen muchas denuncias falsas y ese hombre todavía no ha sido juzgado, así que...

—Sí—le respondió Noe—, pero si no tienes un algo a lo que agarrarte, no te hacen ni puñetero caso. O sea, que la denuncia no va a ninguna parte, pero este, de momento, ya ha sido llamado a juicio.

—Ya, eso es cierto...pero tan cierto como que...

Ahí andaban todas, analizando como locas lo mío, cada una desde su particular punto de vista. No pude evitar volver a acordarme de Ana Belén, de aquella otra conversación en que salió a

colación lo de los juicios con jurado, pues lo que tenía yo ante mis narices en la mesa del bar, esa tarde de domingo, era algo parecido.

—Bueno, chicas. Ya veremos qué pasa al final—solté, queriendo poner el punto final a la charla sobre Thiago.

—Espero que eso también nos lo cuentes y no nos dejes con la intriga—dijo Maribel.

—Tranquila, que ya os enteraréis, todavía no sé de qué, pero os enteraréis.

Mis horas en Isla Cristina iban llegando a su fin. Tenía pensado marcharme al día siguiente después de desayunar, para llegar relativamente temprano a Madrid y descansar, que menudo fin de semanita llevaba.

Aparte, necesitaba tener lúcida mi cabeza para poder ver las cosas con más claridad, porque ahora sí que había empezado la cuenta atrás para el juicio, aunque ya no sabía si lo estaba deseando o temiendo. En la vida había tenido sentimientos tan contradictorios.

En cambio, tardé más de lo previsto en aterrizar por mi casa, pero por problemas ajenos a mí esta vez. Debido a un accidente en la M-30, en el que se vio involucrado un autobús interurbano, se armó tal follón en dicha carretera de circunvalación que nos vimos obligados a estar parados por espacio casi de una hora.

Estaba hasta el moño de tanto coche ya, os lo garantizo. ¡Con lo tranquilita que andaba yo en mi pueblo en ese sentido! Para colmo de mis males, esa noche dormí fatal, como casi siempre que tengo algo gordo metido en la sesera.

Me dieron las dos de la mañana sin coger el sueño. Y cuando lo hice, soñé que estaba ya dentro de la sala de juicios, con Margarita como fiscal, una jueza de origen africano y pinta de estar borracha, vestida con toga roja, y por lo menos una docena de mujeres de diversas edades y razas, declarando en contra de Thiago. Le chillaban histéricas perdidas y no había manera de aplacarlas. Al final, él salía de allí esposado y agarrado por los brazos, por una pareja de la guardia civil. ¡Qué majadería, por favor! Hay que ver lo que es la mente humana...

Me desperté sobresaltaba en mitad de la noche y ya me desvelé. Calculo que tardé por lo menos dos horas en volver a quedarme dormida. Cuando me sonó la alarma del móvil a las siete de la mañana, no sabía ni dónde estaba...

## Capítulo 14



La realidad, evidentemente, era otra muy distinta. Thiago ya estaba con su abogado en la puerta de la sala de vistas, antes de que yo llegase. Imaginad la cara que se le quedó cuando me vio aparecer por allí. Parecía un muerto totalmente.

—Ainara...—la voz no le salía del cuerpo.

Hizo ademán de acercárame, no sé bien si con intención de abrazarme o de darme un beso, o qué narices sería lo que pretendería, pero no se lo permití de ningún modo. Qué valor. Tenía el rostro pálido como la cera, no exagero. Y yo, una mala leche encima que para qué contar, ya lo sabéis.

—Thiago, por favor...—fue lo único que le contesté, con un tono de lo más serio.

Mariano, el juez, ya estaba dentro, sentado en su puesto. También la fiscal en el lateral, que era nada más y nada menos que... ¡María de la O, señores! Me entró veneno por el cuerpo a mí también, y es que ella era precisamente quien me había recomendado aquel ginecólogo al que ahora le tocaba sentarse en el “banquillo”.

De repente, me acordé de aquellas palabras suyas, asegurándome que todo el mundo hablaba maravillas de él. ¿Era posible lo que yo estaba pensando?, porque, de ser así, el tema sería de juzgado de guardia. Pero vamos... que con todas las de la ley.

El juicio empezó a celebrarse, estando ya ambas partes también presentes, es decir, Thiago con su letrado, así como la mujer rumana con el suyo, además de un intérprete que ella pidió, alegando que el español lo hablaba a medias y que no poder expresarse con claridad le causaba mucha angustia.

Por cierto, la denunciante, esa misma mujer que le había metido en aquel enredo por la vía penal, era guapísima, que todo hay que decirlo. Tenía la piel muy blanca y ojos verdes rasgados. Tal circunstancia me agrió todavía más de lo que, de por sí, ya me encontraba. No obstante, la mujer iba así como muy desaliñada, con el pelo poco cuidado y los ojos algo enrojecidos. Se le veía una expresión de tristeza que para qué...

Así pues, comenzó el interrogatorio. Thiago estaba acusado de violencia ginecológica, tanto

física como psicológica.

La rumana quería demostrar a toda costa que aquel ginecólogo al que había acudido tan solo una vez, había aprovechado ese tiempo en la consulta para intimidarla. De entrada, pidiéndole que se desnudase completamente, sin necesidad de ello y sin ofrecerle ni siquiera una sabanita con que cubrirse, para hacerle una exploración, pues estaba embarazada de diez semanas en aquel momento.

En esas, según su declaración, Thiago comenzó a mirarla de un modo lascivo y a decirle barbaridades como “vaya par de tetas tienes, chica”, “se nota que cuidas tu cuerpo”, o “qué bien depilada estás”.

No os podéis hacer ni una ligera idea de lo que sentía yo oyéndola.

Por otro lado, y justificando el hecho como una consecuencia de haberse encarado con él al escucharle todo aquello, le acusaba de haberse ensañado con ella en la exploración, acto seguido. Expuso que le había causado muchísimo dolor y que, a raíz de esa brusca exploración de la que salió con las piernas temblándole, había sufrido un aborto espontáneo la misma noche del día de autos.

Recordando esto último, se echó a llorar ante el juez y el resto de las personas que nos encontrábamos en la sala.

La cosa no quedaba ahí. Al parecer, se encontraba totalmente traumatizada con todo lo sucedido. No paraba de tener pesadillas desde entonces y había caído en una depresión de la cual no era capaz de remontar, por más psicólogos que la atendieran. Se trataba de su primer bebé, un bebé que le había costado muchísimo concebir y que esperaba con la máxima ilusión, explicó. Por todo ello, le pedía una indemnización cuantiosísima.

Me estaba quedando muerta, descubriendo por fin todos los cargos que se le imputaban.

Como único testigo por parte de Thiago, hice pasar a Aurora, su secretaria, esa otra mujer a la que yo conocía personalmente y de la que él tan bien me hablaba siempre.

—¿Está usted presente normalmente en las consultas médicas del acusado? — fue una de las primeras preguntas que se le hicieron, tras instruirle de su obligación de ser veraz con su testimonio.

—Sí—contestó.

—¿Y estuvo usted presente todo el tiempo, durante la consulta ginecológica de la señora Georgiana?

—No—respondió Aurora a dicha cuestión.

—¿Puede contarnos por qué se ausentó?

—En realidad, solo estuve fuera por espacio de unos minutos.

—Haga el favor de ceñirse a lo que le acaba de preguntar el letrado—intervino el juez.

—Gracias, Su Señoría—le dijo el abogado de la rumana, y se dirigió de nuevo a Aurora—. Repito. ¿Puede explicarnos el motivo de esa ausencia parcial?

—Sonó el teléfono y tuve que ir a cogerlo, pero volví en cuanto atendí la llamada.

A Aurora le cayeron varias preguntas más, pero quiso dejar bien claro antes de marcharse de la sala que su jefe tenía fama de ser un ginecólogo excepcional y que su conducta era siempre intachable. Que hasta entonces, ninguna paciente había tenido la más mínima queja sobre su persona.

A continuación, salí a la puerta, para hacer entrar a la testigo de la denunciante, que, efectivamente, era hermana suya, tal y como supuse desde el principio.

Lo que tuve que escuchar de su boca, me desató ya por completo y me revolvió el estómago, y es que la mujer, aparte de ratificar todo lo relatado por la otra, añadió un detalle asqueroso que casi me hace vomitar: pretendiendo emular un supuesto gesto de Thiago para con su hermana, se llevó las manos al vientre y empezó a masajearse con los dedos, de un modo...

No sé si os imagináis por dónde voy. Esa era una de sus maneras de proceder conmigo en la cama, que creo haberos explicado ya en algún momento.

Para perder el norte, puesto que ese no era el único que coincidía con nuestros detalles en la intimidad. La frase de “vaya par de tetas tienes” era una de las que me decía Thiago con bastante frecuencia.

En mi cabeza, ya le había sentenciado y más que sentenciado. Con ese par de detalles, tenía suficiente, aunque había algo más. Lo que dijo Aurora acerca de que siempre estaba presente en la consulta no era cierto. De las dos veces que yo había acudido allí, no estuvo delante en ninguna. Y hablando de eso; la testigo de la denunciante aseguró que a la secretaria apenas le habían visto el pelo dentro de la consulta.

Por su parte, Thiago había negado todos los cargos que se le imputaban. Ni él había pronunciado ninguno de esos comentarios de índole sexual que le achacaba la rumana, ni le había hecho ninguna exploración inapropiada a continuación, en “venganza” por habérselos recriminado ella, que en ningún momento estuvo dispuesta a entrar por el aro. Vamos que, según la mujer, Thiago iba derecho a lo que iba y, como veía que no iba a conseguir nada, se encabritó y le hizo daño aposta.

El ginecólogo tampoco se hacía responsable para nada del aborto sufrido por la mujer, horas después de haberla perdido de vista. En boca suya, había sido una mera coincidencia en el tiempo.

Hay juicios largos que celebran a lo largo de varias sesiones. El número de sesiones en

concreto depende de factores como la complejidad del caso y la cantidad de testigos citados a declarar. En ese tipo de juicios, la sentencia suele tardar más de lo usual.

Luego están los juicios como el de Thiago, que quedan vistos para sentencia en un solo acto. Y ahí pueden ocurrir dos cosas: que el juez se ausente de la sala y vuelva en un rato para pronunciarse o bien que la sentencia no salga hasta pasados unos días. Eso último le ocurrió a él, y es que el juez no debió ver claro el asunto.

Después, teníamos otro par de juicios, por lo que anduve remoloneando por la sala sin querer salir hasta justo el momento de tener que ir haciendo entrar a los siguientes personajes.

Con ello, pretendía ganar tiempo para que Thiago y su abogado se marchasen del juzgado, y cuanto más lejos, mejor. No quería verle ya ni vivo ni muerto. Me sentía furiosa y ridícula. De hecho, no sé cómo pude aguantar el llanto el resto de la mañana. Había estado en manos de un auténtico sinvergüenza... de un acosador sin ninguna clase de escrúpulos.

En cuanto a la secretaria, pues eso. La primitiva idea de que también se traía algo con ella, cobró mayor fuerza en mi pensamiento. Aurora había mentido por él ante el juez... ¿cómo se explicaba eso si no? Aparte, el modo en que miró a Thiago al terminar de testificar... Para mí, tampoco había duda ya de que andaban liados. ¡Qué asco de todo!

Lamentablemente, los dos juicios siguientes se demoraron más de lo que sospeché en principio. Uno, por malos tratos a una chica joven, por parte del marido (otra cuestión bastante desagradable, por cierto). El otro iba de una pelea gordísima entre dos policías municipales, que había derivado en lesiones de cierta gravedad. En ese último intervinieron unos cuantos testigos, de ahí la tardanza en finalizar.

No veía la hora de largarme, la verdad. Tampoco sabía muy bien para dónde tirar. Estaba como loca por enganchar a María de la O en su despacho y ponerla a parir, aunque no paraba de darle vueltas y más vueltas en la cabeza.

Aparte de Ana Belén y su compañera de despacho, María del Mar, con la cual tenía también bastante confianza a esas alturas, nadie más de aquel juzgado sabía lo mío con Thiago. Y no quería que se enterase de mi historia con él, pese a que, por mi parte, lo nuestro ya estaba absolutamente finiquitado.

Tampoco era necesario hacerlo, pensé, me refiero a desvelarle lo nuestro. Ni ella tenía tampoco nada que ver en que nos hubiéramos liado. Pero lo de recomendarme ese ginecólogo, sabiendo que estaba acusado de semejantes cosas, era como para denunciarla.

Por supuesto, ya tenía un wasap de él en el móvil. Lo vi en cuanto por fin pude abandonar la sala de juicios y eché mano a mi teléfono.

—Thiago: Tenemos que hablar.

Eso era lo único que me decía. Dudé entre bloquearle directamente o contestarle una barbaridad más gorda todavía que las propias acusaciones que pesaban sobre sus hombros. ¡Qué

asqueroso, diossss!

Al final, no hice ni lo uno ni lo otro.

—Yo: ¿Tenemos que hablar, Thiago? ¿Ahora? ¿¡¡¡Ahora!!!? ¡Olvídame!

Esa fue mi respuesta. Ni una palabra más, ni una palabra menos. No quise entrar en insultos ni nada que se le pareciera. No me iba a rebajar a su altura. Que él fuese un sinvergüenza integral no quería decir que yo tuviera que ponerme a insultarle, aunque por dentro estuviese que reventaba.

Sentía que el coco me iba a estallar en cualquier momento. Además, tenía muchas ganas de ir al baño, puesto que no había podido hacer pis en toda la mañana, por lo que antes de tirar para el garaje, fui derechita para los servicios.

Sentada en el wáter, con los codos en las rodillas y sujetándome la cabeza con ambas manos, la presión me pudo y rompí a llorar sin consuelo. Recuerdo que, justo al levantar la cabeza, vi un mosquito como un camión de grande pegado tras la puerta. Con él pagué mi frustración, y es que le arree tal zapatazo que en su lugar solo quedó una gota de sangre.

Thiago había visto mi wasap prácticamente sobre la marcha, aunque no volvió a escribirme. No volvió a escribirme, claro, pero porque me llamó del tirón.

Naturalmente, no se lo cogí. Y para impedirle que siguiese insistiendo con las llamadas, apagué el móvil y lo eché en el fondo del bolso.

Bajando al garaje en el ascensor, volví a acordarme de mi amiga Ana Belén. Si ella supiera todo lo último acontecido y cuánto la echaba en falta en esos momentos...

Arranqué el motor del coche y di unas vueltas por allí abajo, hasta enfilear la rampa de salida del aparcamiento. Pegué el acelerón, pero llegando a arriba, ya tuve que aminorar la velocidad y parar, para no llevarme por delante a cualquier transeúnte que pasase por la acera.

¿Y con quién diréis que me encontré justo entonces?

Habéis acertado. Ese mismo individuo que no quería ver ni en pinturas. Thiago me estaba esperando allá arriba, con el rostro desencajado. Yo llevaba la ventanilla cerrada y le hice una señal de que se apartase, pero no se resignó. Ni se apartaba ni me dejaba continuar la marcha, que era lo peor.

Volví a hacerle el mismo gesto con el brazo, y nada. Golpeó el cristal con los nudillos para que lo bajase y me suplicó con las manos.

Viendo que no iba a dejarme marchar tan fácilmente, me resigné a bajarlo un poco, lo justo para escucharle.

—Ainara, por favor, déjame que te explique—me rogó, con las manos juntas sobre el pecho

otra vez.

—Todo lo que tenías que explicar ya lo has explicado esta mañana delante del juez —le solté fríamente—. Y ahora, déjame que me vaya si no quieres que yo también te plante una denuncia por acoso.

Inmediatamente, la angustia que se reflejaba en su cara dio paso al asombro. Más que asombro, miedo. No tuve que decirle ni media palabra más...

## Capítulo 15



Ni siquiera me molesté en bloquearlo. Tenía claro que, con aquella amenaza, Thiago tampoco sería capaz de volverme a molestar. Yo no sabía ni lo que tenía encima, pero era algo así como un cóctel molotov de rabia, asco, decepción...

La mañana siguiente, María de la O fue una de las primeras personas con las que me crucé por allí. Iba directa a los servicios y la seguí por el pasillo. Aunque el día anterior había decidido dejar las cosas como estaban para no armar más follón, al verla, me entró la neura otra vez. ¡Poneos en mi caso!

La pillé mirándose al espejo, pasándose el dedo índice por la comisura de los labios, como queriendo quitarse el exceso de lápiz labial.

—Hombre, buenos días...su tonillo irónico terminó de encenderme.

—Serán para ti—le respondí de malas maneras.

La fiscal se dio la vuelta y me miró con peor cara.

—¿Y a ti qué es lo que te pasa, para estar de tan mala uva ya tan pronto?

—¿Ah? ¿No lo sabes?

Se quedó callada.

—Pues te voy a dar una pista—continué—. ¿Te suena de algo el nombre Thiago Ferrer?

—Ahhh, ¡qué fuerte!, ¿verdad?

Pensé que se estaba cachondeando de mí, os lo juro.

—¡Lo fuerte es lo tuyo! —le grité, perdiendo ya las formas por completo. Me daba igual que me escuchasen hasta en la otra punta de Madrid.

—¿¡¡Se puede saber qué leches te pasa, Ainara!!? —me chilló ella, todavía más alto.

En ese preciso instante, se abrió la puerta de uno de los váteres que teníamos a las espaldas.

—¡Joder! ¿¿¿Qué está pasando aquí!??

Era mi primita Luz Marina, al parecer, con ganas de echar más leña al fuego.

—¡Tú te callas que esto no va contigo!—le solté a grito pelado.

—¿¿¿Que me calle yo!?? ¿Pero tú quién coño te has creído que eres aquí, niña?

Así me contestó. ¡Como para no cabrearme más!

—Tranquila, Luz Marina—le dijo la otra.

—No, tranquila, no—le respondió mi prima—, que no sabes tú la guasa que tiene esta...

¡Encima! ¡Lo que tenía que escuchar una!

—No defiendas tanto a tu amiguita, anda, que la cosa tiene delito...—le espeté a Luz Marina.

—Defenderé a quien me dé la reverendísima gana, ¿te enteras? Lianta, que eres una lianta y la tienes que armar allá por donde vas...

Si las miradas matasen, Luz Marina hubiera salido en caja de pino de aquellos servicios. Es más, os aseguro que tuve que apretar fuerte los puños para no abofetearla cuando me “escupió” eso último. ¿Armarla yo?

Procuré serenarme un poco. Sangre fría, Ainara, me dije para mis adentros.

—¿En serio? ¿Lianta yo, Luz Marina? —le sonreí con todo el cinismo del mundo —, porque aquí, si hay alguien a quien le gusten los líos, es a ti precisamente.

María de la O nos escuchaba sin abrir la boca ya.

—¿Ya estamos otra vez con lo de siempre, tía? —esa pregunta suya me puso a huevo la respuesta.

—Lo de siempre, no. Bien lo sabes. A ti te gusta ir cambiando de aires, pero siempre dando por culo a mesa y mantel.

Ya se me había desatado la lengua totalmente y no había quien me parase. Estaba en un plan poligona que, cada vez que me acuerdo, me avergüenzo de mí misma porque yo no soy así, creedme.

—¿De qué mierda me estás hablando, Ainara!?

—Tú sabrás, que eres la reincidente. ¿O te piensas que no sé el lío que te traes entre manos?

Lo que no sé es cómo te atreves a chistar, con tanto como tienes que callar...

Luz Marina se quedó muda de repente, como si no supiera por dónde salir.

—¿Qué estás insinuando, Ainara? —su voz era ya un tanto más calmada.

—No es ninguna insinuación. Te lo estoy diciendo con todas las letras. Más te vale cerrar el pico, que lo que tengo que hablar con María de la O no va contigo. Eso sí, cuidadito con lo que haces con Juan Carlos, no sea que llegue también a oídos de su mujer y te caliente el morro...

—¿¡A ti qué te importa eso!? —ya empezaba de nuevo a alterarse.

—Me importa lo mismo que te debe importar a ti lo que yo tenga que hablar con María de la O, así que... venga, ¡puerta!

Agité la mano en el aire, como pidiéndole que se largara, pero mi prima no estaba dispuesta a hacerlo aún.

—¿Quién te ha ido con el cuento? Supongo que habrá sido tu amiguita Ana Belén, ¿no?

—A mí nadie me ha contado nada, ni falta que hace. ¿Te crees que yo no tengo ojos en la cara?

Luz Marina me miraba fijamente, con un mosqueo gordísimo.

—Te he visto más de una vez subirte a su coche en el garaje, la mar de cariñosita con él. Yo que tú me andaba con ojo y tendría cuidado con los besitos, que el mundo es un pañuelo, hija... —le dije para rematar.

Mi prima debió tragarse el rollo. Yo no había presenciado nada de aquello, pero tampoco podía delatar a Ana Belén, que era la que me lo había contado. Igual que ella les había visto en esa actitud un par de veces, ¿por qué no podía haberles visto yo?

—Bueno, mira—parecía algo más calmada ya—. Eso no creo que te haga ningún daño a ti—echó un vistazo a su reloj—. Ufff, tengo que marcharme.

—Ya... pues nada, que te vaya bien, guapa.

Se lo solté así, tal cual os lo cuento, y Luz Marina salió de los servicios sin decirle adiós siquiera a María de la O, que había permanecido callada todo el tiempo.

—Bueno—por fin habló la otra—. ¿Me vas a explicar de una vez qué es lo que te pasa?

—No me seas cínica, María de la O, que ya somos mayorcitas las dos...

—Oye, insultos no te consiento, ¿eh?, que yo no te insultado en ningún momento a ti.

—Hay muchas maneras de faltar a la gente—le respondí.

—¿Vas a hablar claro de una vez, Ainara?

—Pues sí, te lo voy a decir bien clarito. No sé cómo has tenido el valor de hacer lo que has hecho.

—¿Tú me quieres volver loca o qué te pasa? ¿De qué me estás hablando, chica?

—Te estoy hablando de Thiago. Sabías perfectamente que ese ginecólogo que me recomendaste estaba denunciado por acoso y...

María de la O me interrumpió.

—¿De eso nada! ¡Yo no lo sabía!

—¡Vaya! Qué curioso, hombre...No es porque lo diga yo, sino que todo el mundo habla maravillas de él, ¿recuerdas?

Esa última frase la pronuncié cambiando por completo mi tono de voz, como imitándola, para refrescarle la memoria.

—Cierto, eso te dije—reconoció.

—Maravillas, sí... ya viste las maravillas que sueltan por la boca algunas de sus pacientes.

—Una, Ainara, una sola paciente, y yo no tenía ni idea de eso, te lo puedo garantizar.

—Pues para haber caído la denuncia en tus manos, ¡cualquiera lo diría!

—Todo eso ocurrió después, ¡a ver si te enteras de una vez!

No podía creerla y me lo notó.

—¿Piensas que te estoy mintiendo?

Evidentemente, tampoco podía decirle en toda su cara que me parecía la tía más cínica del mundo, y no supe qué contestarle.

—Espera un momento—me pidió.

María de la O sacó el móvil de su bolso.

—No tengo por qué hacerlo—prosiguió—, pero lo voy a hacer para que no te quede ninguna duda de lo que te estoy diciendo.

La verdad es que no tenía ni idea de qué pensaba hacer con el teléfono. La fiscal tocó algunas

teclas y comenzó a deslizar la pantalla, y venga, y venga, y venga...

—Madre mía, con tantas llamadas...—meneó la cabeza como lamentándose.

Ahí empecé a sospechar lo que estaba haciendo.

—¡Ah! ¡Aquí está! —exclamó—. Mira...

María de la O me mostró la pantalla del móvil para que viese con mis propios ojos la última llamada a la clínica de Thiago, casi un año antes.

—Y espera, que más para atrás debe haber otras...

Siguió dándole al dedo.

—Aquí, del mes anterior, ¿lo estás viendo? Ese hombre me atendió por unos problemas que tuve. Si te lo recomendé, fue porque a mí también me lo habían recomendado y quedé muy contenta. Lo de la denuncia vino justo después de hablarte de él. Y si ya no te dije nada, era porque no le di ninguna credibilidad. ¿Para qué iba a alarmar a nadie?

—Ya...—fue lo único que le respondí.

—Ahora te voy a decir una cosa. La próxima vez que vayas a acusar a alguien, asegúrate antes de tener buenas pruebas para hacerlo. ¿Vale?

Ese “¿vale?” me lo lanzó como un dardo. Me quedé un poco cortada, la verdad. María de la O acababa de demostrarme que ella misma había estado en sus manos, lo cual no casaba con lo que yo pensaba.

En cambio, no me quedé tan convencida con eso de que no me hubiera comentado nada, al saber que había alguien acusándole de todas aquellas cosas.

De todas formas, tampoco tenía ningún sentido seguir comiéndome el tarro con el asunto. ¿Para qué? A fin de cuentas, lo hecho, hecho estaba. No obstante, me llamó la atención eso otro de que no le hubiera dado credibilidad a la denunciante.

La fiscal enfiló hacia la puerta, con el bolso bien agarrado y sin decirme adiós tampoco. La llamé.

—María de la O...

—¿Qué? —me preguntó girando ligeramente la cabeza.

—¿Qué opinas tú?

—¿De qué? —su voz me sonó un tanto dura.

—Aún no ha salido la sentencia. ¿Crees que le condenarán?

—No creo, pero ya veremos qué dice el juez.

—Ya...—otra vez le salí con ese monosílabo.

María de la O se giró por completo y me clavó la mirada.

—A todo esto... ¿tienes algún interés en especial por ese hombre? —me sonrió con malicia.

—¿Yo?? —intenté disimular, poniéndole cara de pasmo.

—Sí, tú...

—Ninguno, María de la O.

—Vale, muy bien. Yo también te creo—sonrió apretando los dientes, con todo el sarcasmo del mundo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, mujer, por nada...

Sin más, se marchó, dejándome con la sensación de que intuía algo. Fiscal tenía que ser...

A raíz de aquella conversación, no es que cambiara nada entre nosotras, ni para bien ni para mal. Digamos que las cosas continuaron como estaban.

Sin embargo, Luz Marina se fue suavizando un poco conmigo. No quiero decir con esto que, después de haberle advertido que sabía lo suyo con Juan Carlos (lo cual debió interpretar como una amenaza), las cosas entre nosotras empezaran a ir como la seda.

Seguíamos como siempre, cada una con lo nuestro, pero cuando nos encontrábamos por cualquier lado, me saludaba de otro talante. Se mostraba más amable, más simpática... Recuerdo que incluso me llegó a preguntar que qué tal todo, días más tarde, cuando coincidimos en el ascensor.

No tuve ningún reparo en contestarle de bien a bien, como se suele decir. Es más, prefería mil veces poder estar así con ella, porque no os imagináis lo violento que era el asunto. Lo pasado, pasado estaba. De ella dependía que cayese en el olvido totalmente, si es que eso era posible.

De todos modos, me doy cuenta de que acabo de dar un buen salto en el tiempo y necesito dar un poco marcha atrás para no saltarme otros puntos importantes de la historia...

Al día siguiente de la tangana en los servicios, tanto con la una como con la otra, Ana Belén se reincorporó al trabajo. Mi buena amiga venía tan contenta, después de su paso por Varsovia.

Tomándonos un café antes de entrar en los juzgados, me contó por encima lo que había sido su estancia en la capital polaca. Preferí dejarla hablar y callar lo mío hasta que me preguntase, por no cortarle la ilusión. La veía tan animada...

Pero cuando me tocó el turno y le relaté todo lo sucedido en su ausencia, se llevó las manos a la cabeza.

—Me parece muy fuerte, Ainara, y no ya por el hecho en sí, sino por la coincidencia. Con la de juzgados que hay, y que haya tenido que caer justamente...

—Ya te digo, Ana Belén. Justamente aquí —terminé la frase por ella.

—De todas maneras, esperemos a ver la sentencia...

—Me da igual. Eso no va a cambiar nada entre nosotros, te lo aseguro, ese tío es un cerdo.

—Te veo muy dura, Ainara.

—¿Y cómo estarías tú en mi caso, guapa? ¿Eh? Además, ¿sabes qué te digo? Que, aunque le absuelvan, para mí ese hombre no es de fiar. Si no tenía nada que temer, ¿por qué no me lo contó antes?

—Pues ya te lo digo yo, Ainara. Por miedo a tu reacción. Piensa una cosa, ¿vale? Si sabe que es inocente y luego su caso va a parar a cualquier otro juzgado y sale absuelto, ni siquiera tendrías por qué enterarte nunca de lo ocurrido, aunque quizás te lo hubiera contado a posteriori. En cambio, aun siendo inocente, pudo pensar que si te hablaba de la denuncia antes del juicio... saldrías corriendo. A fin de cuentas, llevabais poco tiempo.

—Eres la caña, niña.

—¿Por?

—Porque te lo digo yo. Nunca hubiese caído en ese detalle, pero tampoco es que me quede más tranquila. Tenías que haber visto a la hermana de la mujer que le denunció, masajeándose el vientre de esa forma... qué asquito de él, de verdad.

—Ay, ay, ay, Ainara... veremos qué pasa.

Os lo cuento ya. La sentencia salió una semana después del juicio...y a Thiago le absolvieron de todos los cargos, por falta de pruebas.

Según se enteró de la sentencia, trató de volver a contactar conmigo, pero yo no quería saber nada más de él porque, para mí, como ya he dicho por activa y por pasiva, era culpable. Ahí sí que le bloqueé ya por todos los lados.

## Capítulo 16



### Thiago

Lo tenía crudo. No sé ni cómo explicaros lo que sentí al ver el contenido de aquel certificado con acuse de recibo. Me habían denunciado. ¿¡Denunciado yo por violencia ginecológica!? Eso era lo último que me hubiera esperado en esta vida. ¿¡Cómo podía ser eso?!

La mujer que me había puesto la denuncia se llamaba Georgiana. Por el nombre, al principio ni caí en quién era. Tuve que hablar con Aurora para verlo claro.

Ahí fue cuando empecé a recordarla. Se trataba de una mujer de nacionalidad rumana, que vino una sola vez a mi consulta. Estaba embarazada de poco tiempo y pretendía que yo la atendiera hasta llegar al parto.

Georgiana apareció esa tarde acompañada de otra mujer, físicamente bastante parecida, lo que me dio que pensar que podría ser familia suya. Después de abrirle el historial con las preguntas oportunas, le pedí que se desnudase de cintura para abajo tras el biombo, que se cubriese con la sábana que tenía sobre la silla de detrás y que se subiera a la camilla ginecológica.

—¿Solo de cintura para abajo? —llegó a preguntarme.

—Sí, sí, no es necesario que se desvista por arriba—le contesté.

Una vez que se tumbó, le bajé un poco la sábana para poder pasarle el ecógrafo por la parte baja del vientre. Todo parecía correcto. A continuación, la exploré y tampoco encontré nada anormal.

Le dije a Georgiana que no era necesario que volviese hasta al menos dos meses más tarde y que, con llamar con un par de semanas de antelación para coger cita, sería suficiente, pero ya no hubo lugar a nada de eso. Las siguientes noticias suyas me llegaron a través de aquella carta maldita que me estaba volviendo majara perdido.

En serio, estaba atacado de los nervios. Jamás me había encontrado con ningún problema con la justicia, por lo que me puse en contacto inmediatamente con Jorge, mi abogado, y le expliqué el tema.

A todo esto, acababa de conocer a Ainara. Ainara también había venido a verme a la consulta. Lo suyo era un problemilla leve, al cual no di ninguna importancia. No obstante, la veía como un gatito asustado y traté de calmarla, diciéndole que no había de qué preocuparse.

Me dio la impresión de que era un tanto tímida, pero puestos a decirlo todo, diré también que me pareció guapísima y una chica súper educada. No quiero pecar de prepotente, pero me pareció, además, que yo le había impactado. Era algo mutuo.

Le mandé hacerse una analítica para descartar posibles causas del motivo que la habían llevado hasta mi consulta y le pedí que volviera al cabo de quince días.

No obstante, decidí darle un toque por teléfono a mitad de camino, es decir, seis o siete días después, para preguntarle cómo seguía de lo suyo. Sé que no es lo habitual en la relación de ningún médico con un paciente, pero tampoco había nada malo en ello, no sé si lo veis como yo o no. Con esa excusa, volvería a escuchar su voz y le recordaría que teníamos una segunda cita.

En esa segunda ocasión que vino a verme, la noté tan nerviosa como la vez anterior. Yo también lo estaba, aunque procuré disimularlo como pude. La gente de mi entorno me tiene por un hombre bastante echado para adelante, pero la realidad es bien distinta. Soy de naturaleza tímida, y más en estos casos, quiero decir cuando me siento atraído por una mujer.

No sabía bien cómo actuar, pero cuando comenzamos a hablar de los alimentos ricos en hierro y salieron las ostras a relucir, se me ocurrió la idea de golpe. ¿Y si me arriesgaba? Quizás penséis que lo mío era de una osadía tremenda, pero pensé que el tiro podría salirme bien...

Le pregunté si le gustaban las ostras y, al contestarme que le encantaban, le planteé si le apetecería cenar conmigo al día siguiente. A aquella bonita chica rubia se le iluminó la cara y a mí me empezó a temblar el pulso cuando me dijo que sí.

No creo que tampoco estuviera cometiendo un delito invitándola a cenar, por más que fuese una paciente a la que acababa de conocer. Con ello, no le estaba faltando al respeto. Bueno, o al menos eso es lo que pienso.

Pues bien, esa horrible denuncia me cayó justamente dos días antes de salir a cenar con ella. Como podréis imaginar, me sentía tenso, no solo por ello, sino por lo que os he explicado de mi timidez, por raro que os suene. Y esa misma tensión se interpuso entre nosotros al principio.

Éramos dos desconocidos compartiendo mesa en una marisquería, de manera que, pasados esos primeros minutos extraños en que ninguno sabíamos qué decir, ya encontramos temas de los que tirar para no dejar de hablar ni un momento. Y el vino se ocupó del resto, al punto de atreverme a plantearle incluso pasar juntos la noche en mi casa, pero eso fue más tarde.

Cuando me enteré mientras cenábamos de que Ainara era auxiliar de justicia, el asunto de la denuncia se me clavó de golpe en la cabeza como un puñal. ¿Y si le hablaba de aquel asunto? No, mejor no hacerlo, me dije. No era el momento. ¿Qué impresión iba a causarle? El ginecólogo desconocido que la ha invitado salir, acusado por otra paciente. Uffff, qué mal rollito. Aparte, todavía no sabía exactamente de qué se me acusaba.

No lo supe hasta que me lo contó días después mi abogado. Horrible todo. Yo también le conté lo mío con Ainara y él mismo fue quien me recomendó guardar silencio. Madrid tenía muchísimos juzgados y no iba a darse la coincidencia de que mi caso cayera justamente en el que ella trabajaba.

—Muy mala suerte habría que tener para eso, hombre—fueron sus palabras.

Lo malo es que ya se sabe cómo va la justicia, que basta que quieras salir cuanto antes de un embrollo como ese, para que no se le veas fin a la cosa.

Pasaron varios meses desde que recibí la denuncia hasta que me citaron finalmente para el juicio. ¡Y tuvo que ser justamente en el mismo número de juzgado donde ella trabajaba!

¿Qué clase de mal de ojo me habían echado? De no verse, no creerse. Y las coincidencias no quedaban ahí. Cuando tuve delante al abogado de Georgiana, le reconocí de inmediato.

Hacía años que no le veía y jamás sospeché que, de volverle a ver, sería en semejantes circunstancias. En los tribunales, no podía haber dado con peor enemigo.

Aquel tipo era un viejo amigo de juventud, perteneciente a mi pandilla. Juan José, que así se llama el susodicho, había sido siempre un niño mal criado, de lo más envidioso. Todo lo que veía a los demás, tenía que tenerlo él también.

Lo que no tenía era padre. Al menos, no reconocido. Su madre, bien situada económicamente, quiso suplir esa ausencia dándole siempre al hijo todo lo que quisiera. Mal hecho por su parte, pienso, aunque no soy nadie para juzgarla. Pese a todo, consiguió que estudiase la carrera de Derecho.

Cuando Juan José se enteró de que me había tocado aquella quiniela con mis compañeros de clase, casi le da algo. A partir de ahí, empezó a tirarme chinas de todos los tamaños y colores, del tipo: ya podrías enrollarte invitándonos a los demás colegas a un viajecito.

Por supuesto que tuve un buen detalle con todos esos amigos míos que nada tenían que ver con nuestras apuestas, pero este no paraba nunca. Lo de pedir se le daba de lujo y siempre andaba gorroneando para que le invitase a las copas. Empecé a cogerle tirria, os lo prometo. Como un año más tarde de tocarme la quiniela, a la madre le diagnosticaron una leucemia de lo peor que se la llevó en muy poco tiempo.

Mentiría si dijera que Juan José no lamentó la muerte de su madre, pero cuando recibió la herencia, empezó a curarse rápidamente de la pena. Era hijo único, así que todo fue a parar a sus manos. La mujer le había dejado algo de dinero, el piso en que vivían en Leganés (allí vivía yo también por aquel entonces) y otro piso bien hermoso por el Retiro.

Juan José vendió el de Leganés y se marchó al del Retiro. Desde entonces, empezó a apartarse de nosotros y al final le perdimos el rastro en la pandilla. Sabíamos que las cosas no le iban nada mal, pero no habíamos vuelto verle.

Y ahí volvía a tenerle, frente por frente. Se mostró bastante frío conmigo, cosa de esperar. Y ya en la sala de juicio, ni digamos. Un enemigo en toda regla, como dije al principio. Todo lo contrario que mi buena amiga Aurora, quien me había dejado claro desde el minuto uno que podía contar con ella para lo que necesitase. Como siempre. El cariño entre nosotros era mutuo.

Esta mujer tampoco es que tuviese que mentir cuando le llegó la hora de testificar, pues la tarde de marras, efectivamente, estuvo presente en la consulta casi todo el tiempo. Solía hacerlo con frecuencia, sobre todo cuando se trataba de embarazos, algo que le apasionaba.

Antes de entrar, pude ver un momento a Ainara, mi chica, esa a la que le había estado ocultando todo, teniendo que morderme la lengua. También fue súper fría conmigo, pero confié en que la justicia me diera la razón sobre la marcha y poder explicárselo con calma al salir de allí.

Ni en eso tuve suerte. La sentencia se iba a hacer de rogar un poco, al parecer, con lo que me entró ya una angustia indescriptible. Traté de hablar con ella de todas las maneras posibles, pero Ainara se negó tajantemente. No quería saber nada de mí y, aunque entendí en cierto modo su postura, no me resigné a quedarme cruzado de brazos.

Tenía que intentarlo de todas las maneras posibles, así que la esperé incluso en la calle, a pie del garaje, a sabiendas de que tarde o temprano la podría ver cara a cara, pero volví a toparme con un muro de piedra. No solo no quería verme, sino que llegó a amenazarme con denunciarme ella también. Me parecía injusto, pero si esa era su decisión, poco más podía hacer, por doloroso que me resultara.

Al cabo de una semana, el juez dictó sentencia a mi favor, como no podía ser de otra forma, pues yo era absolutamente inocente de todos los cargos que se me imputaron.

Y menos mal, porque encima me habría tocado pagarle una compensación económica millonaria a esa tal Georgiana que yo tampoco quería volver a ver en mi vida. Otra tan codiciosa con el dinero, como el abogado que se había agenciado para buscarme la ruina...

La justicia se había posicionado de mi lado. ¿Que yo le había dicho y hecho todas esas cosas a mi paciente!? Ni loco, vamos. Nunca se me ocurriría algo así. Antes muerto.

Por fin empezaba a respirar y ya podía volver a contactar con Ainara, pensé. La quería mucho, muchísimo más de lo que ni ella misma podía imaginarse, aunque en el fondo estaba un poco dolido también.

Lo nuestro había empezado como empieza cualquier pareja, con la excepción de ese agobio que yo tenía por dentro a cuenta de la denuncia y que debía callarme. Mal comienzo con los secretitos, lo sé, pero intentad meteros en mi pellejo para entenderme.

La primera noche en mi casa resultó sensacional, y nunca mejor dicho, porque fue todo un universo de sensaciones, tanto para mí como para ella. En cambio, al despertar por la mañana, me sentí de lo más confundido. Quizás no fuera un buen momento para comenzar una relación con nadie, me dije.

Tenía un juicio muy feo por delante y, aunque yo era completamente inocente, no podía evitar estar asustado. Tal vez fuese mejor parar un poco el carro y no correr mucho hasta que las cosas se resolvieran, de ahí que, al levantarme, decidiera poner un poco de distancia entre nosotros, diciéndole que tenía planes para ese domingo.

Se trató de una excusa barata simplemente. Y me consta que a Ainara no le agradó, pues me pareció ver la decepción en su rostro. Sé que no me lo monté nada bien, pero me tiré todo el día pensando en aquella chica tan linda, sin poder remediarlo.

Tenía un agobio horroroso, debatiéndome entre llamarla o dejar correr el tiempo, pero al final, me pudo más el corazón y opté por enviarle un wasap esa misma noche del domingo, para verla al día siguiente.

Me encantaba aquella rubita y no quería perderla, por eso decidí tirar para adelante con todas las consecuencias, que fuese lo que tuviera que ser, pero las cosas se habían enredado de muy malas maneras y... en fin.

Entendía su postura tras el juicio, por supuesto que sí, pues a Ainara todo aquello le pilló por sorpresa (una sorpresa muy chunga), pero que hubiera llegado a amenazarme con denunciarme, como si yo fuera un vulgar acosador, eso me había hecho bastante daño. Estábamos ahí medio empatados, así que...

Pese a todo, quería recuperarla, pero lo que no entendí fue que mi chica se mantuviera firme en su postura, una vez que salió la sentencia a mi favor. Lo vi claramente cuando le envié aquel otro wasap, aprovechando que todavía me quedaba esa opción (lo raro es que no me hubiese cortado las alas ya en ese sentido).

—Yo: Hola, Ainara. Necesito verte y que hablemos. Siento mucho todo lo que ha pasado, de verdad, pero supongo que ya habrás visto que soy inocente, que no me han condenado por nada.

—Ella: Por falta de pruebas. Suerte que has tenido. Chao.

Me dejó helado con esa respuesta. Y no contenta aún, me bloqueó directamente, porque su foto desapareció a renglón seguido de la burbujita en el chat.

En ese momento, entendí que la había perdido para siempre y el mundo se me vino encima. ¡La que me había liado la Georgiana esa de las narices!

## Capítulo 17

Tenía que acostumbrarme a mis días sin él, a volver a la tediosa rutina del trabajo, el gym, las clases... y vuelta a empezar lo mismo al día siguiente. No quería volver a saber nada de Thiago, aunque tampoco se me quitaba del pensamiento.

Solo habíamos estado saliendo unos meses, pero os aseguro que habían sido unos meses muy intensos. Y qué verdad es que cuando nos enamoramos, hacemos todo lo que esté en nuestras manos para llamar la atención de esa persona que ocupa por completo nuestro corazón.

Así pues, la ilusión por comprarme ropa nueva y arreglarme con tanto esmero para que me viera siempre perfecta, atrás quedó también después de aquel dichoso juicio. Os he puesto un solo ejemplo para que comprendáis mejor lo desanimada que andaba.

El dichoso juicio... ¡Y que se lo hubiera tenido tan callado!... Esa era una de las cosas que más me machacaban el cerebro. Si me lo hubiese contado desde el primer momento, quizás le hubiera entendido, pero que se mostrara tan zorrón con su mutismo, a ver si salía victorioso y no llegaba a enterarme nunca... eso tampoco se lo podía perdonar.

Ahora bien, no quiero que penséis con lo que acabo de exponer en relación a mi aspecto que, después de cortar con él, fuera con unas pintas de pordiosera por la vida, porque tampoco es eso. Claro que me arreglaba para ir a trabajar o donde se terciase, pero no igual. Por ejemplo, ya no me maquillaba como antes. No me apetecía un pimiento, la verdad, no me sentía motivada.

—Pues deberías, Ainara—me llegó a decir Ana Belén en una ocasión—. Las mujeres tenemos que arreglarnos para nosotras mismas, para vernos bien guapas en el espejo. Y si así de paso atraemos las miradas de los demás, pues mejor todavía. Además, cuanto más guapa te veas, más animada y más segura te vas a sentir también.

—Me recuerdas a Noe, la amiga esta de Isla Cristina de la que te he hablado a veces.

—Ah, sí, ¿le has contado ya el final?

—¿Te refieres a lo de la sentencia, no? Claro. Y tanto que se lo he contado, a ella y a las demás. Menudas son. En cuanto se celebró el juicio, ya empezaron a bombardearme esa misma tarde con los wasaps, queriendo saber el resultado.

—Normal, chica, eso quiere decir que se preocupan por ti, que son buenas amigas...

—Lo sé, pero no te haces una idea de las pocas ganas que tenía yo de wasapear con nadie. Si supieras lo que lloré ese día... en fin. Y hablando de amigas, Ana Belén, me estoy acordando de Aroa. Creo que hoy voy a volver a la clase de pintura.

—¡Ah! ¿Pero te habías borrado?

—No, no me he dado de baja oficialmente, pero llevo cerca de un mes sin aparecer por allí, entre unas cosas y otras.

—Pues te vendrá bien, Ainara. Debe ser muy entretenido, además, es algo que te gusta y se te da genial.

—¿Tú crees, Ana Belén?

—Totalmente. El cuadro ese que me enseñaste del paisaje montañoso me encantó. Te hablo en serio.

—Gracias. Tú sabes, poco a poco...

—Como con todo, Ainara, pero de verdad, no lo dejes. Te repito que te vendrá bien tener la cabeza entretenida con los pinceles y relacionarte con esa gente. Siempre es bueno ir ampliando el círculo de amistades por aquí y por allá...

Esa tarde me reencontré con la mayoría de mis compañeros. Había un alumno nuevo, pero eché en falta a un par de ellos.

—Aaron se ha roto un brazo y no ha vuelto desde entonces, claro—me explicó Aroa, mientras tomábamos un café en el bar de enfrente, al acabar la clase.

—¿Y María José? La pelirrojilla aquella tan simpática...

—Buah, esa pobre ya no va a volver.

—¿Pobre? ¿Por qué dices eso?

—Porque ha tenido que dejar las clases en contra de su voluntad. Tú no sabes la que le estaba dando el marido, como si estuviera cometiendo un delito la criatura...

—¿Pero por qué? ¿Por venir a clase?

—Exacto, por venir a clase.

—No entiendo nada. ¿Qué hay de malo en eso?

—Para cualquier persona en su sano juicio, nada. Al revés, es una actividad muy relajante y creativa, Ainara. Pero el burro ese, que debe ser un burro aparejado, la tenía amargada a la pobre. Por lo visto, no paraba de decirle cosas como que si se había apuntado a las clases era porque le gustaba mucho el cachondeo y el estar jijí y jojó con los tíos.

—Bueno, burro... Yo no lo llamaría así. Por lo que me estás contando, es un celoso y un machista de dos pares.

—No lo sabes bien, Ainara, fíjate cómo sería la cuestión, que más de una vez vino en los últimos tiempos hasta la puerta con el coche para recogerla.

—Para controlar, claro...

—Hombre, por supuesto. Y según ella, ya no le estaba compensando seguir porque cada vez que volvía a casa después de las clases de pintura, se lo encontraba con la cara desencajada y se la armaba por cualquier tontería. Si no era por esto, era por lo otro o lo de más allá. Qué horror. Yo no sé cómo se puede vivir con un hombre de esa calaña.

—Yo tampoco. Y no es lo peor, sino que esos tipos empiezan así, con el machaque psicológico, pero normalmente suelen ir a más. Si supieras la de cosas que he visto ya en las salas de juicio...

—Ya imagino.

—Sí, pero te digo yo que una cosa es imaginarlo y otra es verlo con tus propios ojos.

Conversando sobre ese tema, se me vino al pensamiento aquella otra pareja en que ella le había denunciado a él por malos tratos. Fue el segundo juicio de la mañana, después del de Thiago.

La chica apareció con el ojo derecho amoratado y todavía medio cerrado del puñetazo (uno de tantos) y un hombro en cabestrillo. Lo que pudo llorar entre aquellas paredes, para nosotros se quedó.

—Por cierto, ¿y ese chaval nuevo, Aroa?

—Ah, Ángel. Solo lleva cuatro o cinco clases.

—Pufff, no me quise acercar mucho porque me daba palo, pero me he estado fijando y no veas qué mano tiene, qué soltura...

—Y tanto. Y además, es un encanto de hombre. El jueves pasado fue su cumpleaños y nos invitó a todos a merendar aquí mismo.

—¿En serio?

—En serio, niña. Bueno, tú sabes, algunos se fueron del tirón, como Marta, que no podía quedarse porque tenía que ir corriendo a recoger a la niña a las clases de ballet.

—Normal, aquí quien más y quien menos tiene sus obligaciones. Yo, al final, tuve que dejar lo de la guitarra.

—Vaya, ¿y eso?

—Primero, porque no me aclaraba, la verdad, pero sobre todo porque no daba abasto, y menos desde que conocí a Thiago.

—Oye, ¿y qué tal seguís?

—Mal—le contesté sin pensarlo.

Aroa se quedó un tanto sorprendida.

—¿Y eso? Con lo ilusionada que estabas con él...

—Estaba, tú lo has dicho, pero luego ya se encarga la vida de ir dándote palos hasta abrirte los ojos.

—No me digas más...

—No, no te pienses que es porque ha aparecido otra.

—Ah, bueno, es que del modo en que lo has dicho...

—Las decepciones pueden venir por muchos más motivos, Aroa. Pero si te digo la verdad, no me apetece hablar ahora de eso.

—Por mí no te preocupes, Ainara. No hace falta que me cuentes nada, mujer.

—Lo sé.

—Todo ocurre por algo, y si ese hombre ya es pasado para ti, será porque te esperan cosas mejores.

—Nunca se sabe. El tiempo dirá.

Aroa volvió la cabeza hacia la calle.

—¡Ostras! —exclamó.

Al ver su reacción, miré en la misma dirección que ella.

—Mira, es él.

Casi se me sale el corazón por la boca, y es que, por un momento, pensé que se refería a Thiago, pues de él estábamos hablando. Pero no, era Ángel, que salía de aquel antiguo edificio en que dábamos las clases. Tirando del pomo, cerraba cuidadosamente el pesado portón de madera.

—¿Qué hace este hombre otra vez por aquí, si ya se había ido?

—Yo qué sé Aroa.

—¿Le llamo?

Me sonrió. Yo me encogí de hombros.

—Como tú veas—le respondí.

Mi compañera saltó del taburete y salió escopetada del bar. Desde la misma acera le llamó, levantando un brazo como el que pretende parar a un taxi.

—¡¡Ángel!! ¡¡Ángel!!

El chico la miró, a continuación miró a la izquierda para cerciorarse de que no venía ningún coche y cruzó.

Hablaron algo entre ellos y entraron los dos en el bar. Aroa me lo presentó ya “oficialmente”.

—Ainara no es nueva, pero llevaba ya algún tiempo sin venir —le comentó.

—Menudo susto me he dado, como le acabo de decir a Aroa—Ángel me hablaba a mí.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

—Pues nada, que cojo el coche, me voy al Mercadona ese que está a la vuelta a por algo para cenar y, cuando voy a pagar, me doy cuenta de que no llevo encima la cartera. Dejo la cesta a la cajera y le digo que vuelvo en un momento, el tiempo de bajar al parking, pensando que se me habría caído dentro del coche. Y veo que tampoco, así que me he pegado la carrera. Menos mal que están con la segunda clase y he podido entrar...

—¿Pero la has encontrado o no?

Ángel se echó mano al bolsillo trasero del pantalón y me la mostró.

—Sí, aquí está. El caso es que yo había pagado el parquímetro con la tarjeta antes de subir a clase, por eso pensé que si no estaba en el coche, se me habría caído por ahí arriba.

En la distancia corta, me pareció mucho más guapo. Ángel también tenía la piel morena y el pelo negro, al igual que los ojos. Y, efectivamente, era un encanto. Hablaba hasta por los codos, con un tono de voz muy dulce y un acentillo que no se me pasó por alto.

Acaba de aterrizar en Madrid. Cuando supe también que aquel granadino era inspector de policía, de nuevo me acordé irremediablemente de Thiago, de aquel comentario suyo (más bien de su hermana) en relación a las últimas generaciones de policías sueltos por ahí. Sin duda, Ángel era otro bombón.

Aparte, me vino el recuerdo de nuestro viaje, precisamente a Granada.

Pasamos las dos un rato muy agradable con él, y no fue el único, puesto que a partir de entonces, casi siempre nos juntábamos los tres al salir de clase para tomar algo.

—¿Me lo parece a mí o a ti te mola ese hombre? —llegó a preguntarme Aroa en una ocasión.

—Tiene su puntillo, la verdad.

—¿Y a qué estás esperando? ¡Ataca!

—Sí, claro...

—¿Y por qué no? Te aseguro que yo... porque estoy casada, que si no, enseguida le iba a dejar escapar. Está buenísimo, hija.

—¿Y quién te dice a ti que él no esté casado también? O que tenga pareja.

—Si te lo estoy diciendo es por algo, hazme caso.

—¿Te lo ha contado él?

Ainara me guiñó un ojo, pero no quiso que siguiera preguntándole.

—Yo ya te he dado mi consejo.

Hizo un gesto con las manos como diciendo: “y se acabó el tema”.

Ahí quedó la conversación sobre Ángel, una cuestión que se me vino al coco esa misma noche cuando me metí en la cama. Aunque seguía sin poder apartar a Thiago de mi mente, tenía que reconocer también que empezaba a sentirme atraída por el policía granadino.

La siguiente clase sería el viernes, solo que, por una cuestión personal de nuestra profesora, ese día se pasaba a las siete de la tarde, es decir, un par de horas más tarde de lo habitual.

¿Y si le “proponía” ir al cine, por ejemplo? No tenía por qué planteárselo directamente. De hecho, no me considero tan lanzada como para poder hacerlo, pero tampoco era necesario. Con comentarle que pensaba ir al cine a ver una película determinada al terminar la clase, suficiente para que pillase la idea. ¿No?

Planeando mentalmente esa estrategia, ¡otra vez Thiago de por medio! Recordaba que él no tuvo ningún reparo en lanzarse a invitarme a cenar en la marisquería, cuando aún no nos conocíamos de nada prácticamente.

Sí que tuvo valor, sí, pero claro...de qué podía extrañarme ya, visto lo visto...

## Capítulo 18



Ana Belén no pudo estar más de acuerdo con mis intenciones de entrarle de aquellas maneras a Ángel.

—¿Sabes? Me parece perfecto. Como se suele decir, quien no se arriesga no gana, así que...  
—me dijo.

—Bueno, todo sea que se haga el tonto y me deje con la cara partida, jejejeje.

—No empieces con la negatividad, Ainara. ¿Qué te tengo dicho de los pensamientos predominantes?

—Ya, ya, pero también hay que ser un poco realistas, ¿no? Tenemos un cincuenta por ciento de que me diga que no, Ana Belén.

—Por supuesto, pero también tienes otro cincuenta por ciento de que te diga que sí. Tú quédate con eso, hazme caso.

—Como siempre—le sonreí.

—Además, no dices que esa chica de las clases...

—¿Aroa?

—Eso, que no se salía, jolines. Aroa.

—¿Qué pasa con ella, Su Señoría?

—Lo que me has comentado de que te pidió que no le preguntaras más y que atacaras, ¿no?, o algo así.

—Verdad. ¿Pero se puede saber que estás pensando?

—Es fácil, Ainara. Vamos, o al menos yo lo veo bastante claro.

—Ay, Dios... ¿el qué, Ana Belén?

—Pues que es posible que el chico también ande indagando por ahí, para calibrar sus posibilidades...

Me quedé mirándola.

—¿Tú crees? O sea, ¿me estás diciendo que tal vez le haya preguntado a Aroa por mí?

—¿Y por qué no? Puede ser, chica.

—No sé. Aroa y yo tenemos cierta confianza ya. Y de ser así como tú dices, supongo que me habría hablado sin rodeos.

—O no. Tú tampoco sabes el grado de complicidad que pueda haber entre ella y el poli ese tan guapo. Lo mismo él le ha pedido que no abra la boca.

—Yeahhh. Pues no había caído yo en eso, Ana Belén, pero sigo sin verlo claro.

—Ay, ay, ay... recuérdame que te regale por Reyes una caja de linternas, Ainara, que me da a mí que te faltan unas cuantas luces—se echó a reír.

A Ana Belén no se le escapaba ni una, y la verdad es que pocas veces solía fallar con sus conjeturas, por lo que me agarré a sus palabras y empecé a hacerme ilusiones.

—¿Y ya has pensado en el modelito que te vas a poner? —me preguntó con un tonillo que le conocía bien.

—Pues no. Todavía no he pensado en eso.

—Mira que me extraña, según eres. Con lo que te gusta a ti medir las cosas al milímetro...

—Tampoco es eso, mujer—le repliqué.

—Anda que no...

—Y hablando de ropa, Ana Belén, ¿has visto la nueva colección de Zara para esta primavera?

—Quita, quita, últimamente casi que no veo ni los telediarios. Como para ver la colección de Zara. Hace un siglo que no voy de tiendas. ¿Por qué lo dices?

—Ainsssss, es que he visto en la web un abrigo rosa finito que me tiene enamoradita perdida.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, guapa.

—No me lo he comprado ya porque no me fio mucho de las tallas. Por eso no me gusta comprar ropa online.

—Mujer, pero si no te queda bien, siempre tienes la posibilidad de devolverlo.

—Ya, pero es un rollo, Ana Belén. Paso.

—Tú misma...

Me quedé callada un momento.

—Uy, qué estarás pensando tú—me soltó—. Te doy un euro por tus pensamientos...

—No hace falta, chica. Es fácil. Estoy pensando que nos podríamos ir las dos de shopping esta tarde.

Ana Belén me miró y meneó la cabeza hacia los lados.

—Justo eso estaba pensando yo también, ir de compras hoy, con todo lo que tengo que hacer...

—¿Tienes mucho jaleo o qué?

—Mira. De entrada, tengo dentista a las cuatro y media para hacerme una limpieza, de ahí, necesitaría ir a comprar algo de comida, que tengo el frigo que da penita de verlo. Además, tengo que prepararme unos juicios...

—Vaaaale—le respondí con resignación—. ¿Y mañana?

—Ya veo que no me libro ni de coña.

Me eché a reír, encogiendo los hombros.

—Jo, Ana Belén, que parece que te estoy pidiendo que te pongas a picar en una mina. Aparte, a ti también te vendrá bien.

—¡Claro que sí! ¡Como si no tuviera ya nada que ponerme! No te digo más que tengo un saco de ropa para donar a Cáritas o echarla a cualquier contenedor de esos de recogida.

—Pero que no te lo decía por eso, Ana Belén. Me refiero a que a ti también te hace falta desconectar un poco de tus obligaciones. Venga, anda, que nos lo vamos a pasar muy bien. Además, podemos merendar por ahí y ya echamos la tarde al completo.

Dándole esa coba, conseguí salirme con la mía...

—Pues nada. Tú ganas. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Me da lo mismo. Donde a usted le apetezca, Su Señoría.

—¿Vamos al Xanadú? ¿Lo conoces?

—¿Cuál? ¿El centro comercial ese del que me hablaste, que tiene una pista de esquí cubierta?

—Exacto.

—Nooooo. No lo conozco todavía. En realidad, me queda tanto por conocer aquí...

—Eso está en Arroyomolinos, junto a la autovía de Extremadura.

—Ainsssss, sí, sí, vamos. Por mí, encantada.

—Al final, ya verás...

—¿Qué pasa?

—Nada, que yo también me conozco y sé que, aunque tengo los armarios atestados, terminaré picando algo.

—Pues muy bien que harás en ese caso, guapa. Renovarse o morir, ya sabes...

—Anda, venga, mañana por la tarde nos vemos, que tengo que echarle un vistazo a todo eso— me señaló un cerro de carpetas que tenía en la esquina de la mesa.

—Vale, ya te dejo tranquila—me froté las manos, en un gesto de regocijo total—. Tarde de chiiiiicasssss... cómo mola.

Salí de su despacho, despidiéndome también de María del Mar.

La verdad es que flipé con aquel centro comercial al que fuimos a parar, repleto de cafeterías, restaurantes, tiendas de todos los estilos y lugares de ocio, tanto para adultos como para niños. Solo nos faltó ponernos ahí en medio a esquiar con el resto de la gente.

Mi amiga y yo empezamos por meternos una buena merienda en una pastelería. Y, tal y como ella misma vaticinó, terminó también cargada de bolsas.

Ana Belén se compró un bolso chulísimo, unas botas caladas, una falda midi de piel y un par de camisas básicas. Por mi parte, me hice con el abrigo rosa que había visto en la web, pero no quedó ahí la cosa. También me compré un conjunto azul de dos piezas que se me metió por los ojos, unos tacones de cuero con un par de correas en el empeine y algo de maquillaje.

Total, que íbamos las dos más o menos a empate, de camino al coche, cargadas con las compras.

—Lo que yo te decía, Ainara. En casita es donde menos se gasta...

—Ni lo pienses, Ana Belén. De vez en cuando, hay que darse unos caprichitos.

—Ya, ya...A mí me lo vas a decir tú...

—Anda que no vas a estar chula con esa falda larga de piel y las botas... Cuando te vean aparecer así por fiscalía, a más de una le va a corroer la envidia.

A Ana Belén se le escapó una risilla.

—¿De qué te ríes, brujona? —le pregunté.

—Nada, que me estoy acordando de una conversación entre María de la O y Margarita, a cuenta de la ropa precisamente.

—¿Y eso?

—Porque resulta que la “perita en dulce” dice que para vestir bien no hay que gastarse mucho dinero. Eso le estaba contando a María de la O.

—Claro, mejor comprarla en los mercadillos, ¿no?

—Tampoco va por ahí el tema, aunque me imagino que eso también debe gustarle tela. Según Margarita, en los bazares gigantescos de los polígonos se encuentran cosas súper interesantes.

—¡Digo! Como los jerséis esos amorfos con los que viene a trabajar, a cuál más feo. Grises, negros o marrones, de ahí no hay quien la saque. Qué espanto...

Ana Belén se echó a reír ya con ganas.

—Uffff, ¿la viste el otro día con el de la estrella de lentejuelas y los pendientes igual, de estrellas? ¡Me parto!

—¡Ay, no! Ese me le perdí.

—Parecía un cromo, te lo juro. Y no es lo peor.

—Pues peor ya... no lo imagino, la verdad.

—Lo peor es que, cada vez que planea un viajecito a Cáceres para ver a la familia, se da antes una vuelta por los bazares para bajar cargada de regalitos del mismo tipo para la cuñada.

—¡No! ¡No fastidies, Ana Belén!

—Lo que yo te diga, guapa. Aquel día le estaba enseñando a María de la O en el ascensor todo lo que le había comprado a la otra. Tú figúrate. Le sacó de la bolsa un par de trajes de lana horrorosos y le iba diciendo que menudo apaño le iba a hacer con todo aquello para el curro.

—Me gustaría ver la cara de la pobre cuñada cuando le entre con esas cosas por la puerta.

—Tú di que la mujer lo que estará es deseando que salga por la puerta para hacer una hoguera en mitad del patio.

Nos partíamos la caja de la risa.

—Vamos, que no le basta con ir ella hecha un adefesio, sino que también pretende disfrazar a la otra.

—Más o menos.

—Pues qué quieres que te diga, Ana Belén. Con todos mis respetos, pero lo bueno, bonito y barato no existe, perdóname.

—Eso ya lo sé. Y no te digo que no puedas encontrar cosas monas en esos sitios, pero la calidad deja que desear. En algo se tiene que notar el precio.

—¡Naturalmente! Pero a esta es que se le junta todo, porque el gusto lo tiene en el orto, como dirían los argentinos. En fin...

—Pues sí, ya podía tomar nota de la sobrina.

—¿Qué sobrina?

—La hija de esa cuñada suya, precisamente, una influencer de estas súper pijas que se pasan todo el día haciendo vídeos con sus modelitos nuevos.

—¿En serio, Ana Belén?

—Y tan en serio. No sé cuantísimos miles de seguidores tiene, con lo cual debe estar cobrando ya un dinero curioso. Lo sé porque ella misma me la enseñó un día. Ayyyy, ¿cómo se llamaba la chica?

—Bueno, da igual. No pienso buscarla. Tampoco tengo ningún interés en especial en verle la cara a ninguna sobrina de Margarita, la verdad.

—Y yo menos, pero ya te digo que va presumiendo por ahí de ella y se la enseña a todo aquel con el que se cruza.

—Cambiano de tema, qué flipe de abrigo, ¿a que sí?

—Cierto. Y más bonito aún que en las fotos de la página. Te queda de lujo, Ainara.

—¿Verdad? Yo estoy *in love* con él. Me viene muy bien para este tiempo.

—Te veo estrenándolo para ir a clase de pintura el viernes.

—No, no creo. Este es para ocasiones más especiales. Quiero decir que no me pega mucho para algo así.

—Bueeeeno, pues para cenar con tu poli un sábado por la noche.

—Para, para, que mucho estás corriendo tú, guapa. Eso está aún por ver. Como lo del cine.

—Ainara, no empieces, ¿eh? Que te veo venir.

—Vale, vale.

No tocamos más ese tema.

Habíamos ido a Xanadú en su coche, de modo que mi amiga me llevó hasta casa, pero antes de que se marchara le pedí que entrase a ver unas cortinas que había comprado días atrás en Ikea, a juego con el edredón de la cama, por modernizar un poco el ambiente de mi loft.

Ya puestos, saqué un par de cervezas y un picoteo, así que nuestra relajada tarde de compras se prolongó más de la cuenta. Sentadas en el sofá, nos enredamos con la charla y, cómo no, también salió en conversación Thiago, ese hombre que debía apartar definitivamente de mi cabeza.

Era una cuestión crucial para mi salud mental, pero lo cierto es que me estaba costando lo mío. Mi corazón había firmado en su momento una serie de cheques que mi cabeza ya no podía pagar...

## Capítulo 19



A pesar de no haberle olvidado aún, estaba totalmente dispuesta a tirarle la caña a Ángel, por lo que me vestí de manera algo más resultona ese viernes.

La primavera comenzaba a pisar con fuerza, así que saqué del armario aquel gracioso conjunto azul turquesa que me compré con Ana Belén, de faldita corta de vuelo y chaqueta a la cintura. Debajo, me puse una camisa blanca entallada de algodón.

Era una ropa apropiada para ir al trabajo y... para ir al cine al acabar las clases de pintura, ¿no habíamos quedado en eso?

No pensaba volver a casa a cambiarme tras salir del juzgado, puesto que había quedado con Ana Belén y con María del Mar para comer en aquel sitio de menús que me había comentado mi amiga en su momento, pero aún no conocía. Desde allí, tiraría directamente para las clases. Esos eran mis planes.

Llegamos relativamente temprano al restaurante, por lo que no tuvimos ningún problema con las mesas. Elegimos una cerca de la entrada y nos sentamos las tres. Enseguida vino un camarero a ofrecernos la carta con los menús del día.

Todavía no había podido echarle un vistazo, cuando una mujer que apareció por la puerta me llamó la atención por su porte. Llevaba unas sandalias altísimas y un vistoso bolso de piel, cuya calidad también saltaba a la vista. Debía haberle costado un buen pico.

Al fijarme en su cara, la sangre se me heló en las venas porque la reconocí al instante, a pesar de ir tan maquillada y tan bien peinada. Nada que ver con su aspecto delante del juez, y es que la mujer en cuestión no era otra que la mismísima Georgiana. La rumana, con el móvil pegado a la oreja, hablaba con alguien y avanzó hasta colocarse en la mesa de al lado de la nuestra.

Se sentó de manera que la tenía a mis espaldas, pero no espalda con espalda. Esa silla que quedaba ahí en medio, parecía estar reservándola para alguien, pues le escuché decir: “venga, no tardes mucho que yo ya estoy sentada y tengo hambre”.

No me lo podía creer. Miré a Ana Belén y le hice un discreto gesto con el pulgar hacia atrás, como pidiéndole que la observara. Mi amiga alzó los hombros.

—¿Quién es? —me preguntó con la misma discreción, en voz baja.

Me tapé un poco la boca para contestarle que era la tipa que había denunciado a Thiago.

María del Mar, que como es lógico se estaba empapando de todo, se quedó pasmada también.

—¿Y esa es la depresiva? Quién lo diría—me soltó con idéntica cautela.

—Ya ves. Estoy alucinando, te lo juro. Pues al loro, chicas, que está esperando a alguien.

El camarero volvió para preguntarnos qué íbamos a tomar de beber y si habíamos pensado ya qué queríamos comer. Resolvimos la cuestión en un suspiro, echando una rápida ojeada a nuestras respectivas cartas.

Aún no nos había traído las bebidas cuando la puerta se abrió nuevamente y apareció... ¿quién diréis que era? Aunque con una apariencia bastante diferente también, le reconocí del tirón, al igual que a ella. Alucinante todo.

Volví la cabeza hacia la cristalera que tenía a mi derecha, para que nuestras miradas no se cruzaran en ningún momento. Aquel abogado, vestido con vaqueros y camiseta oscura de manga larga, se sentó en la silla que tenía justo detrás de mí.

Mis compañeras de mesa observaban todo con atención. Me llevé las manos a las aletillas de la nariz y les expliqué con un hilillo de voz que era el abogado que la había defendido en el juicio contra Thiago.

—Qué fuerte, Ainara—Ana Belén seguía hablándome bajito.

—Dímelo a mí. ¿Será por sitios en Madrid?

—No lo digo solo por eso.

—¿Y entonces?

—A ese chico le conozco de vista.

—¡No fastidies!

—Sí, hija, sí. Es más, creo que debe vivir por el barrio, porque ya me lo he encontrado un par de veces en el super. Y por aquí, ya te digo que no es la primera vez que viene.

—Flipante, vamos.

En esas, el camarero nos trajo las jarritas de cerveza que le habíamos pedido. Según las dejó en la mesa, se dirigió a los otros dos para atenderles.

—¿Han decidido ya los señores?

Ella fue la primera en hablar.

—Un momento—le escuché perfectamente—, estaba pensando en los guisantes con jamón, pero quería preguntarle si son frescos o congelados...

—Son frescos, señora—le respondió el hombre.

—Ah, bien, pues entonces, tráigamelos. Y de segundo, filete con patatas, pero el filete lo quiero que esté bien hecho, por favor. Me da mucho asco la carne medio cruda.

—No se preocupe. Tomo nota.

Ana Belén, que estaba tan pendiente como yo, alzó las cejas.

—¡Jopé! ¿Y esta es también la que pidió un intérprete porque no entendía mucho el español? Pues menos mal...

—No será ni la primera ni la última—dijo María del Mar—. Bien lo sabes tú. Hay gente que opta por hacerlo para aparentar mayor indefensión.

Agarré mi jarra de cerveza y le di un trago. En otras circunstancias, la habría alzado para incitar a mis amigas a brindar por nosotras, pero os juro que estaba impactada con la situación. Ellas, igual. Tanto, que no sabíamos ni de qué hablar, pero tampoco era plan de estar todo el tiempo pendiente de aquellos dos. Sin embargo, Ana Belén me recomendó que no bajase la guardia.

—Aquí hay algo raro, Ainara. Procura escuchar todo lo que puedas.

No era nada complicado, y no solo por la cercanía, sino que el bar estaba bastante tranquilo. Poca gente, poco bullicio...

Al principio, no les escuché nada anormal. Ella le estaba comentando que tenía cita a las cinco para retocarse las uñas de gel y él le explicó que se había retrasado un poco porque había estado liado hasta última hora con el expediente de un tal Ambrosio.

Silencio por unos segundos.

—Creo que voy a aprovechar también para que me hagan la pedicura—era ella nuevamente.

—Tú siempre tan coqueta...—le dijo el abogado.

Ahí empecé a sospechar que podían tener algo entre ellos. En cualquier caso, yo tenía un cabreo de órdago, pues esa mujer estaba a años luz de la otra que compareció ante el juez. Solo había que verla, con esas pintas que llevaba como si fuera a recoger un Óscar y con las risitas que no dejaba de soltar.

Yo no paraba de mirar a Ana Belén y a María del Mar. A su vez, ellas tampoco me quitaban

ojo a mí.

—Y bueno, tan preocupado que estás con lo de Ambrosio—la rumana volvió a sacarle ese tema—, ¿has pensado ya en lo siguiente nuestro?

Justo en ese momento, llegaron nuestros platos de comida.

—Estoy en ello, tranquila—le respondió el abogado.

No quise ni levantar el tenedor, por no perderme ni una palabra. Afiné aún más el oído, echándome ligeramente hacia atrás.

—A ver si la próxima vez tenemos más suerte, chico...—prosiguió ella.

—Sí, a ver, aunque no es tan fácil pegársela a los jueces, ya lo has visto.

—Algo se nos ocurrirá, Juan José.

Juan José... ¡exacto! Ese era su nombre, el mismo que yo no lograba recordar.

—En primer lugar, tendremos que dar con otro tonto con dinero como Thiago, al que podamos sacarle una buena tajada sin pillarnos mucho los dedos —continuó él.

—Y tan buena tajada, porque aquí somos tres en el reparto, que mi hermana ya me ha advertido que como la próxima vez no saquemos nada, que no contemos más con ella.

—Pues tú me dirás a quién vamos a buscar de apoyo si no, Georgiana. La tía se las pinta sola para hacer teatro—se reía—. ¿Te acuerdas cómo se tocaba ella sola? Por poco se baja hasta las bragas allí delante de todo el mundo. Es la caña... Aparte de que tu hermana también nos aporta muy buenas ideas.

El tío se burlaba a placer, pero lo que yo estaba escuchando no tenía ninguna gracia. Al contrario. Era para quedarse muerta sin más. Me llevé las manos a la cabeza. Ana Belén y María del Mar tampoco habían tocado sus platos aún. Debían estar captando parte de la conversación también.

Viendo que no arrancábamos a comer, el camarero se debió percatar de que algo pasaba y se nos acercó.

—¿Tienen algún problema con la comida, señoras? —nos preguntó.

—No, no, en absoluto.

Fue María del Mar la que le respondió y la primera que, acto seguido, pinchó unos macarrones de su plato y se los llevó a la boca.

A mí se me había quitado el hambre por completo, como comprenderéis, porque el asunto no

era para menos. Y no es ya que no tuviera hambre, sino que sentía tales náuseas que creí que iba a terminar vomitando encima del mantel.

—Bueno, comamos ahora tranquilos y ya veremos a quién podemos enganchar. Habrá que prepararlo más a conciencia. Te digo que en una de estas damos el pelotazo—fueron las últimas palabras de él sobre el tema.

Necesitaba salir a la calle para tomar un poco de aire, pero no debía ni podía moverme de la silla. Estaba como en shock. Mis amigas tampoco se quedaban atrás, y es que también se habían enterado de todo, porque no os penséis que aquellos dos tuvieron la precaución de hablar en voz baja en ningún momento. Para nada. Ellos ahí a su bola, como si no fuese bastante delicado el asunto del que charlaban.

Estaban reconociendo abiertamente que todo había sido una farsa de lo más cruel, pero claro... ¿cómo hubieran podido imaginarse a quién tenían al lado escuchando? Aun así, me pareció muy arriesgado por su parte.

—Acojonante, Ana Belén.

En ese momento, apoyé los codos en el mantel y hundí la cabeza entre mis manos, totalmente abatida.

—Tranquila, Ainara—Ana Belén me acarició un poco el brazo.

—Es que la cosa no es para menos—intervino María del Mar.

—Ya lo sé, pero hay que ver el lado positivo de todo este asunto — respondió Ana Belén a la otra fiscal.

—Hombre, sí. Ahora ya no te quedará ninguna duda, ¿no? —me preguntó María del Mar, viendo por dónde iba Ana Belén.

Nosotras continuábamos hablándonos con la máxima discreción posible.

—Ninguna duda, lo que no sé es cómo voy a salir yo ahora de esta —le respondí.

—¿A qué te refieres? —fue Ana Belén la que me formuló esa última pregunta.

—Me refiero a que con qué cara voy a ir yo ahora a buscar a Thiago. ¿Qué le digo, Ana Belén? Heyyy, bombón, que ya me he enterado de la verdad, que te tendieron una trampa. Se lo he escuchado a la rumana de su propia boca. Ahora sí te creo... ¡qué ridícula, Dios mío!

—¿Te gustaría volver con él, verdad? —María del Mar volvió a dirigirse a mí.

—Claro, aunque sé que no me merezco ya nada. Yo misma le he juzgado y condenado.

—No digas eso, ¿vale? Tenías tus razones, y buenas. Cuando no hay pruebas suficientes,

siempre queda ahí un resquicio de duda. Hay acusaciones que no se pueden demostrar, lo cual no quiere decir tampoco que el acusado sea inocente. Yo te entiendo.

Ana Belén estaba callada, con las manos entrelazadas a la altura de la boca. Se mordisqueaba la uña del dedo pulgar, como pensando...

—¿Y tú qué opinas, niña? —la miré a los ojos.

—Te voy a decir lo que opino, Ainara.

—Dime, Ana Belén...

Estaba ansiosa por escucharla.

—En mi opinión, lo mejor será que te calles todo esto.

—¿Cómo?

—Quiero decir que, si piensas ir a buscarle, es preferible que no le cuentes ni media palabra de lo que ha pasado hoy aquí.

—Yo lo veo igual, Ainara—María del Mar se echó el pelo hacia atrás—. Si le reconoces que te has ablandado por lo que has escuchado, quizás empeores bastante las cosas. Ponte también en su lugar.

—No sé, me parece todo un tanto surrealista. ¿Y cómo va a tragarse que ahora quiera volver con él de repente, al cabo de más de un mes? Hasta llegué a amenazarle con denunciarle si se me acercaba otra vez, María del Mar...

—Olvídate de eso ahora, ¿vale? Si te quiere...

No la dejé terminar.

—No sé tampoco si seré capaz de ocultarle la verdad.

—Háznos caso, Ainara—Ana Belén volvió a coger la palabra—. Es preferible que lo hagas, al menos por ahora. ¿No estabas tan cabreada con que él te había ocultado que tenía un juicio y que quizás no te hubieses enterado nunca?

—Sí...

—Pues esto es lo mismo. No tiene por qué enterarse jamás. De aquí no va a salir.

Lograron convencerme entre las dos, aunque sabía que me iba a costar lo mío callarme la boca, pero me iba mucho en juego, como me hicieron entender.

Qué sensación tan extraña. Por un lado, contenta. Por otra, furiosa, con ganas de asesinar a los

dos que aún tenía a mis espaldas, comiendo tan a gustito y pensando ya en la siguiente para intentar buscarle la ruina a cualquier incauto. ¡Qué clase de personas eran esas!

Y todavía nos quedaba más por ver sin movernos de nuestros respectivos asientos, pues decidimos remolonear allí dentro para dar lugar a que se fuesen antes que nosotras.

La una y el otro no tardaron mucho en levantarse en cuanto hubieron pagado la cuenta, la misma que pagó ella, por cierto. La rumana y su abogado pasaron por nuestro lado y tiraron para la calle, tan alegres como se habían mostrado durante todo el almuerzo.

A través de la cristalera, pudimos ver cómo se despedían en la acera de enfrente, dándose un piquito. Era lo que nos faltaba por ver a las tres.

Nos quedó claro también que aquellos dos eran algo más que simples socios en negocios repugnantes...

## Capítulo 20



Debía calmarme, antes de ponerme en marcha. Por supuesto, no aparecí ya por la clase de pintura. Tenía por delante una buena papeleta que resolver, aunque la verdad es que no sabía por dónde meterle mano. ¿Llamarlo? ¿Ir directamente a su casa?

Lo único claro es que ese asunto era prioritario para mí. Al final, decidí recurrir al wasap, aprovechando que él no me tenía bloqueada. Pretendía ir rompiendo un poco el hielo por ahí, pero no quise explayarme mucho de momento. La suerte estaba echada...

—Yo: Tenemos que hablar.

—Thiago: ¿Tenemos que hablar, Ainara? ¿Ahora? ¿¡¡¡Ahora!!!?

Esa respuesta no se hizo de esperar, pero me cayó como un jarro de agua fría, y no ya por el tono, sino que era calcada a la que le di yo a él la misma mañana del juicio, cuando trató de contactar conmigo para darme alguna explicación. Era exacta, con todos sus signos de interrogación y de exclamación.

Lo pude comprobar en ese chat nuestro que aún conservaba. La única diferencia entre su wasap y el mío era que yo lo rematé diciéndole: ¡Olvidame!

Él no me había pedido semejante cosa y me consolé pensando que, de ese modo, todavía me estaba dejando una rendijita abierta a la esperanza.

Me dije entonces que lo más conveniente sería llamarle y dejarme de pamplinas, puesto que los wasaps, a veces, juegan malas pasadas. Mejor escucharle la voz.

Sin embargo, aunque no tardé ni un minuto en reaccionar, me encontré ya con su teléfono apagado, es decir, Thiago acababa de hacerme también lo mismo que le hice yo a él, a continuación de pedirle que me olvidara.

Lo tenía crudo. La única opción que me quedaba ya era ir a buscarle, pero a esas horas no habría llegado a casa todavía. Estaría pasando consulta, aunque... ¿cómo adivinar cuándo saldría de allí? Estaba de lo más angustiada, con lo cual, lo único que se me ocurrió fue acercarme a la zona.

Aunque la temperatura continuaba siendo buenísima, la tarde se había puesto fea, con el cielo grisáceo. No quedaba ni rastro del sol.

Tuve que colocarme a bastante distancia de aquel complejo residencial para poder ver los ventanales del ático en que Thiago estaría trabajando. Sé que es una locura lo que hice, pero me dediqué a dar vueltas sin parar, calle arriba y calle abajo, mirando cada dos por tres hacia esas ventanas, hasta que empezó a anochecer y observé que las luces del interior de ático comenzaron a apagarse una por una.

Mi siguiente paso fue salir corriendo hacia la puerta de salida del garaje. Si os dais cuenta, también estaba haciendo justamente lo mismo que hiciera él en su día, en su desesperación por engancharme.

Thiago no podría tardar mucho ya, pensé, pero todavía tuve que esperar cerca de quince minutos más, hasta verle salir por allí montado en su coche. Lo malo es que... no iba solo. En el asiento del copiloto llevaba a Aurora, su secretaria.

Observé sus caras de asombro. Yo también estaba como petrificada, puesto que no contaba con encontrármelo acompañado. Menos mal que ella abrió la puerta e inmediatamente se bajó del coche, dejándome más extrañada todavía con esa reacción.

—¿¡Dónde vas, Aurora!? ¿No querías que te llevara a casa?

—Nooo, no hace falta, Thiago. Gracias—le sonrió, con lo cual me reboté porque ya no sabía ni qué pensar.

La mujer cerró la puerta y volvió a mirarme.

—Hasta luego—me dijo como si tal cosa.

No le contesté, y no por mala educación, sino que estaba bloqueada. Esa mujer...

Él continuaba observándome sin moverse del sitio. Golpeé suavemente el cristal de su ventanilla.

—Thiago, necesito hablar contigo, por favor te lo pido—le supliqué.

Nada. Tuve que repetir lo mismo un par de veces más hasta que se dignó a bajar el cristal un poco. ¡Cómo me estaba recordando a aquella otra escena a la salida de los garajes del juzgado!

—¿Qué quieres ahora, Ainara? —me habló con un tono de voz de lo más frío y apartándose ya la mirada.

—Por favor, Thiago...

—¿Qué debería decirte yo en este momento? ¿Que si no te largas voy a tener que denunciarte por acoso?

Con esas palabras, me estaba dando a probar mi propia medicina. No pude soportar más la presión. Me tapé la cara por completo con las manos y rompí a llorar.

Estaba incluso algo mareada, de modo que me fui agachando despacio hasta sentarme en el suelo, sin dejar de llorar desconsolada. Creía que me iba a desmayar en cualquier momento.

Thiago se bajó enseguida del coche. Alzó la cabeza, miró a su alrededor y me cogió de la mano.

—Levanta, haz el favor, que no quiero ningún numerito aquí. Es lo que me faltaba ya.

Su tono de voz sonó a desprecio. ¿Eso era lo único que le importaba? ¿Lo que pudiera pensar la gente si nos veía? Estaba ya al borde del colapso.

—Sube...

Intenté calmarme un poco. Saqué un pañuelo de papel del bolso y me sequé las lágrimas. Me senté en aquel asiento que Aurora acababa de dejar libre y Thiago avanzó.

No sabía hacia dónde pensaba tirar, pero me enteré pronto. A ninguna parte, puesto que aparcó en el primer hueco que encontró en las inmediaciones. Paró el motor del coche y se quedó callado, a la espera de que fuese yo quien empezara a hablar.

—Thiago... quiero volver contigo.

—Vaya, qué curioso, ¿no? ¿No te parece que es un poco tarde? —no me miraba a la cara. Seguía con la vista al frente.

Me dejó fría, y es que volví a pensar en Aurora.

—Tienes razón. Ya veo que tu corazón está ocupado—fue lo que le contesté.

Entonces sí que me miró y de muy malas maneras.

—¿Qué estás diciendo, Ainara? No me seas ridícula, ¿vale? ¡¡Yo no estoy con nadie!!

—Ah, ¿no? Perdona, pero es que pensé...

—¿Que pensaste qué?

—Aurora, tu secretaria...

Thiago se echó a reír de esa forma nerviosa como cuando escuchas algo sin pies ni cabeza.

—¿Pero a ti qué es lo que te pasa, Ainara? ¿Estás insinuando que tengo algo con Aurora?

—Entiéndeme...

—No, no entiendo nada. Creo que aún no te ha quedado claro que Aurora, aparte de mi secretaria, es una buenísima amiga mía. Y por cierto, no tengo por qué darte tantas explicaciones, pero quiero que sepas que tiene pareja y que se llama Adriana. A Aurora no le gustan los hombres, ¿vale?

Yo ya no sabía si llorar o echarme a reír como él había hecho.

—Lo siento en el alma, Thiago, pero las dudas...

—Sí, ya veo que tienes muchas más de las que yo pensaba. Qué fuerte todo, madre mía...

—Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? A ver si podemos hablar de una vez como personas civilizadas.

—Eso pretendía yo también aquel día, Ainara, pero me trataste como a un pervertido, por no decir un criminal. No pudiste ser más cruel conmigo. ¿Qué ha pasado para que hayas dado este cambio?

Eran muchas las cosas que pretendía decirle para justificar mi reacción tras el juicio, aunque no sabía por cuál empezar. Pero ya que había salido el tema de Aurora, tiré por ahí, diciéndole que seguía sin entender que esa mujer hubiese mentido en los tribunales para defenderle.

—¿Mentir por qué? Todo lo que dijo mi secretaria era cierto.

—Pero ella no entra en las consultas —le rebatí.

—Eso lo dices tú. Que no estuviera delante las dos veces que viniste a verme, no quiere decir nada. Aurora está presente casi siempre. De hecho, es verdad que mientras atendía a Georgiana, solo salió un momento a coger una llamada. Le interesa mucho todo lo relativo a los embarazos y le fascina observar los fetos en el monitor, cuando hago ecografías.

—Ya...pero intenta entenderme, te lo ruego. Eran muchas cosas juntas, Thiago. Lo de “vaya par de tetas que tienes” me lo has dicho tantas veces que...

Al decirle eso, bajó la mirada justamente hasta la altura de mis pechos.

—Y las tienes, Ainara, y las tienes—en su boca se dibujó una sonrisa fugaz—, pero... ¡por favor, ni que me hubiera inventado yo esa expresión! ¿No te das cuenta? Cuánta gente en este mundo le dirá eso mismo a la pareja. Todo esto es absurdo.

—Bueno, ya me da todo igual, aunque me gustaría saber algo de tu propia boca...

—¿Qué? —se le veía ya algo más relajado.

—¿Si el juicio se hubiera celebrado en cualquier otro juzgado, me lo hubieras contado?

Se quedó meditando unos segundos la respuesta.

—No creo, Ainara. ¿Para qué hablar de eso a toro pasado?

—Nunca entendí que no me dijeras nada, que no me hablaras de la denuncia que te habían puesto.

—Escúchame bien, ¿vale? Ya sé que la confianza debe estar ante todo, pero hay cosas que es mejor guardarse en el tintero, por el bien de la relación. Fíjate si será así, que ni aunque me absolvieron creíste en mí...

“Pero hay cosas que es mejor guardarse en el tintero”... Thiago había pulsado esa tecla. Al escuchar esas palabras, vi más claro que nunca que yo también debía guardarme mi verdad para siempre, “por el bien de la relación...”

No quise seguir removiendo la mierda. Lo de los masajes tan sensuales en el vientre, lo eché ya en el mismo saco, pues no dejaba de ser otra mera coincidencia. Georgiana y la hermana habían planeado toda clase de argucias para sacarle hasta los ojos y, con algunas, acertaron de lleno en el modo de actuar Thiago en la intimidad. Eso era todo.

Lo único que me importaba ya era recuperarle y veía que era posible, pues mi bombón se iba “derritiendo” por minuto que pasaba.

Le miré a los ojos, esos ojos claros tan bonitos, y se me escapó un suspiro.

—¿Un abracito de los tuyos? —le pedí, con el corazón encogido todavía.

Mi chico se lo pensó unos segundos, pero pronto me sonrió y me estrechó entre sus brazos, el mejor bálsamo que pudo ofrecerme en esos momentos tan tensos. Notaba su corazón latiendo fuerte contra mi pecho.

Me aparté un poco y volví a mirarle, ofreciéndole mis labios. Thiago me besó con una ternura difícil de describir. Fue un beso de esos tan largos que parece que nunca van a acabarse.

Con los ojos cerrados ambos, pudimos escuchar a unos chicos que pasaban por la acera...

—¡Ahí, ahí!, que quiero sentir tus labios, besándome otra vez...

—Suavemente...—continuó el otro.

Abrimos los ojos y nos separamos de golpe. Thiago y yo nos echamos a reír a la par, tras oír aquellas frasecillas de la famosa canción de Elvis Crespo, que acababan de canturrear los dos mulatitos.

Volvimos a mirarnos fijamente.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Sacar el diente? —le pregunté sonriendo pícaramente, recordándole aquel chiste suyo en la puerta de la marisquería.

Thiago soltó una carcajada.

—De momento, vamos a ir a comprar una cosa. Luego ya veremos —me contestó.

—¿Comprar qué? ¿A dónde?

—A una tienda de la calle Fuencarral. El qué, no te lo digo todavía.

—Muy bien, como quieras.

En pocos minutos, de estar totalmente hundida, había pasado a un estado de dicha inmensa. Mi chico arrancó el coche, conectó el cable del móvil y buscó una playlist de Spotify, de temas salseros. Esa música tan alegre sonando, terminó de animar el ambiente.

Estaba súper intrigada con lo de la misteriosa compra de Thiago. Al pasar por aquella calle repleta de comercios de todas las clases, me señaló una en concreto.

—Es ahí.

Se trataba de una pequeña tienda de ropa, por lo que pude ver desde el coche. Tras dejarlo en un parking de la zona, volvimos a pie hasta ella.

—Mira, ¿a ti qué te parece?

Thiago me estaba preguntando por uno de los vestidos del escaparate.

—Muy mono. ¿Por?

—Pues eso es lo que hemos venido a comprar.

—Ahhh, muy bien. ¿Ahora te ha dado por vestir de chica? —le solté en broma.

—Quita, quita, no me veo yo. Es para mi hermana. Su cumpleaños es dentro de diez días y no sabía qué regalarle. Lo vimos juntos, dando un paseo por aquí, y le encantó, así que, por esta vez, no tengo que comerme el coco con el regalo.

—Thiago, pero...

—¿Qué pasa?

—Bueno, nada, que tampoco me parece un traje muy normal, ¿no?

El diseño no es que tuviese nada del otro mundo, puesto que era así como de verano, de tirantes, y con mucho vuelo desde la cintura. Por el bajo, asomaba un trozo del cancan de tul, dorado como la propia tela del vestido.

—¿Qué quieres decir, Ainara?

—Quiero decir que es un traje para ocasiones muy especiales, o eso me parece a mí.

—Bueno, de eso se trata. Mi hermana va de fiesta en fiesta, así que le vendrá bien. Además, ya te digo que le encantó. Lo que no tengo claro es la talla, pero como tú y ella tenéis más o menos el mismo cuerpo, me gustaría que te lo probaras.

—Claro, ningún problema.

La verdad es que, puesto, se veía muy gracioso. Quedaba por encima de la rodilla. Thiago me guiñó un ojo cuando salí del probador.

—A ti te sienta que ni hecho a medida, vamos. Supongo que a mi hermana también le irá bien.

Mi chico le pidió a la dependienta que se lo envolviese para regalo y, con él a cuestas, volvimos al coche. Desde allí tiramos para su casa directamente.

Aquel día tan cargado de emociones culminó con el homenaje de aquí te espero que nos metimos en la cama, y es que el sexo, en las reconciliaciones... también es muyyy especial.

## Capítulo 21



No habrían pasado ni veinte días de aquello, cuando me propuso que me fuese a vivir con él. ¿Os asombra? Yo tampoco me lo me lo esperaba, la verdad.

Imaginaba que alguna vez nos plantearíamos dar ese paso, pero no creí que Thiago quisiera darlo tan pronto, ingenua de mí. ¿Y por qué no!? Le veía tan a gusto conmigo como yo lo estaba con él.

—¿Estás seguro? —le pregunté entusiasmada, pero como si no pudiera terminar de creerme lo que me estaba diciendo.

—Totalmente seguro. ¿Tú no?

Le abracé y le respondí al oído:

—No sabes lo feliz que me hace tan solo pensarlo.

Thiago me cogió por los hombros.

—Pues estás tardando en traerte todas tus cosas para acá. Ya has visto que aquí sobra espacio por todos los armarios.

—Tendré que hablar con mi casero para decirle que le dejo el piso, aunque en realidad, nada más que quedan quince días para que venza el contrato.

—Genial, que no se diga que le dejas plantado. Además, se lo vas a dejar mucho mejor que cuando te lo entregó.

Tampoco es que una tuviera quinientas mil cosas que trasladar. Mi ropa, zapatos, bolsos, algunos libros y poco más, de manera que aquel fin de semana lo empleé en empaquetarlo todo, pero fundamentalmente en dejarle a Nicolás el apartamentillo lo más aparente posible.

Ni que decir tiene, allí le dejé también muchas cosas que yo había ido comprando a lo largo del tiempo para mejorarlo. A eso se refería Thiago precisamente. Mi edredón nuevo, las cortinas, la alfombra del salón, la vajilla, las estanterías del baño... No tenía ningún sentido llevarme nada

de eso a su lujosa vivienda.

¿Qué puedo decir de esa siguiente etapa? Estaba encantada, compartiéndolo todo con mi amor: los amaneceres, los desayunos, las puestas de sol desde la terraza, esos ratos de complicidad en el sofá cada noche, antes de ir a acostarnos...

Nada que ver con mi estilo de vida anterior en el barrio de Begoña, que no es que tenga yo nada en su contra, pero vivir con él y hacerlo además en aquel lujoso piso suyo, en una de las zonas más selectas de Madrid, era algo así como estar en el paraíso.

Y a propósito de paraíso; para paraíso de verdad, ese hacia el cual enfilamos poco más tarde, dispuestos a disfrutar a tope de nuestras vacaciones de verano. ¡Nos íbamos a las Maldivas!

Recuerdo que los vuelos se me hicieron interminables, y es que los aviones no me hacen mucha gracia. Creo que no voy a terminar de acostumbrarme jamás a ellos, pero es lo que hay, si quieres ver mundo.

Las islas Maldivas son famosas por sus playas y sus espectaculares arrecifes de coral. Por otro lado, cuentan con una vida marina fascinante que mi chico pretendía explorar con su equipo de buceo. ¿Os sorprende?

Pues ya lo sabéis. A Thiago le encanta bucear y soñaba ya con el momento de poder sumergirse en aquellas aguas repletas de tortugas y coloridos peces tropicales de muchas especies diferentes.

Tampoco se me olvida el impacto de ese golpe de calor húmedo al bajar del avión. Nada que ver el clima tropical de la zona, con el que habíamos dejado atrás en Madrid.

Nos registramos en el fabuloso resort que teníamos reservado allí a orillas del Índico; otro escenario para echarse a soñar, compuesto por habitaciones en forma de cabañas a cierta distancia entre sí, sostenidas por pilares de madera que las elevaban unos metros por encima de las cristalinas aguas.

Cada cabaña contaba con su propio porche de madera, del que partía una escalera para sumergirse en ellas directamente.

—Wowwww. ¡Qué pasada! —exclamé, con los brazos apoyados en la barandilla.

—¿Te gusta? —mi chico, colocado detrás de mí, me cogió por la cintura y apretó su cuerpo contra el mío.

—¿¡Y a quién no!? Pero más me gustas tú—le contesté con picardía, volviendo un poco cabeza.

Thiago bajó sus manos y me agarró ya de las nalgas.

—¿Ah, sí? ¿Te gusto más que este paisaje? —me preguntó masajeándomelas.

Me giré completamente y busqué sus labios. Comenzamos a besarnos apasionadamente, bajo el sol deslumbrante de la isla. Mis manos también se deslizaban con suavidad, hacia arriba y hacia abajo por su espalda.

—Demuéstramelo, rubia.

Su petición me pilló flotando en las nubes.

—¿Perdona? ¿Qué es lo que tengo que demostrarte?

Mi chico me sonrió.

—Lo que acabas de decirme, que te gusto más que todo esto...

—Ahhh, vale, vale. Creo que todavía estoy atontada por tantas horas de vuelo.

—Yo sí que te voy a hacer volar a ti, pero de las maneras que te gustan...

Me cogió de la mano y me llevó para dentro. Al pie de la inmensa cama, vestida con suaves sábanas de algodón blanco puro, continuamos besándonos lentamente.

Mi chico me desabrochó los botoncillos del top amarillo, dejando mis pechos al desnudo. Se inclinó un poco y comenzó a lamer mis pezones, que se fueron poniendo duros como piedras.

Después fue bajando con su lengua juguetona hasta mi ombligo, donde se detuvo para lamerme en círculo los alrededores. Yo tenía mis manos posadas en sus hombros y eché la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, queriendo disfrutar al máximo de esas sensaciones que me producía con aquella lengua experta, concebida para el placer.

Era como si ni el tiempo ni el espacio existiesen, solo nuestros cuerpos y nuestras ansias de amarnos sin límites.

Thiago me abrió también el botón del short vaquero y me lo bajó hasta los pies. Recorriéndome con la mirada de arriba a abajo y de abajo a arriba, me contemplaba como el que contempla a una diosa...

—Eres perfecta, Ainara, eres perfecta—murmuró.

Creo que ya os he explicado que escucharle cosas de ese estilo me resultaba tan excitante como sus propias caricias y besos por mis partes más íntimas.

Se centró en la parte superior de mi tanguita de encaje negro. Lo apresó con los dientes y tiró despacio de él hasta conseguir ir bajándomelo hasta las caderas.

Separé un poco las piernas para facilitarle la labor, sintiendo que la humedad comenzaba a escapárseme por allí abajo. Pareció intuirlo, pues se llevó el dedo índice a la boca y, a continuación, fue hundiéndomelo con delicadeza.

Thiago hurgó en mi interior, luego sacó el dedo y se lo llevó de nuevo a la boca, para volver a repetir la operación tres o cuatro veces. Sabía que ese era otro de los puntos suyos que me hacían enloquecer.

Yo le apretaba los hombros con las yemas de mis dedos. Estaba ya ansiosa por sentirle dentro de mí.

—Ufff, uffff... Ven, levanta, por favor—le pedí.

—Mmmm, espera, no tengas prisa, bomboncito. Quiero seguir bebiendo de este licor de cerezas...

Estaba de rodillas ante mí. Me separó aún más las piernas, terminó de sacarme el tanga y metió su cabeza entre mis muslos. Al notar su lengua directamente en mi sexo, los gemidos fueron ya imparables.

—Ohhh, ohhhhh, por favor...

Seguía hundiéndomela y sacándomela, hundiéndomela y sacándomela. Thiago tenía una habilidad increíble para penetrarme también con esa lengua prodigiosa suya.

—Ven, ven—sujetándole por los brazos, trataba de que se levantase para continuar en la cama.

Lo conseguí, y aunque intentó seguir haciéndome lo mismo sobre las sábanas, le quité la idea. Quería devolverle a mi morenazo el “favor”...

—Ahora me toca a mí—le advertí.

Se desnudó en un pispas y pude comprobar que a Thiago tampoco le hacía falta mucho estímulo por mi parte. Ni mucho ni poco, puesto que su miembro tenía ya una rigidez y un tamaño considerable.

Desnudos ya por completos los dos, nos abrazamos sobre el colchón, sintiendo cada uno el calor del cuerpo del otro. Luego hice que se tumbase boca arriba, recostado sobre los cojines.

Me acomodé entre sus piernas y le di unos ligeros lametones por las ingles, antes de cerrar mi mano alrededor de su pene y empezar a moverlo cuidadosamente, empujándole el prepucio hacia atrás y hacia delante, mientras con la otra mano le acariciaba los testículos.

—Arrrggg, qué bien lo haces, Ainara, qué bien lo haces—gimoteaba él.

—Shhhh. Calla y concéntrate. A ver si esto lo hago igual de bien...

Bajé la cabeza y me acerqué su pene a la boca, le di unos lametones en círculo alrededor del glande y luego me lo fui hundiendo despacio todo lo que pude, hasta sentir la punta tocándome la garganta.

Estuve largo rato empleándome en aquella maniobra hasta que mi chico me advirtió que o paraba o... ya me entendéis.

No es que una tenga ningún reparo con ese tema. De hecho, más de una vez había culminado en mi boca, pero tenía demasiadas ganas de que me penetrase. Estaba más caliente que el sol que lucía radiante en aquella isla, por lo que me di la vuelta y me coloqué entre sus piernas de manera que le daba la espalda.

Puse mis manos sobre las rodillas de Thiago, bajé el cuerpo hasta sentir la punta de su durísimo miembro bien centrada entre mis muslos, y la humedad que manaba de mi interior facilitó el resto. Ni siquiera tuve que agarrárselo para introducirlo.

Comencé a “botar” sobre él con un ritmo frenético, notando cómo los chorros de sudor me caían por debajo de los pechos y escuchando sus gemidos a mis espaldas. Mi chico me tenía cogida firmemente por las caderas, guiando a ratos mis movimientos de subida y bajada.

Tan concentrada estaba en mantener el ritmo para que aquel miembro chorreante no se me escapase de mi interior, que no tuve ni tiempo de avisarle de que me iba.

Al escuchar mis primeros aullidos, Thiago me agarró con más fuerza, “obligándome” con sus manos a moverme más rápido todavía para que pudiese saciarme de él.

Una vez que las sacudidas del orgasmo cesaron, me dejé caer hacia delante, hundiendo la cara en el colchón. Estaba exhausta, sin fuerzas, por lo que él tomó las riendas para terminar también.

Hizo que me tumbase mirando al techo y, aplastando mi cuerpo con el suyo, me penetró y comenzó a moverse a su antojo dentro de mí. Sus embestidas eran cada vez más rápidas y no tardó mucho en comenzar a gritar del mismo modo en que yo lo acababa de hacer, a medida que iba liberándose la tensión acumulada en su miembro viril.

Cuando hubo derramado en mis entrañas hasta la última gota, nos quedamos al menos un par de minutos en silencio, en la misma postura. Mientras Thiago recuperaba el aliento, le masajee suavemente el cuero cabelludo, con mis dedos hundidos entre los mechones de esa melenita negra tan sexy que lucía.

—Mmmm... si algún día tengo que morir, que sea así...—dijo al fin, levantando un poco la cabeza y mirándose a los ojos.

Me eché a reír.

—Anda, déjate de morir ni morir, que eso está muy lejos. Ahora, vamos a darnos un buen chapuzón, que nos lo hemos ganado.

—Buena idea.

Nos levantamos y nos metimos en el baño para lavarnos un poco, antes de ponernos los bañadores. Ya en el agua, mi chico y yo pudimos continuar disfrutando de nuestro amor,

besuqueándonos, abrazándonos y nadando como peces en ese mar azul tan transparente.

Ocho días duró aquel viaje de ensueño que nos permitió saborear lo mejor de las islas Maldivas; su clima, su gastronomía, sus arenas blancas, sus bellísimos parajes naturales...

Thiago, tal y como planeó, se hartó de bucear y de hacer increíbles fotos por el fondo submarino. Y yo, de tomar el sol y de dar gracias a cada momento por la oportunidad que me brindaba la vida.

Estaba en uno de los rincones más bonitos del planeta y en compañía del hombre que amaba. ¿Qué más podría pedir?

## Capítulo 22



Todavía me quedaba mucho por ver. El verano siguiente, me encontré con otra sorpresa alucinante. Tengo que reconocer que Thiago se lo montó muy bien, que fue de lo más original con su idea, una idea que también se desarrollaría a miles de kilómetros...

Era mediodía y ambos estábamos ya en casa. Mientras desayunábamos, yo le había propuesto comer fuera aquel viernes, siguiendo la costumbre de almorzar todos los viernes en cualquier restaurante.

Sin embargo, él me dijo que no, que prefería hacerlo en casa...

—¿Y eso? —le pregunté.

—Estoy esperando un paquete y me gustaría estar aquí cuando llegue el cartero, ya sabes que suele venir a última hora.

—¿Tan importante es?

—Bueno... es un pedido de guantes sanitarios y cosas por el estilo, pero no tengo ganas de tener que ir otro día a buscarlo a Correos.

—Como quieras—le contesté.

A continuación, abrí el frigo y eché un vistazo de arriba abajo.

—¿Y qué vamos a comer? Ya habría que ir haciendo algo de compra...

—Saca cualquier cosa del congelador. ¿No había por ahí una bandeja de chuletas de cordero?

—Creo que sí... voy a ver...

Rebusqué en el primer cajón y la saqué. La dejé en la encimera para que se fuese descongelando y más tarde nos despedimos, para marcharnos a nuestros respectivos trabajos.

No le di mayor importancia al asunto. Es verdad que más de una vez nos había tocado, tanto a

él como a mí, ir a Correos por la tarde con la notificación de recogida y comernos las colas de turno. Entendí que no tuviera ganas de aquel rollo. Poco podía yo imaginarme el contenido real de ese paquete que andaba esperando...

Ya nos encontrábamos de vuelta en casa cuando sonó el telefonillo. Justo en ese momento, Thiago se fue para el baño y cerró la puerta, por lo cual, lo cogí yo.

—¿Ainara Bravo? —me preguntó aquel hombre que veía a través de la pantallita.

—Sí, soy yo.

—De Correos, ¿me abre, por favor?

—Claro.

Qué cosa más extraña, pensé, puesto que no era yo quien estuviese esperando nada. Mientras el hombre subía (que desde la cancela de entrada del recinto hasta nuestra propia puerta tenía un buen trecho aún), tiré para el baño y golpeé la puerta con los nudillos.

—Thiago, ya sube el cartero, pero...qué raro, porque ha preguntado por mí, así que no creo que sea el paquete que estás esperando.

—¿Segura? —le escuché a través de la puerta.

—Y tan segura.

—Pues no sé, ábrele, a ver de qué se trata.

El hombre no tuvo ni que llamar al timbre, y es que ya le esperaba con la puerta abierta de par en par. El pobre se dio un sustillo al verme según salió del ascensor. Se ve que no me esperaba allí.

—¿Ainara Bravo, verdad?

—Soy yo, sí.

—Es un paquete certificado—me explicó, ofreciéndome una cajita del tamaño como de unos zapatos—. Tiene que firmarme aquí, por favor.

—¿Pero de dónde viene esto? No entiendo...

El cartero me señaló la etiqueta para que me fijase en el remitente...que no era otro que Thiago Ferrer. Seguía sin entender nada, pero me callé la boca y eché la firma con la yema del dedo para que pudiera marcharse.

Solté el paquete en la consola del recibidor y cerré la puerta. Estaba intrigadísima, os lo juro. En ese momento, apareció por el salón. Volví a coger el paquete y le miré con cara de asombro.

—¿Qué es esto, Thiago?

Se encogió de hombros. ¡Como si no supiera lo que había dentro, vamos!

—Ábrelo y sales de dudas, rubia—me guiñó un ojo—. Lo mismo son los zapatos que viste la semana pasada en el Corte Inglés, que te gustaron tanto. ¿Quién sabe?

Le sonreí, y no porque me creyese que dentro del paquete, efectivamente, pudiesen ir unos zapatos. Pesaba muy poco para eso.

—¿Quieres abrirlo de una vez, guapísima?

No dije nada más. Agarré unas tijeras y fui levantando los precintos con cuidado, hasta abrir la caja. Tal y como yo suponía, dentro no había ningún zapato. En su lugar, un sobre y una caja más pequeña, como del tamaño de un reloj, lo cual terminó de desconcertarme.

Esa sí que estaba bien envuelta y atada con un bonito lazo de raso rojo. Me dispuse a abrirla, pero me paró los pies.

—No, no, no. Primero, mira a ver qué dice la nota, ¿no te parece?

Os garantizo que no tenía ni idea de qué iba el asunto.

—Bueno, bueno...

El sobre también era muy bonito. Cuando saqué el papel que tenía dentro..., de repente el corazón se me puso patas arriba, al desdoblarlo y ver que era un folio de esos que se utilizan para casi todo en los juzgados, con el membrete del Ministerio de Justicia en la esquina superior izquierda.

El mensaje venía en forma de notificación, una notificación para ambos, dándonos cita para casarnos equis día del mes siguiente en... ¡Las Vegas!

No era posible lo que mis ojos estaban viendo. Alcé la vista y le miré. Thiago me sonrió abiertamente.

—¿No tienes nada que decir, rubia?

Me eché en sus brazos, agarrándole fuertemente por la espalda.

—Sí, tonto. ¡Que ya no tengo ni que abrir la cajita para saber lo que hay dentro!...

—Chica lista, ¿eh?

Se zafó de mis brazos, me cogió por la barbilla y empezó a besarme con dulzura.

Efectivamente, en la cajita, colocadas la una junto a la otra, estaban las dos alianzas de oro.

Tuve que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas de emoción. Mi chico cogió la mía para colocármela en el dedo.

—Espero que te valga...

Aquel anillo me quedaba perfecto, aunque en realidad no había acertado con la medida de casualidad. Thiago me reconoció que había tomado uno de tantos anillos míos sin que me diese cuenta, para llevarlo a la joyería como referencia.

Ya con él puesto en mi dedo anular, sí que se me empezaron a caer las lágrimas.

Me abrazó.

—Ehhh, ¿qué pasa, tonta?

—Nada, nada... es que estoy muy emocionada, cariño.

—¿Sí? Pues espera, que te tengo otra sorpresa...

—¿Másss?

—Más. Tengo que bajar al trastero a buscar una cosa.

Thiago volvió con otra caja bastante más grande, pero esa se delataba sola. La reconocí enseguida. Él mismo se encargó de abrirla y sacar aquel vestido dorado que, supuestamente, era un regalo de cumpleaños para su hermana.

—Este no tienes ni que probártelo. Ya sé que te queda impresionante.

—Cariño, pero...

—No hay peros que valgan. Lo de que era para ella fue tan solo una excusa para que te lo probases.

Me llevé la mano a la boca.

—¡¡¡Ostras!!! Qué fuerte lo tuyo. ¡Y lo has tenido escondido cerca de un año!

—¿Has visto? —Me sonrió, apretando los dientes—. Ya tienes tu vestido de novia.

Me entró la risa nerviosa. Me iba a casar en las Vegas y con aquel simpático vestido dorado minifaldero que, ciertamente, parecía hecho para mí, puesto que me quedaba ideal.

—¿Y tú qué te piensas poner, bombón? —le pregunté.

—Todavía no lo sé, pero creo que me lo compraré allí sobre la marcha.

¿Qué os parece? ¿Fue o no fue original su forma de pedirme matrimonio? Por cierto, lo hizo en complot con mi queridísima Ana Belén. Ella fue la que se encargó de redactar la nota e incluso firmarla de su puño y letra. ¡Qué gracia!

Pues la boda como tal también fue un puntazo. Se da por sentado que todas las bodas en aquella ciudad del Estado de Nevada lo son, pero imaginad lo que es anunciar a los familiares y amigos que te vas a casar allí sin que estén presentes pero que podrán ver la retransmisión en directo.

La gente flipaba con la ocurrencia de Thiago, y con razón, pues todo el mundo tuvo que poner el despertador de madrugada para conectarse y ver cómo nos dábamos el “sí quiero”.

No era ni mucho menos el tipo de boda con que la que había soñado toda mi vida, pero no me importó. Sabía lo que opinaba mi chico sobre ese tema. Y yo, que estaba tan feliz a su lado, empecé a entenderle perfectamente. El amor no necesita papeles de por medio.

Y llegó nuestro gran momento. Thiago y yo aterrizamos allí un par de días antes, con intención de relajarnos en plan turístico, es decir, disfrutando de la magia de las Vegas.

Tal cual me dijera, en una de tantas tiendas de la ciudad terminó comprándose la ropa para el enlace: un sencillo pantalón vaquero blanco y una camisa, también blanca, de cuello mao, con botones dorados y detalles del mismo color en los bolsillos de los delanteros.

Yo, por supuesto, luciría el vestido dorado y, por todo ramo de novia, una cala blanca que me cogí en una floristería de la zona. De esa manera entró en la sala esta que os habla, cogida del brazo de un simpático personaje emulando a Elvis Presley, con su mismo tupé y gafas de sol ocultando sus ojos.

Teníais que haberle visto, con el traje negro de pantalón de campana y chaquetilla corta, con un pañuelo rosa dejado caer alrededor del cuello, colgándole hasta la cintura.

Thiago me esperaba al fondo de aquella habitación, junto a la mujer morena que oficiaría la ceremonia. Allí dentro no había ni un alma más, solo vacío entre los bancos de madera pintados en tono marfil, a ambos lados de la habitación.

Me acordé de mi padre. ¿Qué estaría pensando al verme avanzar del brazo de aquel otro hombre que, según entramos, comenzó a cantar el célebre “You were always on my mind”, del fallecido “rey del rock”?

La emoción ya fue extrema desde esos primeros instantes, y no solo porque tenía al fondo, delante de mis ojos, al amor de mi vida, al hombre que amaba con todas mis fuerzas, sino por la propia letra de la canción en sí...

“Maybe I didn’t threat you”. Ahí se corta la primera frase (“tal vez no te traté”, es la traducción).

“Quite as good as I should have...” (como debería haberlo hecho...).

Triste comienzo, sí (me refiero a la canción), pero el estribillo también decía una verdad como un piano para mí...

“You were always on my mind...” (siempre estuviste en mi mente...). Exacto, así había sido durante aquel tiempo en que las dudas me mantuvieron alejada de Thiago.

Pronto dejé de prestarle atención a la letra, para concentrarme en lo que me había llevado hasta allí. Mi chico me miraba embobado perdido.

Al llegar hasta su altura, el falso Elvis me soltó del brazo para entregarme a él. Thiago me cogió de la mano, me dijo por lo bajini que estaba preciosa y se giró ya también, para colocarse de cara a la mujer.

Ella también tuvo unas palabras preciosas para nosotros, como si realmente conociera lo que había pasado entre él y yo:

—Una fuerza mayor colocó al uno en la vida del otro y dijo: “voy a poner a Thiago en la vida de Ainara y a Ainara en la vida de Thiago, para que descubran lo que es el amor, ese amor que todo acepta, que perdona, que no es fácil, que tiene altos y bajos...”

Él y yo la escuchábamos, sin soltarnos de la mano.

—“...por eso mi pregunta es muy sencilla”—continuó hablando con su marcado acento argentino.

Ya sabéis, ¿no? Había llegado la hora de reconocer que estábamos allí libremente para dar el paso. Como dato anecdótico; me costó lo mío encajarle la alianza en su sitio, algo que no sucedió cuando hicimos el “simulacro de boda” en casa, después de abrir el misterioso paquete que me entregó el cartero.

Convertidos ya en marido y mujer, la simpática mujer nos informó de que “Elvis” iba a cantar otra canción.

—Y si te parece—se dirigió a Thiago—, aprovecha para sacar a Ainara a bailar.

Ese segundo tema fue “Can’t help falling in love”, otro de los más conocidos de aquel, el mismo tema que bailamos pegaditos y con la emoción a flor de piel los dos. No era para menos...

## Epílogo



Nueve años después...

A veces me pregunto qué habría sido de mi vida, de no haber descubierto casualmente la verdad aquel día mientras comíamos al lado de casa de Ana Belén.

Según mis planes, desde allí habría tirado para mis clases de pintura y, al terminar, habría tentado a Ángel para que me acompañase al cine. Apuesto por que me habría dicho que sí, y no es por dármelas de nada. Me consta que aquel hombre se había fijado en mí y que lamentó que yo me diera de baja en la academia, a renglón seguido de volver con Thiago.

Aroa acabó contándomelo todo. Una vez más, Ana Belén había acertado de lleno, y es que, efectivamente, el policía granadino ya había tratado de sonsacarle información sobre mi situación personal. Por tanto...

Pero no pudo ser porque mi destino era otro; un destino que no tenía nada que ver con su persona. Los movimientos sobre el tablero de juego estaban trazados de antemano para que terminara enterándose de la trampa que le habían tendido al hombre que yo amaba, el hombre con el que me casé poco tiempo después.

Nueve años han pasado ya desde aquella boda; nueve años en los que mi vida ha experimentado otra serie de cambios importantes, en distintas direcciones. Ya no queda ni rastro de aquella niña que cayó en Madrid de un día para otro y tuvo que ir espabilándose a marchas forzadas.

Tampoco soy ya esa chiquilla, cuyas funciones en los juzgados consistían en hacer de “ordenanza” y de “recadera” por las calles de la capital. No quiero decir con esto que abandonara mi puesto de trabajo ni mucho menos.

Lo que trato de explicaros es que mi misión ahora es de una responsabilidad mucho mayor. ¡Soy jueza! Se dice pronto, sí, pero no os podéis imaginar el esfuerzo que cuesta conseguir algo semejante. De hecho, tuve que hablar seriamente con Thiago, antes de ponerme manos a la obra.

Le hice ver que era una idea que me rondaba la cabeza últimamente, pero que era consciente de la magnitud del proyecto y lo que implicaría meterme a degüello en él. Estábamos recién

casados y liarme con unas oposiciones de ese calibre supondría que prácticamente todo mi tiempo libre habría de dedicarlo a los estudios.

Quería que entendiese que si me decidía, él también tendría que echarle muchísima paciencia al asunto para que nuestra relación no se fuese a pique. Ese era uno de los puntos que más miedo me daba y tal cual se lo expuse.

Sin embargo, mi marido me apoyó desde el primer momento. Me dijo que si ese era mi sueño, adelante con él. A perseguirlo con todas mis fuerzas. Pero yo sabía bien a lo que enfrentaba... ¡ojo con lo que estaba pensando hacer, que no era cualquier cosa!

Es más, incluso mi preparador tuvo serias dudas al principio, cuando le hablé de mis circunstancias. Entendí su postura, puesto que estas personas quieren mantener su buena reputación, en cuanto al número de aprobados (totalmente lógico).

Tuve que convencerle de que pensaba ir a por todas; de que, a pesar de estar casada y trabajando, iba a esforzarme como la que más para meterme en la cabeza los temas semanales correspondientes, hasta alcanzar la fecha de examinarme.

Y no le defraudé. Fueron tres largos años de encierro, sacrificando muchas cosas del día a día. La fundamental, disfrutar de la compañía de mi marido, al que adoraba en la misma medida que él a mí. La única “licencia” que me permitía a la semana, era tomarme un rápido aperitivo con él los domingos a mediodía, en una taberna cerca de casa.

Tan solo me permitía ese rato de ocio, como aquel que dice. Y para colmo, muchas veces lo pasábamos hablando de lo mismo. Os aseguro que, ya a mitad de camino, sentí que empezaban a fallarme las fuerzas, que no podía más, y a punto estuve de tirar la toalla en esa época.

Aparte de Thiago, Ana Belén tuvo bastante que ver en que no hiciera tal locura. Ella me insuflaba ánimos constantemente, recordándome lo que ya me dijera en su momento: que el enorme esfuerzo valdría la pena.

—Venga, venga, que ya te queda nada y menos para que yo también pueda decirte a ti eso de “Su Señoría” —me salía a menudo con esas, lo cual era de agradecer—. Esto ya está chupado, Ainara.

Y al final, efectivamente, tantas y tantas horas a piñón fijo dieron sus frutos. ¡Aprobé a la primera! Ese día lloré a mares, de pura felicidad. ¡Volvía a ser “libre” como las personas!

Thiago también daba botes de alegría, orgulloso de su mujer, una mujer que, con los nervios, llegó a adelgazar cerca de diez kilos mientras estudiaba, pero pronto los fue recuperando uno a uno. En unos meses, ya estaba nuevamente en mi peso ideal.

Además de elevarme bastantes peldaños en la escala, para mí, el hecho de plantarme la toga se traducían en abandonar por la puerta grande aquellos juzgados madrileños donde abundaban las pirañas. Siento decirlo así con todas las letras, pero es verdad.

Tampoco tuve que irme a la otra punta de España para tomar posesión de mi nuevo cargo, pues mi siguiente destino fue un bonito pueblo de la sierra de Madrid (perdonadme que no especifique cuál, por razones obvias); un mundo muy diferente al que había dejado atrás.

Un pueblo... dicho de esta forma, cualquiera podría pensar que me tocó currar en una aldea perdida por ahí, rodeada de pastores, vacas y rebaños de ovejas, pero nada de eso. Trabajo en una pequeña ciudad con todas las comodidades y muy bien comunicada con la capital.

En el día a día, me fui enamorando de ese estilo de vida mucho más relajado, sin tanto tráfico y bajo un cielo más azul, menos contaminado. Allí, a pie de las montañas, sí que se respiraba aire puro.

En cierto modo, ese escenario me recordaba a mi Isla Cristina natal. Un día, hablando de todo esto último con Thiago, me preguntó si me gustaría vivir en aquella misma ciudad donde ejercía como jueza desde hacía seis meses.

No me lo esperaba, la verdad, aunque no tuve que pensármelo nada para responderle que sí, que estaría genial. Mi amor me dijo que a él tampoco le importaría, que también estaba un poco harto de Madrid.

De ahí a ponernos a buscar casa, solo hubo un paso. Queríamos algo grande; un chalet con una buena parcelita y, a ser posible, con piscina. No nos costó mucho dar con la casa ideal, puesto que ese tipo de construcción abundaba en la zona.

Y lo mejor es que apenas tuvimos que hacerle ninguna reforma. La casa nos pareció una preciosidad tal y como estaba, tanto por dentro como por fuera. Y por supuesto, contaba con piscina.

Sin embargo, mi marido sí que estuvo un tiempo pensándose qué hacer con ese piso suyo del Paseo de la Habana, en el que habíamos convivido los últimos años. ¿Alquilarlo? ¿Venderlo?

Finalmente, llegamos a la conclusión de que lo mejor sería no optar por ninguna de estas dos opciones, sino trasladar a él su consulta y dejar así de tener que pagar el altísimo alquiler del ático de la Castellana. Fue la mejor decisión.

Año y medio más tarde de mudarnos a las afueras de Madrid, vendría otro de los grandes cambios; un cambio que también nos “afectaba” a los dos. ¡Nos volvimos a casar! Nada que ver esa segunda boda con la primera.

Casándome por la iglesia, vestida de blanco, se hizo realidad otro de mis grandes deseos en esta vida. Cierto que, a esas alturas, ya no me importaba tanto, y es que terminé dándole la razón por completo a Thiago.

¿Qué necesidad había de declararle nuestro amor al mundo y certificarlo ante un cura con nuestras firmas? Pero basta que te mencionen la posibilidad, para que lo visualices en tu cabeza y ya te entre otra vez el gusanillo en el cuerpo.

Y así fue como ocurrió. Cuando menos lo esperaba, sacó a relucir el tema, mientras comíamos un domingo tan felices en el jardín, tomando el solecito. Así de entrada, pensé que bromeaba, os lo juro, pero pronto me di cuenta de que iba en serio.

Aunque no habíamos vuelto a hablar de ello, se había quedado con el dato de que lo de casarme por la iglesia era otra de mis ilusiones y no quiso privarme de ella tampoco. Además, él no tenía ya ningún inconveniente en hacerlo. Me quería con locura y deseaba gritarlo a los cuatro vientos de todas las maneras posibles. Cómo había cambiado el cuento...

¡Otro gran proyecto entre manos! Para esa ocasión, elegimos como escenario La Real Basílica de Nuestra Señora de Atocha, un lugar histórico que ha sido testigo de numerosas ceremonias, muchas de ellas vinculadas a la realeza.

Yo también me sentí como una reina aquella mañana de primavera, camino del altar, del brazo de mi padre y arrastrando la larga cola de mi vestido, blanco como la espuma de las olas. Ni la corona me faltó siquiera aquel día, pues llevé una preciosa tiara de brillantes en el pelo, de diseño similar al que luciera doña Letizia en su boda con don Felipe, todavía príncipe por aquel entonces.

Yo también estaba a punto de casarme con mi propio príncipe ante Dios, con todos los míos presentes. Y los de Thiago, como es lógico. Además, fueron muchísimos entre los unos y los otros, pues con lo de las invitaciones tampoco quisimos tener ningún miramiento y las repartimos a diestro y a siniestro. Solo faltó que hubiéramos llevado ya a Duque, nuestro pequeño bichón maltés (¡Sí, ahora también tenemos un precioso perrito blanco que nos tiene locos de contentos!).

Si os digo que hasta invité a mi prima Luz Marina, tal vez os extrañe, pero no hay nada de raro en que lo hiciera, puesto que con el tiempo, cada vez nos fuimos llevando mejor, a pesar de trabajar ya en juzgados diferentes.

Mi prima acabó incluso pidiéndome perdón por aquel incidente del pasado y le dije que todo estaba olvidado por mi parte, que lo hecho, hecho estaba, y que lo importante era aprender de los errores para no volver a cometerlos. Reconozco que esto último fue una chinita para que reaccionase y mi prima la recogió al vuelo.

En esos momentos, me habló abiertamente de su rollo con Juan Carlos, pero me dijo que no me preocupase, que eso también había pasado ya la historia. Que se había dado cuenta de que fue una estúpida y que nunca más...

Debe ser que sí; que se aprendió bien la lección, porque hoy en día, mi prima está metida de lleno en otra relación, una relación sana con un buen tipo. Ellos también se casaron hace un par de años y se les ve muy felices, de lo cual me alegro. Es más, están esperando su primer hijo. Con eso, poco más tengo que añadir.

Y ahora que hablamos de hijos, seguramente os estaréis preguntando que qué hay de nosotros en ese aspecto. Buena pregunta, sí señor, y ahora mismo os saco de dudas: Thiago y yo hemos sido padres de una hermosa niña, hace cuatro meses.

Nuestra bebé tardó un poco más de lo esperado en presentarse, por más que perseguíamos sin descanso esa meta. Todo estaba bien, aparentemente. Quiero decir que no teníamos ningún problema físico que hiciese más complicada la concepción. Sin embargo, ya se sabe cómo son estas cosas; que cuanto más ganas tengas de que ocurran, más se retrasan algunas veces, por el motivo que sea.

Pero al fin llegó también ese ansiado positivo en el test de farmacia, días después del retraso. ¡Otro momento inolvidable para los dos! Ya venía en camino esa personita que tanto deseábamos tener entre nuestros brazos.

Afortunadamente, nuestra hija llegó sana a este mundo y más hermosa que qué... Cerca de cuatro kilos pesó, nada más y nada menos. Tres kilos, novecientos setenta gramos, exactamente. Para ser niña, bastante grandecita. Y de bonita... ¿qué os voy a decir yo, que soy la madre?

Con el pelo rubio de su mami y los ojos azules que ha heredado de su papi, va llamando la atención allá por donde vamos, os lo prometo. Y a nosotros se nos cae la baba, como os podréis imaginar. Eso sí, llorona es un rato largo, pero algo tenía que tener. Si no, sería perfecta.

El mes que viene vamos a bautizar a Ana Belén, que así se llama nuestra preciosa nenita. Se me antojó ponerle ese nombre en honor a mi buena amiga y Thiago no pudo estar más de acuerdo, puesto que Ana Belén se llama también su abuela materna, casualmente. Por esa parte, todos tan contentos.

Además, Ana Belén (mi AMIGA) va a ser su madrina. Me parecía justo darle ese papel, con lo que ella ha representado siempre para mí. A veces me pregunto qué hubiera sido de mí, de no haberse dado esa amistad entre nosotras desde mis comienzos en aquellos juzgados.

Por supuesto que me hubiera defendido como pudiese, ¡qué remedio!, pero está claro que esta mujer ya comenzó a facilitarme las cosas en esos primeros momentos de agobio y de caos, cuando una todavía no sabía ni por dónde pisaba.

Como ella dice, todo ocurre por algo y todo el mundo tiene un cometido en la vida de los que le rodean. El suyo... apoyarme y ayudarme siempre en todo lo posible. A la vista está.

Y a la vista está también que nunca se puede decir eso de “nunca jamás”. ¿A qué me refiero ahora? Pues me refiero a aquello de que mi amiga tenía cerradas las puertas del corazón a cal y canto, como quizás recordaréis.

A ella, igualmente, el destino le tenía preparada una curiosa sorpresita a muchos kilómetros de casa, y es que, en uno de esos viajes suyos a Varsovia, hará unos tres años, conoció por “casualidad” a alguien dispuesto a probar con un manojito de llaves una y mil veces, hasta lograr abrirle de nuevo el corazón de par en par.

Ni ella misma se creía al principio lo que le estaba pasando con aquel hombre que la mano invisible plantó en su camino, una noche en que acudió con su amiga polaca a la ópera.

No quiero enredarme ahora con esos detalles, pero lo cierto es que poco a poco logró

conquistarla y hoy día está ilusionada como la que más. La suya, por ahora, es una relación a distancia, pero ahí siguen los dos. Mañana, ya se verá, aunque apuesto por un futuro para ellos sin distancias que valgan. Según pinta la cosa, ya me veo a Jarek (así se llama él), haciendo las maletas y trasladándose a Madrid para estar cerca de Ana Belén.

Ana Belén...Ella fue la primera persona en enterarse de mi historia con Thiago, con este marido mío que es un verdadero amor; un amor que jamás he vuelto a poner en tela de juicio. Ni yo... ¡ni nadie, por supuesto!

La verdad solo tiene un camino, aunque no siempre resulta tan sencillo demostrarla. Ahora, desde mi condición de jueza, entiendo esto último mejor que nunca...

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

*Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.*

*Con mucho cariño,  
Manu y Alma.*

**Redes sociales:**

*Facebook:*

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

*Instagram:*

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

*Twitter:* @ChicasTribu

*Amazon:*

<http://relinks.me/ManuPonce2>

[relinks.me/AlmaFernandez](http://relinks.me/AlmaFernandez)